

Celia Álvarez Fresno

Pinceladas de soles y lunas



Palabra de Autor

Dedico mi novela a todas las mujeres, sin distinción de credos ni lugares, y a todo aquel que lucha por un mundo mejor.

*Ni las nubes son blancas ni el mar es azul.
Los colores de la vida no son como
muchas veces nuestros ojos los ven.*

Y entre la multitud camino, más bien corro, con la falda medio subida por encima de mis rodillas, con la cartera llena de documentos que hace ladear mi cuerpo mientras me peleo con la gente que trata de interponerse a mi paso.

Como siempre, tengo prisa por llegar.

Todas las mañanas me ocurre lo mismo, pero, aunque mis propósitos inmediatos son no arañar horas al sueño mientras me arrullo perezosamente en mis despertares, no consigo llegar temprano a la redacción de mi revista, donde trabajo desde hace ya muchos años.

Mi vida transcurre entre papeles, ordenadores, entrevistas y un sinfín de ilusiones y desilusiones.

Soy periodista y trabajo de la mañana a la noche, ya que el tiempo en que no ejerzo mi profesión lo hago como madre y esposa. Tengo dos hijos que han pasado la adolescencia. Y un montón de problemas de toda índole.

Curiosamente, yo, que sé todos los trucos de belleza inimaginables, solo cubro mi rostro con un ligero maquillaje, que no logra disminuir las incipientes arrugas de mi cara, que ya dejó atrás la juventud.

Durante el recorrido hacia mi trabajo, mientras bajo y subo las escaleras del metro, grabo en la memoria todo lo que debo realizar a lo largo del día. Llevo impresos en mi mente la lista de la compra, lo que tengo que decir a la exigente de mi jefa..., una jefa a la que todas las mañanas estoy

dispuesta a plantarle cara, y a pedirle la liquidación, pero todo eso son únicamente propósitos absurdos, que solo terminan en simples conjeturas que nunca llegaré a decirle. Sobre todo, me hace callar el salario que cobro y que ya no estoy en edad de cambiar de trabajo por una oferta maravillosa, de esas que otros te dicen que existen y que a la hora de la verdad son sueldos brutos, con interminables jornadas y sin dietas de desplazamiento, en las que pierdes medio día de acá para allá.

No. Hoy tampoco me pondré de uñas con la tirana que ordena todo lo que yo debo hacer o decir. Tal vez la situación que tengo hoy sea la que merezco, ya que a mis cuarenta y ocho años no he logrado ascender más de dos categorías por encima de la que tenía el día en que comencé. Recién licenciada.

Subo la escalera de la redacción, después de una hora y tres cuartos desde que salí de mi casa. Ya me encuentro cansada antes de comenzar la jornada.

«Buenos días», digo medio rebuznando, o medio bajito, o no lo digo y solo lo pienso, porque ninguna de las quince personas que están en la oficina me contesta. Pero no me sorprende, ya que todas están a lo suyo, y yo, evidentemente, no soy de su incumbencia.

Paso a mi pequeño despacho, lleno de papeles y de bolis extendidos por la mesa. Sé que no soy ordenada, pero sí despierta, pienso yo, y salgo muy bien de las situaciones. Es algo que me repito varias veces al día, tal vez para convencerme a mí misma, y así la balanza de la precipitación se equilibra con el contenido real de mi cabeza.

Me siento y miro mi agenda: tengo una entrevista con el estilista Guri. Él me dirá los tonos de última moda y también cómo se pueden disimular las ojeras cuando ya dejan

de serlo para convertirse en unas bolsas debajo de los ojos que hacen parecer diez años mayor y pensar en una vida llena de excesos.

Guri dice que la mujer tiene que ser ante todo femenina, con un toque *fashion* que invada con su glamour.

Realmente, ese mundo me repatea bastante, tal vez porque mi estilo es pésimo, mi glamour nulo, mi escaso metro sesenta y mi apariencia más bien insulsa se alejan demasiado de todo el mundo maravilloso que narro cotidianamente en mis artículos.

Mientras pienso en la entrevista que dentro de un momento tendré que realizar, siento el martilleo del rotativo que, como todos los días, se escucha de trasfondo. Ya no me pone nerviosa. No. Solo siento una especie de calambre después de las dos primeras horas, y me encuentro estrujando un folio o aporreando con saña las teclas de mi ordenador, de forma creciente, durante el resto de la jornada.

Entra en mi despacho mi jefa, con su maravillosa altura, con su cabello rubio, con una figura envidiable y con una facha tan impresionante que me hace recordar lo poquita cosa que soy. Y me dice que ha cambiado los planes. Que ella es la que va a ver a Guri y que yo tengo que desplazar-me a hacer una entrevista a otra persona, alguien que se llama Manu, que ha escrito dos libros y que ahora está con el tercero. Y yo le pregunto algo sobre ella. Si era ganadora de algún premio o si era conocida por algo o por alguien, y ella me contesta, con su voz tajante y poco armoniosa, que cree que no, pero que tenía un compromiso y que había prometido que le haríamos una entrevista.

Y entonces cojo un taxi, porque la revista en la que trabajo me lo paga, y me dirijo a la calle que figura en la nota que me pasó la señora directora, o sea, mi jefa.

Llego a un portal sobrio, con puerta de madera. Antigua. Llamo al timbre y oigo una voz que dice: «¿Sí?». Y yo le contesto: «Soy Elena, de la revista *Somuj*», y me abre la puerta con un sonido fuerte y rápido.

No hay ascensor y, mientras subo al tercer piso, pienso qué es lo que voy a encontrarme y qué le voy a preguntar, ya que no tengo información previa. Y al fin llego, con jadeante respiración.

Me abre un hombre sonriente. Viste de colores pastel. Su mirada de bondad penetra en la mía como si de un rayo se tratara. Y un poco confusa le pregunto: «¿Manu?», y él me contesta: «Soy yo». Y me quedo pensando que no sé por qué había pensado que Manu era Manuela. Me parecía más propio de nuestra revista que fuera una mujer y no un hombre el motivo de la entrevista.

—Soy Manuel —me dice, y extiende su mano hacia la mía.

Y me invita a pasar. Y yo paso y me siento en el sofá que me indica, que está situado en un salón lleno de luz, con decoración austera y viva; viva por las plantas que adornan el lugar, y austera porque solo tiene lo necesario, pero con un gusto extremadamente femenino. Le pregunto cómo está y él me pide que lo tutee, porque se encuentra más cómodo. Y yo pienso que es mejor, porque la barrera que podría separarnos se derrumba antes y es más fluida la conversación.

Me ofrece un café y le digo que no, que muchas gracias, porque ya he desayunado. Y rompo el hielo diciendo que hace frío en la calle y él me contesta que no sabe, que hace unos días que no sale de casa. Que le gusta mucho la soledad.

Miro de reojo. Creo que está solo. Me lo dice mi intuición, y también advierto que se trata de un pequeño apartamento en el que casi todo se centra en el salón donde estamos sentados.

Respiro paz, y no sé de dónde sale. Respiro seguridad, y no sé por qué la siento. Respiro sosiego, y entonces pienso que tal vez se deba a la ausencia de los rotativos de mi revista.

Comenzamos a hablar y le pregunto sobre qué escribe, y él me contesta:

—Sobre la vida y la muerte.

Me cuenta que escribe temas muy profundos y solo tiene un determinado público, que sus libros no son de masas. Escribe con la inspiración del corazón. Yo le digo que vaya por Dios, con estos tiempos que corren, que tiene razón, que tendrá pocos lectores. Y él me responde que también habla de Dios, y entonces yo me derrumbo y pienso que esa entrevista, en cuanto entre en la redacción, no va a ver la luz. Pero como mi jefa me lo ha pedido, pues continúo hablando con él.

Me dice que debo llevar su libro. Que no es una novela, y que tiene un mensaje entre sus líneas. Que tenga paciencia al leerlo, aunque es un texto breve. Entonces yo, asombrada, le digo que estaremos en contacto, que comenzaré la lectura y volveré a verlo cuando ya posea una idea clara para poder comentar lo escrito.

Y me da un pequeño libro con tapas verdes y de edición sencilla que llevo hasta mi trabajo; y cuando voy de regreso, pienso en todo lo que me espera cuando vuelva otra vez de camino hacia mi casa, porque mi jornada laboral no termina.

Le cuento a mi jefa que no tengo la entrevista, pero sí un librito, y ella me pone cara de interrogación, pero no me dice nada. Entonces le sigo comentando que es un hombre y que me parece muy extraño que se le promoció si realmente lo que pretendemos es situar siempre a las mujeres en nuestra columna de cultura. Pero ella dice que, aunque hombre, su sensibilidad y espíritu son muy femeninos, y entonces yo ya comprendo.

Termino la mañana con el mismo agobio con que he comenzado, trabajando y pasando apuntes, llamadas de teléfono y un sinnfín de gestiones.

Comienzo mi comida en un pequeño restaurante donde al verme entrar ya me sirven el menú del día. Yo mastico muy deprisa y termino como si se fuera mi vida en ello. Corro, porque estoy acostumbrada a hacerlo desde siempre. Poseo una inmensa rapidez para todo. Creo que tengo muy aceleradas mis células, y mis neuronas, y mis pies, y mis manos...

Cuando salgo de mi trabajo son ya las siete de la tarde y me introduzco como puedo en ese mundo oculto y vivo que se desarrolla en el metro. Entro empujando a todo aquel que se cruza en mi camino y al fin me sitúo. Como siempre, estoy metida en medio de la gente y no puedo asirme a ninguna barra superior, porque, entre otras cosas, el brazo no me alcanza. Pero no tengo peligro de irme al suelo aunque esté con los brazos caídos y cogiendo fuertemente mi cartera, que cuelga sobre mi hombro medio descolocado. Y no puedo irme al suelo porque me sujeta una multitud de personas, con la cara como la mía. Una cara en la que se refleja el trabajo diario, y las prisas, y la bronca del jefe, y el infortunio de la vida en muchas ocasiones.

Entre parada y parada, pienso en la lista de la compra, y en la comida de mañana, y en la cena de hoy.

Sí. Yo no puedo almorzar en mi casa porque dista de mi trabajo un largo trecho, pero mi marido y mis hijos sí. Ellos vienen a comer lo que yo he preparado el día anterior. Por eso estoy imaginando el menú mientras viajo medio escayolada entre tanto viajero.

Ahora ya estoy más equilibrada. Me refiero a mis hombros, porque de uno cuelga la cartera y del otro, la compra del súper. Y llevo a casa y me encuentro a mi perro, que da

saltos de alegría y hace piruetas mientras pasa el morro frío entre mis rodillas; él es siempre el primero en recibirme, y lo hace de la mejor manera que sabe: dando brincos. Como siempre, mi hijo delante del ordenador, mi hija viendo la televisión y mi marido leyendo.

«¡Hola, mamá!», siento que dicen, y «¡Hola, Elena!», también con cierto alborozo que parece podría compensar todo un día de trabajo, de decepciones y de nervios al ver que eres tan esperada y con tanta bienvenida.

Pero no. Yo soy bienvenida porque porto unas manos y unas bolsas que dentro de poco harán que la cena esté servida. Y entonces me cabreo, pero no digo nada porque, si lo hago, me dicen que siempre estoy refunfuñando y que tengo un carácter que hago la vida muy difícil a los demás. Por eso me callo y hago como si no viera que no han hecho las camas y que el salón está revuelto. Pero no me coge de sorpresa, porque es igualito que el día anterior, y muy posiblemente será como el día siguiente. Mientras estamos en la mesa, se enciende el televisor y cada uno va a lo suyo.

Ya no puedo más cuando me deslizo sobre las maravillosas sábanas que acogen mi cuerpo medio desnudo. Es un momento mágico del día. No quiero pensar en el amanecer, cuando todo comienza de nuevo. Y vivo el instante y me acuerdo de aquel libro con tapas verdes. Me levanto, rebusco en el maletín que siempre me acompaña cuando trabajo y lo cojo entre mis manos.

No sé por qué siento una sensación tan extraña. Pienso en Manu. Recuerdo su voz fuerte, pero con sensibilidad en sus palabras, y recuerdo sus maneras tal vez femeninas, pero sin decir con su actitud que no era un hombre.

Intento comenzar a leer el libro, pero pienso que tal vez el viernes por la noche sea mejor, cuando pueda descubrir qué

es lo que se esconde tras las tapas verdes y, poco a poco, poder asimilar las palabras y estar tranquila.

Debe de ser a causa del cansancio que no puedo conciliar el sueño. Y como no puedo dormir, pienso en mi situación actual. No, no estoy agobiada por la falta de dinero. Pero tengo que hacer ciertos equilibrios para poder llegar a fin de mes. Y digo «poder» porque mi marido (que, por cierto, está dormido como un madero, a mi lado), aunque trabaja de sol a sol, ha delegado el mundo de nuestras finanzas en mí. Y yo unas veces me paso y otras no llego, porque no sé decir no a los caprichos de mi hija, que se pasa el día metida en Zara, ni de mi hijo, que tiene una grandísima afición por la informática y todas las novedades nos las hace saber con un sinfín de catálogos que, más tarde, muchos de ellos se hacen realidad, apiñándose por un lado los desechos de teclados y pantallas y, por otro, las relucientes adquisiciones.

Mi marido piensa siempre en su trabajo, porque es su motor y su vida. Trabaja mucho. Pero en este mundo tan consumista todo es poco cuando cometes el error de introducirte en esa rueda, que solo te lleva a querer más cuando ya tienes demasiado.

Yo, que no soy agraciada, sino más bien esmirriada, según dicen, y según me veo, intento comprar algún capricho en mi empeño por no pasar desapercibida. Pero son solo pequeñas incursiones en el mundo de la coquetería. Y después, cuando veo que no lo consigo, vuelvo a la realidad de la vida, y también de mi físico.

Pienso mucho en la alimentación de mi familia, y cocino, sobre todo los fines de semana, como si mi casa fuera un restaurante. A menudo me dicen que debe de ser cuestión de genes, en ese mi empeño en alimentar a toda la familia. Seguramente tiene que ver con mis antepasados, por eso de la es-

casez durante la guerra civil. Pero yo creo que es solo cuestión de responsabilidad y de mi empeño por que todo el mundo crezca y esté más lustroso que su progenitora, que soy yo.

Por eso esta noche también pienso en mi pobre perro, que ha dicho el veterinario que tiene un problema grave de estómago y que posiblemente se deba a algo que haya ingerido. Que tal vez tenga que ver con atracones de comida. Yo se lo achaco a las pitanzas que se daba cuando aún era un cachorrito y el veterinario aconsejaba solo pienso para su alimentación. Él me miraba con aquellos ojillos de pena mientras yo masticaba mi comida, y me conmovía de tal modo que no podía por menos que pasarle un trozo de ese algo que minutos antes le hacía fluir los jugos gástricos. Y hoy me siento culpable de su enfermedad, que no sé aún cómo va a acabar.

Y también me siento culpable del carácter tan poco comunicativo de mi hijo; tengo que sacarle las palabras con tanto trabajo que a veces desisto. Y también me culpo porque mi hija solo piensa en ponerse guapa, sin darle la menor importancia al resto de los sentimientos ni a las quejas que furtivamente dejo caer sobre mi pobre economía.

Y yo me pregunto a mí misma: «Vamos, Elena, ¿no les has dado cariño a raudales? ¿No has quitado caprichos para llenar los suyos? ¿No pagaste matrículas y matrículas aplazadas para que estudiaran en colegios de pago?». Y yo misma me respondo: «Sí». Pero en algo he fallado, porque hoy existe distancia, aunque estemos unidos.

Por supuesto que no he sido yo sola la que ha dado cariño y les ha pagado caprichos y les ha arropado en multitud de ocasiones cuando la vida les hacía llorar. No, yo no estaba sola, sino que hemos estado mi marido y yo, pero, como no duermo, me estoy haciendo preguntas a mí, sobre mi proce-

der, y reflexiono sobre lo que es y lo que podría haber sido si mi actitud hubiera sido diferente.

Y también creo que he fallado con mi marido. Sobre todo a la hora de elegir, porque es tan alto, tan delgado, tan rubio y tan maravilloso físicamente que, cuando vamos de paseo, eso sí, yo colgada de su brazo, las mujeres le lanzan unas miradas furtivas que solo les falta decir: «Nos vemos», y después me buscan a mí, que estoy bastante más abajo, porque bien es cierto que me saca más de la cabeza. Sí, le llego a la altura de los hombros. Y eso hace que me vea totalmente inferior, y creo que me he infravalorado toda mi vida, porque nunca estuve a la altura de los demás.

Muchas veces a lo largo de mi existencia hurgué sus bolsillos esperando encontrar el lugar secreto de una cita furtiva, o un cabello que colgara de su solapa y que no fuera tan negro como el mío. También ojeaba su móvil, mirando su agenda con avidez, mientras se duchaba, porque yo no sabía su número secreto para acceder a la deseada información. Nunca encontré nada que hiciera presagiar tormenta en nuestro matrimonio. Pero aún hoy me pregunto qué hace un hombre tan guapo, tan economista, tan seductor y tan maravilloso con una mujer más bien poco atractiva como yo. Muchas veces pensé si él habrá tenido escauceos, y citas furtivas, y pensamientos en esta y aquella, pero ahora ya me preocupa poco, por no decir nada. Por lo menos hoy.

Eso ya no es lo que me quita el sueño. En este momento, el sueño me lo quitan las situaciones en general, y la vida misma, que nos sorprende día a día en esta carretera que es la existencia, donde no sabes el trayecto y de pronto te encuadras en un hermoso valle para después tener que escalar una montaña, con tantas espinas, con tantas piedras..., y crees que nunca podrás alcanzar la cima.

Mi hija no ha querido estudiar una carrera y, aunque tiene veinticuatro años, tampoco trabaja. No trabaja porque se dedica a hacer cursos de esto y aquello, que yo creo que son solo para pasar el tiempo. Pasea libros y aún no tiene ningún título colgado en el despacho de nuestra casa.

Y estoy triste también porque hoy me preguntó que qué es lo que me pasaba con su novio, que cuando la llamaba por teléfono estaba muy seca con él, y yo le contesté:

—Hija mía, cómo voy a estar seca con él, si es un chico maravilloso, es el hijo que toda madre desearía tener.

Y ella me dijo que bueno, pero que fuera más amable cuando llamara. Y en aquella conversación me di cuenta de que las madres, en este caso al menos yo, podíamos perder a una hija o a un hijo en un plisplás. Porque sabido es que si le digo que no me gusta o no me cae bien, que no es el caso, me quedo compuesta y sin hija.

Mi hijo estudia todo el día y está a punto de ser ingeniero informático. No se le conocen novias. Creo que no ha tenido tiempo. Solo ve ordenadores. Cuando escribimos en la revista sobre las adicciones, no dejo de pensar en él y en las horas y horas que se pasa delante del ordenador. Y un día yo le dije:

—Hijo, creo que tienes cierta adicción y estoy muy preocupada.

Y él me respondió que debería ser más feliz y que dejara de comerme la cabeza. Que viviera mi vida, porque siempre estaba viendo visiones que rara vez se hacían realidad. Y entonces pensé que no tenía vida propia como ser único, sino que mi vida eran ellos, mi familia, nada más que eso, y que yo reía o lloraba dependiendo de su estado de ánimo. Él no me comprendió. Pero yo pensé que ya me entendería cuando fuera padre.

Algunas veces pienso que estoy siempre en el lado bueno y que el resto son los que actúan, de alguna manera, de forma desconsiderada. Entonces me doy cuenta de que, cuando pienso que todos están equivocados, la equivocada soy yo.

Y medito sobre todo esto y son ya las tres de la mañana, y a las seis me tengo que levantar para empezar otra vez con la rueda diaria de la vida. Y a partir de este momento comencé a pensar en lo que me esperaba, que no era ni más ni menos que lo que me aconteció ayer, pero con diferentes matices.

Y llegó la ansiada jornada, en la que veo que mis compañeros de metro tienen más hundidas sus cuencas oculares, porque ya les pesan los días, pero la mirada de cada uno transmite cierta ilusión por encontrarse con un fin de semana medio libre para poder tomar un reposo y comenzar el próximo lunes, pensando de nuevo en el lejano viernes.

Llego a mi hogar y todo se repite, pero hoy me llama mi madre y me dice que su hermano, o sea, mi tío, se está muriendo y que tengo que llevarla hasta su casa. Y yo, como soy hija única, tengo que ir. Está mi niño delante del ordenador y mi marido lee. Y yo les digo que qué fatalidad, que lo siento mucho por mi tío y mi madre, pero que no me apetece nada coger el coche, ya que son las once de la noche, y alguien, levantando los ojos del libro, me dice: «Mujer, ¿es tan urgente?», y otro casi no se mueve, y yo bajo al garaje y cojo el coche, que no recuerdo cuándo fue la última vez que lo utilicé porque, como vivo en una gran ciudad, es más cómodo viajar en metro.

Llegamos a casa de mi tío. Él estaba muy enfermo y se alegró mucho de ver a mi madre, pero al menos de ese día salió vivo. Y mi madre y yo volvimos a nuestras casas. Cuando llegué, mi hijo dormía y mi marido roncaba.

Y sentí soledad, como tantas veces la he sentido. No dejo de preguntarme si ese sentimiento se debe a mi forma de ser o a la forma de ser de los demás.

Como ya pienso, hoy es viernes, y tengo lo que me resta de noche para disfrutar de ella. No deseo dormir. El cabreo me puede, y también me pueden las ganas de comenzar a leer el libro de aquel escritor que fui a visitar la semana pasada y con quien tengo una entrevista pendiente.

Intento meterme en mi cama, esa cama maravillosa, de sábanas suaves que me acarician y de las que disfruto por dos razones: porque son suaves y porque me acarician.

Tengo que comenzar a leer el libro de tapas verdes, pero me pueden mis problemas y no estoy preparada para ponerme a ello; no me concentraría en la lectura.

Llevo todo el día dando vueltas a mi situación en el trabajo y en cómo de alguna manera estoy colaborando en la marginación de una compañera. Sí. Ella es una mujer que ha comenzado en *Somuj*, la revista de actualidad donde cada día dejó unas diez horas de mi vida. Hace más o menos un año que fue fichada por la directora. Prestaba sus servicios en una editorial y todo el mundo hablaba maravillas de ella. Comenzó con nosotras y con su experiencia hizo que las ventas se multiplicaran. Es una maravilla. Sabe lo que hace y todo el mundo que trata con ella queda prendado por su porte y su experiencia en el trabajo. Pero... somos un grupo de mujeres, y siempre es una la que capitanea al resto. Y nuestra capitana quedó disminuida cuando otra ocupó un lugar en el que ella resultó mermada. Se sintió muy mal porque se vio claramente su valía y, como no tiene motivos para ponerla en la calle, no se le ocurrió nada mejor que hacerle un gran vacío, y orquestó a todas en su contra.

¿Por qué nadie se opuso para que nuestra nueva compañera no sufriera? Evidentemente, porque quien lidera tiene poder y no debes hacer nada que la ofenda de tal modo que te ponga a ti en la misma situación.

En este momento, la mujer está hecha polvo y no quiere buscar un nuevo trabajo. Se limita a estar en la redacción, ya que nadie le pide opinión de nada. Su mesa está vacía, y poco a poco se siente menos que el día anterior. Yo sé que lo que estamos haciendo es por pura rivalidad, y que yo tendría que ayudarla, porque es lo que siento. Pero me digo a mí misma que, si lo hago, estoy en la calle. Nadie me apoyaría y, como ya he pensado, mi categoría laboral no es precisamente de las mejores.

Por eso y por otras muchas cosas soy atea. Atea. Porque siempre pienso que si el Ser superior existe, nos remediaría muchos sinsabores. ¿Qué pasa con tanta injusticia? ¿Qué pasa con tanto sufrimiento?

Creo firmemente en la nada cuando la vida acaba. Y pienso que este mundo es un terrible castigo para muchos. Es una ratonera donde solo puedes escapar de las situaciones cuando la puerta se abre, pero eso no significa que una vez abierta te encuentres con un verde prado por el que puedas correr. No, ni mucho menos. A menudo te encuentras con otro laberinto en donde puede filtrarse el sol, pero las nubes lo opacan casi siempre.

Y mi pobre colega se encuentra en una situación tan abominable que hoy es un puro espejismo de lo que fue. Y yo, como si no ocurriera nada. Qué importa que en estos momentos esté lamentando mi actitud si mañana vuelvo otra vez a seguir los pasos del resto de mis compañeras.

Creo que ya estoy tan desvelada que intentaré comenzar a leer el libro. Siento cierta inquietud a la vez que rechazo. Se puede decir que palpo curiosidad. Por eso alargo mi mano y aprieto el interruptor de la mesilla de noche.

La casa está en completo silencio y en la calle se sienten las voces de los jóvenes que vuelven a sus casas después de haber pasado la noche del viernes.

Mi niño duerme en su cuarto y la niña —para mí son niños, aunque tengan edad para ser padres— se queda a dormir en casa de una amiga, nos ha dicho a su padre y a mí, pero yo, aunque me haga la tonta, pienso que se quedará en casa de su novio. Porque es así. Porque los tiempos han cambiado mucho y hoy es totalmente normal.

Mientras delibero sobre esto y aquello me quedo dormida. Y ya no leo.

Me he despertado con una actitud muy positiva. Siento cierta alegría interior, que tal vez se deba a que mi marido y yo hemos hablado mucho sobre todo lo que nos ha ocurrido últimamente, y eso a mí me reconforta, aunque mi tema preferido son mis hijos; ellos me han prohibido que cuente nada que los refiera a mis amigos o a mis compañeros, porque dicen que se me va la olla y digo más de lo permitido. Que sus secretos ya no son secretos, sino vox pópuli. Y entonces tomé la determinación de que, a la hora de la tertulia con mis amistades, hablo sobre las delicias de mi perro. Y de que hasta interpreto sus miradas, de pena a alegría, y de lo listísimo que es, y, sobre todo, de lo contento que se pone cuando llego a casa.

Por eso hoy estoy extremadamente feliz, y es porque he podido mantener una larga conversación sobre lo buenos, lo listos y lo maravillosos que son nuestros hijos. Y en esa charla solo hemos participado mi marido y yo.

Todavía recuerdo cuando conocí a Pedro, y lo encontré tan maravillosamente alto y tan rubio y tan guapísimo que casi me da un pasmo. Lo sentí tan inalcanzable que me sorprendió cuando me invitó a salir. Y estuve bastante mosca durante un tiempo, pues no podía creer lo que me estaba sucediendo.

Siempre he dudado sobre la elección de mi marido, ya que, aunque hemos estado muy enamorados, yo aún lo estoy, siempre me encontré a su lado como si no existiera, porque

con mi metro cincuenta y ocho (siempre digo uno sesenta porque suena mejor) soy como una pulga al lado de un perro. Y eso es para mí como una verdadera humillación.

No quiero presumir de marido, entre otras cosas porque, cuando llegamos a algún lugar o vamos de paseo, las mujeres clavan su mirada en mi Pedro, y los acompañantes de estas, en sus mujeres, para ver si miran, y eso, más que para presumir, es para preocuparse. Y yo paso por la vida como si no existiera.

No destaco en nada absolutamente. Soy más bien anodina, y aunque fuese en pelota por la calle nadie me miraría. Además, tengo menos carne que una paloma torcaz, y mi cara esmirriada provoca cierta preocupación cuando me miran —alguien un día habló con cierto disimulo de desnutrición o incluso de anorexia.

Y yo lo único que tengo son unos nervios que no me dejan vivir, y un trabajo tan estresante que me paso el día corriendo de acá para allá y mis digestiones se hacen a toda carrera.

Me ha dicho la redactora jefe que tengo que entrevistar a una mujer que ha sufrido malos tratos y mucha marginación durante toda su vida, y yo ya estoy atragantada. Y estoy atragantada porque odio a los prepotentes, a esos que se sienten superiores, por su intelecto o por su corpulencia, y abusan del otro. Y pienso mientras espero: «Qué asco de vida», y sigo pensando.

Cuando tocan con los nudillos en la puerta de mi despacho, digo: «¿Sí?», y una de mis compañeras me avisa de que ya ha llegado la persona que estaba esperando, y a continuación, entra una mujer. Una mujer con unos enormes ojos negros, medio tapada. Y en esos ojos negros, la mirada más triste que nunca vi.

De pronto me sentí con el vello tan erizado, y con tanta tristeza, que no comencé a llorar de puro milagro. Porque yo, desde bien pequeña, capto muchas veces el sentimiento de las personas. Sí, sí, bien cierto es que algunas veces me siento tan triste que no puedo más, sin venir a cuento, y observo a mi lado, en el metro o en otro lugar, a alguien que en su cara está pidiendo a gritos ayuda. O siento explosiones de alegría y también reparo y la observo en alguien que está cerca.

Hoy, ante esta mujer me siento, creo, casi tan desgarrada como ella. Y le alargó la mano y ella me tiende la suya. No. Me tiende las suyas, y yo las mías. Y nos miramos a los ojos en silencio, durante un tiempo en el que se detienen las agu-

jas del reloj. Al fin yo le pregunto si quiere hablar y ella me dice que sí.

Y comienza a contarme que nació en un lugar muy lejano y que siempre fue agredida: primero, por su padre; más tarde, por sus hermanos varones y, por último, por su marido, que la compró por cuatro monedas. Y ella me dice que en su momento no creyó que fuera agredida, porque lo veía normal. Pensaba que lo que le ocurría formaba parte de lo cotidiano. Y ella quería saber por qué es la vida tan injusta, y yo no supe qué contestarle. Y entonces ella me preguntaba que por qué Dios había marginado tanto a la mujer, ya que había leído mucho últimamente, en las casas de acogida, que tuvieron a bien darles cobijo a ella y a sus dos niñas, y le dije que yo no era creyente, pero que, si Dios existía, desde luego no marginaría a nadie. Que todo lo escrito en este sentido seguro que había sido manipulado por alguien, o mal interpretado tal vez sin malas intenciones. Y ella me dijo que las religiones son «dictados de Dios», y yo le contesté que, si Él existiera, lo único que habría dictado sería el dictado del corazón y que seguro que lo que deberíamos hacer es escucharnos a nosotros mismos. Y recriminó mis palabras, porque la pobre mujer tenía asumido que era ciudadana de segunda solo por el hecho de ser hembra. Y yo, desesperada, durante mucho tiempo le daba argumentos para que saliera del pozo donde estaba.

Ella, mediante la entrevista en *Somuj*, la revista femenina en la que yo trabajo, quería dar a conocer la situación de las mujeres en su país, donde se valora más a cualquier animal que a ellas mismas. Y yo le dije que en la revista poco podíamos hacer por las situaciones de abusos, pero que desde luego alzaríamos las voces de denuncia de tantos hechos lamentables. Nosotros podemos poner nuestro granito de arena y ayudar en situaciones concretas, como era su caso.

Y me comentó que había venido a España, desde un lejano país, en compañía de su marido, y que una vez aquí, él le prometió que nunca más le haría daño. Ella creyó en sus palabras. Pero cuando llegaron a su destino no solo continuó con su despiadada actitud, sino que, además, dejó de ocuparse de su sustento y del de sus hijas, aunque nunca renunció a darle la paliza diaria. Le dije que cómo había sobrevivido durante estos dos años, y ella me contestó que gracias a la caridad de la gente y de una vecina, que se apiadaba de ella ante tantos gritos nocturnos y le daba algo de comer al día siguiente. Entonces yo pensé qué forma de caridad había sido esa que no denunció los malos tratos. Pero, acto seguido, también pensé en la situación en la que se encontraría su vecina si denunciaba, porque la gente sin escrúpulos carece de ellos para todo.

Intenté ponerme en la situación de mi pobre entrevistada, y también en la de sus hijas, y en la situación de todas las mujeres del mundo que sufren de abusos y acosos y que carecen de lo mínimo para poder vivir. Intenté captar el sufrimiento de aquella mujer, aún joven, con los ojos más tristes que había visto nunca, y algo como un rayo penetró en mí. Y sentí un dolor tan tremendo que casi pierdo el conocimiento.

Seguimos hablando y ella me pidió que no publicara su foto en la entrevista, porque había logrado huir de su verdugo, con sus dos hijas, y estaba en una casa de acogida. Que ella hoy tenía una situación mejor, pero huyendo. Si era encontrada, la mataría, y entonces sus hijas morirían también, de una forma o de otra.

Y hablamos mucho más, de situaciones de todos conocidas. Y yo me odié por ello. Por conocer y hacer la vista gorda. Por no compartir sentimientos ajenos, dejando solo que el rayo me penetrara hasta hacerme un daño inenarrable. Pero más tarde escupo el sentimiento para dar cabida a otro más

dulce. Ese otro que vive en el mundo de los sueños, de las fantasías y de las ilusiones. Y yo, como otra mucha gente, continúo mi rumbo y me oculto en la maraña de la vida. Con la venda de mis ojos puesta. Para no sufrir.

Despido a mi querida mujer, que ha venido a *Somuj* para dar testimonio de su vida, y de la de muchas mujeres del mundo entero, y la despido con la promesa de volver a vernos y facilitarle un camino a través de nuestra sección de ayudas.

Y me dirijo a mi hogar, para encontrarme con lo mismo que me encontré ayer y con lo que me encontraré mañana. Y llego y digo:

—¡Ya he llegado!

Y solo está mi hija, a la que hoy encuentro excesivamente comunicativa. Ella y yo siempre habíamos tenido una relación sincera y fluida. Existía mucha conversación, y hablo en pasado porque desde hace unos cuatro años, cuando comenzó la relación con su novio, la situación no es la misma. Ella ha cambiado tanto que no es aquella niña que apoyaba su cabeza en mi hombro y que me comunicaba sus desvelos y sus triunfos.

Hoy, entre mi hija y yo las cosas han cambiado, y han cambiado tanto que ya casi no la reconozco. No quiero decir que sea porque su novio haya contribuido a ello, pero sí que ha cambiado por su novio. Que son cosas distintas. Y yo bien sé que la vida transcurre. Que las personas vamos buscando nuestro propio futuro y que los padres pasan a un segundo plano. Pero tengo la sensación de que no estoy en segundo, ni en tercero...

Pienso que la rueda de la vida es así, pero cuando ves situaciones en otros no son como cuando las vives en ti mismo. ¡Qué va!

Primero, cuando son niños, piensan que sabes mucho y confían plenamente en tus opiniones. Les aconsejas en todo y reciben tus consejos como si fueran infalibles. Sin lugar a duda. Es posible que lleguen a considerarte un héroe o una heroína.

Pero pasa el tiempo, y ya ni te escuchan, porque tal vez piensan que todo lo dices mal. Que han vivido embaucados toda su vida por haberte hecho caso antaño.

Por eso en este momento, mientras dejo encima de la mesa la compra, me siento un poco mosca, por tanta amabilidad de mi hija, que colabora de buen grado en colocar los artículos en el frigo. Seguimos hablando y me cuenta que vamos a tener una cena con los padres de su novio, que vienen expresamente desde Niza, que es donde viven, y que quieren conocernos. Y me dice que se lo comente yo a papi, pero que le diga con mucho tiento que no hable de política, pues ella no sabe el motivo por el que fueron sus abuelos a vivir al extranjero. Que le diga que esté muy correcto con ellos, porque algunas veces se pasa de seco. Y también me dice que yo no sea tan expresiva, porque, como hablo mucho, meto mucho la gamba, y que tenemos que ir muy discretos vestidos, ya que los padres de su novio son muy comedidos y muy conservadores. Y que yo me ponga unos tacones muy altos, porque con lo poca cosa que soy no hago buena pareja con papá, y eso les puede chocar, y que pueden creer que papá se casó conmigo por mi dinero, porque, la verdad, «mami —me vuelve a decir—, tienes que ir al instituto de belleza, a ver si tu cara tiene un poco de solución.

»Mira, y para la cena hemos pensado en el Palladium Gris, que tiene unas exquisiteces maravillosas.

»Yo, mami, tengo que ponerme algo nuevo, porque, claro, tienes que entender que sí..., sí tengo el armario lleno, pero no hay nada apropiado ni elegante.

»Por lo tanto, mami, hay que tener en cuenta dos cosas muy importantes: la presencia y lo que se hable, se diga, se gesticule y, sobre todo, que no ofendáis en nada a sus padres, ¿vale?

»Y otra cosa muy importante: nada de venir a casa, que no está en condiciones de enseñar. Y mejor vais en un taxi, porque para que vean el coche de hace diez años que tenemos, más vale que vayáis caminando o en coche ajeno.»

Y yo... con el ramillete de zanahorias en mi mano, petrificada, incapaz de pronunciar palabra. Recuerdo las horas sin dormir de mi Pedro y las mías, intentando ganarnos a pulso los títulos universitarios que hoy cuelgan en nuestro modesto despacho. Y cómo hemos adquirido una educación y un saber estar, educados por unos padres que han sabido hacerlo, y cómo hemos luchado para que fueran a los mejores colegios. Y cómo hemos pasado tantas y tantas noches sin dormir para que ellos durmieran y fueran felices.

Y yo me encuentro con el ramillete de zanahorias en mi mano, como si estuviera a punto de morirme, y mi cerebro me planta todas las vivencias, tan rápidas como si se tratara de una despedida a la vida. Eso que dicen que ocurre cuando vas a morirte y que pasa, como si fuera la película de tus actos, por el cerebro.

Y yo... no le digo nada a mi hija, porque no puedo. Porque no tengo fuerzas para que salga de mi garganta lo que quiero decirle, que no es otra cosa que insensata, desagradecida, injusta. Y al final puedo hablar y le digo simplemente:

—Hija, estás ciega.

Ella da media vuelta y se mete en su cuarto. Y yo en el mío, y me doy cuenta de que llevo cogido en mi mano el ramillete de zanahorias, estrujando las ramas verdes que tiñen mi mano. Y una fuerza estruja mi corazón. Y lloro en el rincón de mi almohada. Llega Pedro y me pregunta que qué me ocurre,

amor. Yo le contesto que no tenemos una hija, y él me dice: «¿Qué?». Y yo le digo que hemos perdido una hija, o que tal vez no la hemos tenido nunca, ya que desconoce a sus padres, o que posiblemente nosotros desconocemos a alguien que ha vivido siempre a nuestro lado.

Pero más tarde me doy cuenta de que a mi hija no la perderemos nunca, porque es maravillosa y tiene unos sentimientos muy positivos.

Y somos una familia unida, que, aunque con nuestros problemas, nos queremos por encima de todo.

Y entonces, solo por evadirme, abrí el libro de tapas verdes que un día prometí leer. Y se lo prometí a Manu, un hombre singular, que transmitía no sé qué en su persona. Un hombre con el que yo me encontraba muy feliz, porque estaba lleno de quietud y de paz.

Y voy a leer el libro porque tengo la obligación de hacerle una entrevista para mi revista.

Pinceladas de soles y lunas es el título.

Y una dedicatoria en la siguiente página: *Dedico este libro a la vida, por ser como es.*

Un prólogo en el que dice: *Este pequeño libro que ha caído en sus manos habla de reflexiones ante la vida, las vivencias y el porqué de las cosas. No soy un mago que tenga la verdad. Yo solo quiero escribir lo que siento. Quiero plasmar las pinceladas de soles y lunas que forman nuestra existencia.*

Yo creo en Dios, ese Dios que habita en todo el que vive, regalando sentimientos. Y solo por eso me siento contracorriente en este mundo. Un mundo ocupado en vivir, sin escuchar al corazón.

No soy un sabio pensador. No tengo poder. Soy un hombre. Un hombre femenino, dicen. Me costó muchos años de mi vida aceptarme. Y hoy me siento orgulloso de ser como soy, porque me ha llevado

esta circunstancia, tal vez, a vivir más hacia dentro. Y a enriquecer mi vida, intentando encender una lucecita a los sentimientos y reflexiones.

Tengo que dar un testimonio que durante años he silenciado. Y que es verdad.

Si se encuentra con fuerzas para darle vueltas al porqué de muchas cosas, adelante, comience a leer. Si no es así, ciérrelo. Y olvide que un día lo abrió.

No sé qué voy a hacer. Quiero cerrarlo, porque no tengo ganas de complicarme más la vida. Pero mi jefa no deja de preguntarme que cuándo leo de una vez el libro para hacerle la entrevista a Manu. Que es muy importante que salga rápido, porque alguien se lo ha pedido. Que es un compromiso.

Y yo pienso en aquel hombre vestido con camisa de flores, con exquisito saber estar, y me pueden las ganas de arriesgarme con la lectura.

Echo un vistazo y veo que son frases cortas, a modo de sentencias. Son pocas palabras con mucho contenido, pero tengo que reconocer que me da pereza leer algo para lo que no me siento preparada, pero debo comenzar. Es mi trabajo y necesito el dinero que me aporta para poder vivir. Y es un libro con muy pocas páginas; por lo tanto, aunque sea un poco enrevesado, seguro que lo termino en unos minutos.

Y me introduzco en la lectura..., y comienza...

Caminante de la vida, no te desespere nunca, porque todo es por algo y los pasos te ayudarán en la evolución.

Caminante de la vida, mírate, y así harás más felices las vivencias ajenas.

Comprende a todo aquel que camina como tú y no dejes nunca de ponerte en el lugar del otro para poder comprenderle.

Todo es por algo. Entiende que la vida es un pequeño paso dentro de la carrera de la existencia.

Manu

No llores cuando triste no vislumbres camino, porque el llanto moja el suelo, y tú resbalarías y tu caída te haría realmente llorar.

Los días podrán oscurecerse y caer la noche; pero las nubes se irán con el viento, y la noche, con el día.

Marca el día que comienza y piensa que tú vivirás para que otros enmarquen lo que tú has escrito en el libro de su Luz.

Dicen las historias que alguien avisó de la llegada de un huracán. Venía con dirección norte y los habitantes del sur tomaron medidas para ayudarles. Y reforzaron diques y tapiaron ventanas y puertas. De pronto, el huracán cambió el rumbo y llegó de forma imprevista al sur, quedando todo destruido en ese lugar. Todo eran tristezas y lamentos, y las gentes del norte decían entre sollozos que lo sentían inmensamente. Pero cuando alguien les dijo:

—Prestadnos vuestras casas mientras volvemos a levantar las nuestras.

Tuvieron que escuchar:

—No podemos, están tapiadas, y vosotros habéis contribuido a ello.

Y entonces alguien pensó: «De poco nos ha servido ayudar, porque ahora nos ignoran». Pero alguien afirmó:

—Cuando vuelva otro huracán, no dejéis de volver en socorro del otro. Y no te importe que no valoren vuestra ayuda.

No esperes mucho de quien no sabe dar.

El mejor consejo es aquel que se dice sin hablar.

Quien distribuye su amor entre los que viven, vive.

Dios se aloja donde es recibido. Y recibe a quien no quiso alojarlo.

Había una vez una mujer que, mirándose a sí misma, no reparaba en el otro que, gritando, intentaba llamar su atención. Pasaron los días y se encuentran en la calle. Y el hombre que otro día gritaba le dice: «Buenos días», y ella con su mirada responde que no lo conoce. Entonces él, clavando sus ojos en la herida reciente de su brazo le dice:

—El otro día yo gritaba desesperadamente por esta herida, ya que tropecé en el suelo, y gemía para que usted me ayudara.

Y ella le contestó:

—No sería yo, señor, porque de lo que me dice no me he enterado.

Y entonces el hombre le responde:

—Es que para darse cuenta del sufrimiento ajeno debe dejar de mirarse y ver que existe más vida que usted misma.

Hace días que he dejado el libro de tapas verdes. Creo que tengo que leerlo muy poco a poco, o tal vez es una excusa para no continuar, o porque me parece que para asimilarlo es preciso hacer la lectura muy lentamente.

Y, como siempre, comienzo mi trabajo con la entrevista de turno, y en la revista vamos a tratar el tema de la infidelidad. Llega a mi despacho una mujer aún joven, con un porte y una elegancia que dejan entrever que un día ha sido modelo de pasarela, y yo le digo «buenos días», y me pongo de pie a su lado y parezco una rana junto a una gacela. Me dice que no quiere fotos, que solo le han propuesto hablar de la infidelidad que ella ha padecido y que recientemente descubrió. Y se sienta con su espalda erguida, con porte de reina, y yo me pregunto qué hombre ha sido capaz de engañar a una mujer así, que además aparenta un sosiego y una sonrisa especiales.

Comienzo a preguntarle un poco sobre su familia, si tiene hijos, si sigue casada, y ella me responde afirmativamente a las dos preguntas. Y yo me intereso por saber a través de quién ha contactado con nosotros y ella me contesta que lee asiduamente *Somuj* y que conectó con una colaboradora por Internet.

Entramos de lleno en el tema y ella me cuenta que está destrozada porque se ha enterado de que su marido tiene una amiga desde hace años, y yo le pregunto que cómo está tan

segura y ella me contesta que lo sabe porque los ha visto. Y entonces derrama unas lágrimas y enrojece. Y yo, que no acabo de acostumbrarme al sufrimiento ajeno, casi lloro con ella.

La miro fijamente, y veo sus ojos verdes de mirada triste y su rostro casi perfecto con la mueca del llanto contenido. Y sigo preguntando y escribo lo que me cuenta; y me cuenta que la mujer que acompaña a su marido no tiene nada que ver con ella, que investigó su pasado y que ha tenido varios amantes, y dos hijos. De padres diferentes. Y entonces yo le digo que algo tendrá, que tendrá conversación y cultura. Pero ella me responde que no. Me dice que a ella la consideran una gran conversadora y que es licenciada en filosofía y letras. Pero que su esposo tal vez se sentía mermado dentro del matrimonio y que se lió con esa mujer para sentirse superior.

Ante la pregunta de si le seguía amando, me mira fijamente y hace descansar el tiempo para espetarme un «sí».

Y, como avergonzada, mira al suelo, y yo le digo que no se preocupe. Que ocurre muchas veces. Me cuenta que durante los veinte años de matrimonio siempre ha sido un padre ejemplar y un esposo solícito y cariñoso, y que él le dice que la quiere con toda su alma, pero que también necesita estar con la otra mujer. Y entonces yo ya no sé qué voy a decirle, porque es algo que no puedo entender. No me explico cómo algunos hombres llevan esa doble vida durante tiempo y tiempo.

Y ella sigue con muchos pormenores que yo recojo en la grabación, pero que más tarde no transcribo porque tal vez, sincerándose hasta lo más profundo de su alma, le haga bien, pero tal vez más tarde, cuando lea lo dicho, se sienta desnuda. Y añada un problema más a su injusta vivencia.

Y ya cuando salgo de la redacción es tarde y se repite justamente lo que ha sido el día anterior, que no es otra cosa que coger el metro y llegar a mi casa cargada de bolsas. Esas bol-

Y
-
a-
t.
y
Y
a
e
s
e
o
a
s.
-
-
e
e
-
a
n
e
s
a
y,
y,
-
-
e
e
-

sas llenas que sirven de sustento. Pero cuando voy de camino estoy un poco menos estresada porque mañana he pedido día libre. Y lo he pedido porque tengo que ir a la peluquería y al salón de belleza y tengo que tener el tiempo suficiente para ponerme todo lo hermosa que pueda, que, para qué me voy a engañar, va a ser bien poco. Pero como mi hija me encargó que vaya como un brazo de mar a la cena del Palladium Gris, donde vamos a conocer mi esposo y yo a los padres del novio, pues tendré que intentarlo.

No estoy nerviosa por el acontecimiento, porque aún no es mañana, y bastante tengo encima hoy todavía para pensar en mañana.

Muchas veces pienso en el motivo por el que me ha caído en suerte una familia tan egoísta como la mía, una familia que no da ni golpe en el momento que entra por la puerta de su casa. Pero yo creo que también me he acostumbrado a todo lo que trabajo y ya no sabría estar parada. Y después me dicen que necesito unos kilitos. ¿Cómo voy a conseguirlos? Estoy recordando el pasado sábado, cuando por la tarde me dirigía a una de las tiendas más prestigiosas de la calle Serrano. Y acudí con la pretensión de que se obrara el milagro y de pagar con una tarjeta mi compra. Esa tarjeta que yo tengo para casos especiales y que ya he pactado con el banco el pago aplazado.

Pues bien, llego y me atiende una señorita con impecable apariencia, y yo le digo que quiero un vestido que sea bastante impactante, pero que no roce la excesiva elegancia, ya que es para una cena importante, pero no para ir de fiesta. Y ella me mira con cara asombrada y con un poco de pena. Y yo lo leo en sus ojos porque ya, a lo largo de mi vida, esa mirada la he visto reflejada en demasiada gente. Y no es otra cosa que mi maldita apariencia la que hace tener compasión

ante mí, y yo me pregunto: «¿Qué pasa con las que somos más bien poco agraciadas y poquita cosa?». Pues la culpa la tienen los anuncios, y las revistas, que solo con mirarlas yo parezco de otro mundo.

Pues estaba inmersa en mis pensamientos cuando llegó con un «¡Este! ¡Este es!». La dependienta, perfectamente ataviada, extiende sobre una mesa un modelo verde, con unas florecillas en tonos anaranjados.

—Es última moda y a usted le puede quedar como un guante —me dice.

Y yo paso al probador y me lo pongo, y casi me niego a salir del pequeño recinto en el que me encuentro. ¡Por algo no creo absolutamente en el más allá! Porque a lo largo de mi vida le he rogado a ese Dios, en el que por cierto no creo, que me diera un poco de apariencia, un poco de gracia y de presencia, y nunca me escuchó. Y ahora, delante del espejo donde veo que no tengo formas de ningún tipo, que tengo mi coleta negra anudada en la nuca, que estoy con unos zapatos poco adecuados, soy un verdadero adefesio. Al final salgo como puedo y la sonriente dependienta me espeta un «¡perfecto!», y yo me digo: «¿Será posible?». Y ella me argumenta que metiendo de aquí y de allá..., ajustando bien la cintura... y, desde luego, una vez que haya ido a la peluquería y con otro calzado y maquillada, y con complementos adecuados, estaré como una reina.

Y dejé el vestido para el arreglo, porque podría visitar todas las tiendas de Madrid y siempre sería lo mismo.

En tres días ya lo tenía en mi casa, pero no volví a ponerlo porque, la verdad, no deseaba revivir lo que ya he experimentado.

Así es que, mientras pienso en lo que fue mi día de compras y en lo que me espera mañana, me quedo dormida.

Pero como, si no te pasa algo irreparable, todo el que se duerme se despierta, pues desperté y me encontré con el día de autos. Veo que mi hija ya no está porque a buen seguro ha corrido hacia la peluquería, una peluquería a la que no quiere que vaya yo. Debe de tener miedo de que me conozcan, porque, gracias a su padre, ella se parece a él. Y corro al instituto de belleza y a la peluquería y me compro a toda prisa unos zapatos que tienen como diez centímetros de altura.

Y pasa el día y extendo el traje de mi marido encima de la cama, con todos sus complementos, y me fijo en la pernera del pantalón y, por curiosidad, me tumbo al lado de la misma y, como sospechaba, somos casi iguales, la pierna de él y yo entera.

Y me levanto, pero no estoy triste por la confirmación de lo que ya sospechaba. Porque me siento demasiado atareada.

Me miro al espejo y veo que he mejorado sustancialmente. Porque, desde luego, tengo unas pestañas negras largas y espesas. Y la maquilladora me las ha puesto que, como los abra y cierre mucho, mis futuros consuegros se van a constipar, ya que podría ejercer perfectamente de aire acondicionado.

Como solo falta una hora para la cita, mi hija, mi marido y yo estamos con tanto revuelo y tantos nervios que vamos de tropezón en tropezón. De acá para allá.

Mi hijo mordisquea un bocadillo y tiene delante de sus ojos el ordenador, como de costumbre. Y mientras nos mira espeta un «¡joder!, parece que vais a entrevistaros con don Juan Carlos y doña Sofía». Y yo le digo que casi, casi, hijo.

Mi hija está espectacular. Porque, qué narices, tengo que reconocer que es guapa y que parece una modelo de pasarela. Eso sí, solo vive para el cuerpo y la apariencia, y yo no sé qué va a ser de la pobre chica en el futuro. Porque antes, en otros tiempos, más o menos, con cuernos o sin ellos, estabas con tu

marido hasta que la muerte os separara. Pero ahora..., las celebraciones matrimoniales muchas veces son de ida y vuelta. Y después no te vuelve uno..., te vuelven dos, o más.

Pero no quiero darle vueltas a lo que va a ser la vida futura de mi hija, porque lo que tengo que hacer es ver el presente, que, como he dicho, está impresionante.

Y cuando ya estamos vestidos los tres, mi marido me mira y abre mucho los ojos. Y comienza viendo mis aleteantes pestañas y recorre mi cuerpo, en el que, la verdad, no tarda mucho, y mira mis zapatos y me espeta con cara de asombro:

—¿Sobre qué vas?

Y yo, coquetamente, me vuelvo, y supongo que con la misma cara de asombro me dice:

—¡Pero si tienes más tacón que pierna! Elena, por favor, te vas a matar si te caes.

Y yo le digo que no. Que me dé el brazo y yo ya me apañó.

Y así, penosamente, bajamos a la calle y cogimos un taxi. Y el taxista nos llevó, y él, dicharachero, nos estaba contando las delicias de vivir en Madrid en agosto:

—Es que la gente no tiene ni idea... Mira que irse de vacaciones en este mes en el que puedes circular como si estuvieras en provincias. ¡Ustedes sí que saben!

Y yo pensaba que no sé de qué sabemos, pero de pagar hipotecas y recibos sabemos bastante y eso, a los ojos del pobre taxista, nos convertía en personas sabias por quedarnos en agosto en Madrid, y yo pensaba que si no nos íbamos era por motivos más poderosos.

Y llegamos a la puerta del Palladium y bajé como pude de aquel taxi, y, con las consabidas recomendaciones de mi hija, nos dirigimos a un saloncito donde te ofrecían un vino en una copa maravillosamente fina y grande. Y allí estuvimos du-

rante unos momentos, hasta que entraron por la puerta el novio de mi hija y sus padres. Todos elegantemente vestidos, nos presentan: «Este es fulanita... Esta es menganita...», y besos y más besos, y todo muy bien y todo maravilloso, y los ojos de mi hija brillando de emoción.

Y llegamos después de unas horas a nuestra casa y yo casi no hablo y Pedro tampoco. De pronto, él me mira y abre mucho los ojos, y me dice:

—¡Te felicito!

Casi me quedo muda porque por primera vez me felicita, creía yo que por mi educación, mi saber estar, mi amena conversación y todas esas cosas de las que nos vanagloriamos tantas veces los seres humanos, y le pregunto «¿por qué?», esperando oír lo que acababa de pensar.

Pero no. El motivo de mi felicitación no era otro que haber salido ilesa en mi empeño por parecer alta y no haberme caído de mis tacones.

Sigo muda y me meto debajo de la ducha. Comienzo con el agua caliente para terminar con la fuerza fría que brota cuan cascada encima de mi cabeza, hasta hace unos momentos con impecable peinado.

Y más tarde me introduzco en la maravillosa cama. Aún tengo el cabello un poco húmedo y vuelvo a levantarme para terminar de secarlo al aire.

Miro por la ventana, serían las dos de la mañana. La calle está prácticamente vacía. Mi piso es alto y diviso muchos tejados y, allá al fondo, una pequeña hilera de árboles. Siempre me ha gustado un piso alto, pero ahora me doy cuenta de que solo sirve para que entre el sol, lo que, por otra parte, me obliga a bajar las persianas para que este no deteriore los muebles y los deje sin color. Por eso el otro día, cuando fui a visitar el piso de mi hija y era un primero, me pareció una idea muy

acertada. Y me pareció acertada porque desde el primero puedes ver perfectamente lo que ocurre en la calle. Y vives mucho más lo que es la vida en la ciudad. Ya sé que no está bien colgarte con los brazos apoyados en la ventana mirando al exterior, es poco elegante; pero para eso están las cortinas, para disimular la visión. Y no sé por qué estoy pensando esto, porque no tengo tiempo ni para abanicarme en una ola de calor.

Sigo pensando, porque mi cabello aún no se ha secado, en el día en que entramos mi marido, mi hija, su novio y yo en el piso que pretendían comprar.

Como ya he pensado, era un primero. No tenía patio interior y todo él daba a un pequeño jardín con piscina. Llegamos y la emoción les podía a los jóvenes. Nosotros entramos en el diminuto apartamento. Estaba totalmente vacío porque hacía solo un mes que lo habían terminado, por lo tanto era una vivienda nueva. A estrenar.

El recibidor tenía la anchura suficiente para pasar yo holgadamente, pero supongo que cuando mi hija esté embarazada tendrá serias dificultades para poder circular. A la derecha, una pequeñísima cocina con una meseta diminuta, una vitrocerámica negra con dos aros concéntricos que solo daba cabida a dos ollas al mismo tiempo. Al lado, un baño, qué digo, un minibaño, con ducha en la esquina y una cerámica en marrón oscuro que visualmente lo empequeñecía todavía más. Y dos minihuecos. Uno, destinado a habitación y, el otro, a sala. Eso sí, era luminoso. Los chicos estaban tan emocionados que veían la casa de sus sueños, y también pasaban de las reales dimensiones, porque en sus sueños estaban multitud de proyectos que a buen seguro necesitarían del piso del vecino de al lado, y también el del otro lado, para llevar a cabo sus anhelos.

Pero ellos lo veían así, y cualquiera les dice que es una birria. Y que mide treinta metros y que hay que entrar de canto, y que dentro de dos años, si viene un niño, tienen que ponerlo a dormir en una litera encima de la cama matrimonial.

Y siento una inmensa pena porque la juventud tiene que vivir como en galeras. Pienso que mi hija y su novio son privilegiados, porque existen multitud de jóvenes compartiendo pisos de tres al cuarto. Hacinados, viviendo de forma infrahumana.

Y después me pongo a pensar en qué injusta es la vida, y también pienso que qué injusta soy yo que voy en el carro de la injusticia.

Y ya me acuesto con el propósito de continuar mañana la lectura del libro de tapas verdes.

No es merecedor de Amor aquel que dice amar y besa, sino aquel que no diciendo sabe decir amando.

El que padece porque su pensamiento le ata es el que espera encontrar algo que no encontró. El que padece porque la vida no le dio lo esperado encontró ese algo, pero no desearía haberlo encontrado.

Y tu razón siente una gran incomprensión ante la Luz.

Lidera y dogmatiza el fanático a aquellos más débiles que por su debilidad se dejan guiar.

No creas que dando el mundo y todo lo que contiene al que anhela tener se sentiría feliz, porque su mirada se centraría en las nubes.

Han encontrado fuente los sedientos. Han encontrado asiento los ausentes de sed.

Sobrellevar la carga no significa que pese para quien la lleva.

Asombrado está aquel que sintiéndose poco es aplaudido.

Abre la puerta a la Luz y sabrás que los destellos se expandirán a la Vida.

Reprocha el asno al gallo por su ruido. Reprocha el asno al gallo por su sonido, sin darse cuenta de que él mismo perturba el silencio con más fuerza.

No es alocado quien piensa locuras, sino quien las ejecuta.

No mantiene el Alma elevada quien ora, sino quien lleva a cabo su oración.

Desestima el poder y estímate a ti. Solo así serás poderoso.

Reirás de gloria cuando te aplaudan, pero el aplauso no es infinito y la Gloria sí. Créete con Gloria cuando te aplaudan, solo así serás Glorioso. Alimenta tu Gloria con tu actitud. Solo así serás aplaudido.

Tribulaciones de un hombre le hacían ver hermosura donde no existía. Y entonces un día abrió los ojos y vio fealdad, pero, ya acostumbrado a la visión, no huyó.

Solo la esencia vive para siempre. La esencia es ese Algo que siempre queda y que nunca se marchita. La esencia de la vida muta en fugaz carrera y cuando está escrito se desarrolla como esto o aquello.

No acompaña el niño al hombre, pero sí acompaña el hombre al niño, porque, aunque juntos, la compañía es diferente.

Sin corazón es difícil vivir. Sin imaginación es difícil soñar.

Solo el que vive puede escribir su historia. Quien no vive, aunque vea, nunca será conocedor del verdadero sentir.

Un ajo dice a otro: «Qué mal hueles», y este le responde: «Qué bien aderezas los alimentos».

Siempre existe sorpresa cuando recibes lo inesperado.

Apídate de aquel que, teniendo Luz, no sabe ver.

Intenta aprender aun de las experiencias más insignificantes.

Corriendo van los que quieren encontrar. Caminando van los que a menudo encuentran.

No por vivir en el río eres río.

Solo vive quien desea no morir.

El sustento del ser humano no es el pan. El sustento del animal sí lo es.

Sobre todas las cosas, la esencia. Sobre todas las vidas, el sentimiento. Sobre todos los sentimientos, el Amor.

Comienza el día con el convencimiento del buen fin, solo así mantendrás la esperanza.

Cierro el libro justo en este momento. Y es este momento y no otro porque eso de comenzar el día me recordó que pronto tendré que echar a correr hacia mi trabajo de siempre. Y haré una entrevista a la alcaldesa de una ciudad de provincias. No sé por qué, pero cuando un madrileño o una madrileña, como yo, dice esto «de provincias», se le llena un poco la boca, como si babeásemos por ser de Madrid y nos sintiéramos

mos un poco superiores. Y ahora pienso que no sé por qué. Yo soy de aquí como podía haber sido de allá. Y también me hace pensar en cómo se sentirán los de allá cuando los de aquí les nombramos así..., «de provincias». Muchas veces se dice con el retintín de «tú, ahí y yo, aquí. Que no somos iguales»...

Pero la vida es así. Creo que la evolución viene marcada por eso. Con un afán desmedido por sobresalir, ser superior o, mejor dicho, por sentirse superior, el ser humano inventa e investiga aquí y allá, y gracias a esa búsqueda unos se benefician de los otros. Unos buscan y los otros encuentran. Encuentran las cosas hechas, pienso yo.

Y no sé por qué tengo que estar todo el día dando vueltas y vueltas a las cosas. Analizo continuamente las situaciones, y eso me crea más estrés del que tal vez pueda tolerar. Porque las neuronas se irán apagando y yo tendré que limitarme al aquí, ahora. Y eso me va a costar mucho trabajo, porque siempre estoy en continuo movimiento. De piernas y de cabeza.

Como de costumbre, entro en la redacción, pero hoy me puede esa pizca de amor propio que tengo, no sé dónde, pero lo tengo, y hoy lo voy a demostrar.

Me uno a los que ya están en la oficina, pero no digo «buenos días». No digo nada porque estoy un poco harta de que nadie me conteste nunca y... todo tiene un límite.

Entonces paso con la cabeza alta, y con mi gran bolso colgado del hombro, la cola de caballo anudada en la parte de la nuca y mi porte interesante.

Y oigo que una compañera le pregunta a otra:

—¿Qué le pasa a esta? ¿De qué va?

Y sigo como si no hubiera escuchado nada mientras pienso que esto es el colmo. Llevo años diciendo «buenos días» sin tener respuesta, ya que tal vez nadie me veía, pensaba siempre. Pero hoy que actúo así, resulta que sí me ven. Y no pude

por menos que alegrarme al demostrar un poco de orgullo. Aunque para ello han tenido que pasar muchos años.

Ya estoy en mi despacho, esperando que llegue la señora alcaldesa. Lllaman a mi puerta y le digo:

—Pase, buenos días.

Comenzamos la conversación (mejor, la comenzó ella haciéndome saber que este Madrid es un caos y que en su ciudad todo está organizado, que se vive con total tranquilidad; e incluso me invita a visitarla el próximo verano, argumentando que allí no hace tanto calor en el estío como ocurre en la capital de España). La miro y veo a una mujer casi tan bajita como yo, pero con bastante más corpulencia. Tiene mirada de persona con vida. Lista. Tal vez ágil. De esas que esconden una rapidez en las continuas decisiones que deben tomar cada día. Me dice que ha venido a Madrid y que, sabiendo que en nuestra revista se tratan temas de actualidad, de actualidad femenina, quiere contarme algo. Comienza dándome a conocer su partido político, y yo le contesto que soy apolítica y que en todos veo proyectos y hechos que me gustan, y también que no me gustan. Y se lo hago saber porque bien conozco que no debo hablar de mí misma cuando estoy detrás de mi mesa, de lo que creo o dejo de creer, pero quise dejar claro en esta ocasión que no va a estar condicionada por mis preguntas.

Y yo le pregunto que cómo lleva su cargo. Que debe de ser algo muy comprometido y de una terrible responsabilidad. Me dice que todo es acostumbrarse y que lo lleva lo mejor que puede. Y que lo peor de todo es luchar con la cantidad de personas que forman su equipo. Porque me deja claro que son un equipo y que a menudo existen muchas discrepancias de criterio entre unos y otros. Pero que quien lleva la responsabilidad de las acciones propias y ajenas es ella. Que se

siente muy agobiada sobre todo por ser mujer, ya que para ese cargo lo normal hasta el día de hoy es que sea desempeñado por un hombre. Y me refiere que el pueblo no la comprende y que existen muchas disparidades de criterio entre ella y el resto de los componentes. Yo le hago saber que las dos últimas veces que visité un ayuntamiento, lo único que encontré fueron trabas y malos modos. Que muchos de los empleados y las empleadas parece que te están haciendo un favor al dirigirte una mirada, aunque sea despreciativa. En una palabra, se palpa incompetencia, y soberbia, le digo, y ella, con cara de asombro, me comenta que no sabe de qué ayuntamiento le estoy hablando, pero que el de ella no es así. Que todo funciona bien en cuanto a sus subordinados y que todo está controlado.

Entonces yo le pregunto que cuál es el motivo por el que se dirigió a nuestra revista y ella me dice que porque se siente poco apoyada y espera nuestra ayuda. «¿En qué sentido?», quiero saber, y ella me responde que en la actitud del medio rural. Que todos se están manifestando y que no entiende el motivo. Y que quiere una entrevista para que a través de sus respuestas el medio rural al fin comprenda sus razones.

Y yo quiero callar. Y cuento cinco, pero no llego a diez y hablo, hablo sin parar. Como tengo que estar al día porque forma parte de mi trabajo, le hago saber que, hasta donde llega mi conocimiento sobre el tema, yo también iría en esa manifestación, y ella me responde que en todo el territorio nacional se está llevando a cabo un plan de urbanismo que controla cómo y dónde se debe edificar. Y que no solo es cosa de su provincia y que los habitantes de la zona rural parece que no saben que su equipo y ella no son culpables. Entonces le pregunto que qué opina al respecto y me contesta que está totalmente de acuerdo, porque las edificaciones no se pueden

realizar a la ligera, actuando los ciudadanos de forma individual, sin ceñirse al patrón dictado por los ayuntamientos. Que muchos terrenos nunca podrán ser edificados porque son de interés paisajístico.

Entonces yo me sonrío, porque de este argumento me habló hace tiempo mi prima Rosa. Y me decía que cómo podía ser posible, que sus padres tienen mucho terreno y que no puede edificar, por la famosa prohibición, y también me dijo que tendría que ir a vivir a la ciudad, a un apartamento, que, además de costarle una fortuna, no le gustaba lo más mínimo.

Y sigo diciendo que, según el conocimiento que poseo, en muchos casos creo que el medio rural tiene razón y que las manifestaciones son justas a mi modo de ver. Porque la prepotencia de los ayuntamientos muchas veces, tal vez por influencia de resentimientos pasados, no mira el bien de las personas; solo se buscan intereses personales, y no el bien del pueblo.

Le sigo diciendo que, bajo mi punto de vista, se han aceptado las chabolas de labranza, que después terminan siendo búnkeres, excavados debajo de la tierra, porque los propietarios buscan un lugar donde pasar un fin de semana, con su cama y su televisor. Y eso sí estropea el paisaje. Que por qué no implantan unas normas urbanísticas en las que las edificaciones deban tener determinadas características para no dañar el paisaje. Y también le hago saber que, bajo mi punto de vista, las expropiaciones deberían ser justas y por lo menos, ya que te quitan tu propiedad, abonar por ello el precio de mercado, para que nadie pierda. Y que mucho mejor que nada sería que ella y su equipo se situaran en el lugar del otro, que ya verían cómo cambiaban de actitud.

Y todo esto se lo digo con cierta rabia, porque me pueden las injusticias, y además sé de todo el problema por mi pri-

ma, que curiosamente es de la misma provincia que la alcaldesa que estoy ¿entrevistando?

No. La verdad es que cuando levanto los ojos ya está cerca de la puerta diciendo entre dientes que vaya revista. Que vaya periodista de tres al cuarto y, desde luego, que va a hablar con la directora para ponerla al día sobre mí.

Y yo me quedo muda porque una vez más me pudo esa especie de volcán, o mala leche, que me brota del medio de mi estómago cuando creo que algo es como no debería ser. O cuando yo por lo menos lo crea así, aunque los demás estén en lo cierto y yo no.

Porque he de reconocer que tengo un carácter muy fuerte y pongo verde a quien sea cuando lo considero oportuno, que desde luego soy consciente de que porque yo lo considere no tiene que ser razón suficiente.

Pero es algo que llevo impreso en mi forma de ser y ya raramente voy a corregir.

Y ahora me siento un tanto avergonzada, porque se supone que en mi trabajo tengo que limitarme a escuchar, a preguntar y tal vez a consolar o comentar algún aspecto de la conversación. Pero nunca llevar la voz cantante, y mucho menos ante una alcaldesa. Y muchísimo menos hablar de mis criterios.

Durante el resto del día, metida entre papeles, estuve esperando la visita de la directora para que me pusiera en mi lugar...

Pero no fue así, y transcurrió la jornada entre las palpitaciones de mi corazón y la preparación del trabajo del día siguiente.

Cuando me siento en el metro, de regreso a casa, saco el librito de Manu y comienzo a leer. Y comienzo a leer porque hoy, no sé a causa de qué extraña razón, sí puedo ir sentada en el metro.

Solicitaba ayuda cuando estaba en su esquina una mujer que vendía su cuerpo. La ayuda llegó y, agradecida a su bienhechor, le pide:

— Vuelve mañana.

Pero el bienhechor le dice:

— No, querida amiga, mañana iré a otra esquina, donde hay otra como tú.

— Si es como yo, ¿por qué quieres cambiar?

Y el hombre le contestó:

— Porque la emoción del encuentro no es la misma.

Torturas existen en lugares lejanos y cercanos. Porque gentes sin piedad abundan. Y gentes desvalidas, también.

Entrelazadas guirnaldas de flores llevaba una bella joven en su cabeza y alguien le dijo: «Qué hermosa estás», y ella pensó que solo quitando las guirnaldas le dirían «qué hermosa eres».

Sorpresa se lleva alguien cuando a su puerta llama un ser inesperado. Pero esa sorpresa puede asentarse en su vida y ya por conocido deja de ser sorpresa.

Caminantes sin rumbo hay que con su paso incierto marchitan las horas.

Tren sin rumbo no llega a su destino.

El Sol, astro que da vida, está formado por infinidad de partículas incandescentes, y sus destellos alimentan la vida del que vive. Si un día una partícula deja de dar calor, poco importa porque seguiría alumbrando. Pero si quien le da vida al Sol, que es inmenso ante la inmensidad, deja de proyectar su partícula, el Sol desaparecería.

Para unos algo es inmenso cuando para otros esa inmensidad es una minúscula partícula.

Somos los guías de la Vida, y con nuestro abrazo abarcamos vidas que luchan por dar lecciones de verdadera existencia.

Ten seguridad de que nada acaba con la muerte. Solo el plano de existencia es diferente.

Los sabedores de mucho tal vez no vean desarrollo de vida en otro plano, porque ellos están en la vía física del plano físico y demostrable y ponen en duda a aquel que sintiendo existencias superiores no puede demostrar el hecho tangiblemente.

Cuánto vive el mundo en el letargo, y cuánto letargo hace dormir a la evolución.

Los cuidadores son personas que hacen la vida más llevadera para aquel que cuidan. Los cuidadores de la Luz muchas veces perturban la vida a aquellos que manifestando su existencia no quieren ver ni oír.

Trayecto recorrido bien puede andarse. Trayecto desconocido desconcierta a quien comienza el viaje.

Los sabios miran dentro de sí mismos. Los que ignoran es que aún no se conocen.

Todo en la vida es breve, por largo que a tus ojos sea.

Conocerás el infinito cuando vuelvas a él y veas la magnitud que alberga.

Una mujer apaleada lloraba su desdicha y un hombre cruel reía

su hazaña. Y así un año y otro, y aquella mujer un día dijo adiós a la vida, tras recibir tantos golpes. El hombre, aturdido por haber llegado hasta el final, pensó: «Qué tristeza la mía. Ya no tengo a quien apalear».

Has invitado a tu mesa a un amigo y no le das alimento.

Has invitado a tu mesa a un amigo y le ignoras.

Pero el amigo fiel no se va y, arrinconado, espera un cambio de actitud y que tú un día le digas:

— Ven, la mesa está servida.

Es el viaje de la vida una tortura muchas veces, y es la vuelta a casa la liberación.

Es el viaje de la vida una experiencia sin retorno porque, aunque retornes, nunca es igual.

Es el viaje de la vida un eslabón del Viaje.

Es la vida, necesidad para unos y devoción para otros, porque aunque la vivan no necesitan vivirla.

Entrega tu vida a las necesidades de la Luz, porque sin ella la oscuridad vive.

Sigue estos manifiestos:

Escribe un libro que dicte lo que bien conoces. Escribe los días vividos.

Dirás que nada acaba cuando todo parece morir.

Mira a tu alrededor y acude en ayuda.

No intentes huir de tu vida y sigue lo que un día has decidido.

No creas que eres tú, con fantasías e imaginación, quien se cree algo imaginario, porque Dios y todo el reino de la Luz arropan tu vivir y tu camino.

Engulle la serpiente al sediento pájaro cuando va a beber, pero si la muerte le llega, ha bebido y fue valiente cuando decidió beber.

Cuando llego al portal de mi casa, ya son más de las nueve de la noche, y para colmo me encuentro con Marina, mi vecina. Entablamos una conversación trivial y me pregunta que si no han llegado a mis oídos rumores sobre ella y yo le contesto que no, pero que, como no estoy casi nunca en mi casa, difícilmente me puedo enterar de lo que sucede en el barrio.

Quiere saber si tengo prisa y yo, aunque la tengo, le digo que puedo esperar. Porque la curiosidad me vence. Mete el llavín en la puerta de su casa y yo la sigo, con cierta ansiedad por conocer qué es lo que se puede rumorear.

Después de invitarme a tomar asiento, me explica que tiene información de que mucha gente la conoce por «la bruja» y que le hace gracia, pero que también la hace sentir mal. Y sigue relatando que, como sé, tiene un hijo estudiando en Londres y que una vez, cuando vino unos días de vacaciones, mientras cenaban, a ella se le ocurrió decir:

—Alfredo, tengo conocimiento de que tus amigos fuman porros.

Y se lo dijo así..., por las buenas, porque, según me relata, cuando ve que otros chicos normales hacen algo que no deben, ella también piensa que su hijo lo puede hacer.

—Total —me sigue contando—, que el chico se puso rojo como una amapola y me dijo: «¿Cómo lo sabes?».

Y que ella, dada la juventud de Alfredo, con solo dieciséis años, temió lo peor para él. Que con voz entrecortada le dice

que está muy preocupada, porque desde hace tiempo tiene poderes y es adivina, y le espeta:

—Hijo mío, tú también fumas alguno de vez en cuando.

Y que su hijo, acorralado, le respondió:

—Sí, mamá; pero muy de vez en cuando.

Entonces ella creyó morir, porque siempre, ante una situación así, los padres temblamos, y me asegura que hasta habló con Proyecto Hombre, por si acaso, y muchas cosas más.

Pero me dice que su hijo, espantado por lo que había ocurrido, corrió a contárselo a sus amigos de la ciudad donde él ha vivido siempre, que no es otra que esta, o sea, Madrid, exactamente este barrio, y les dice que cuidado con lo que hacen y que él no puede coger nunca más un porro, porque su madre es adivina.

—Y ya sabes, Elena —sigue hablando—, de adivina a bruja hay un paso. Y yo, sin venir a cuento, soy la bruja del barrio. Porque ya sabes, en la vida dices que tienes una herida y cuando te das cuenta se comenta que tienes el cuerpo en carne viva.

—Y ya ves... —dice con cara de angustia—, siento miedo a salir a la calle.

Y entonces le digo:

—Lo importante es lo que eres, no lo que pareces.

Y ella me confiesa que le resulta muy incómodo que la miran así.

Pero las dos terminamos riendo la ocurrencia y yo le pregunto que cuándo sucedió todo eso y me dice que hace unos cuatro años y que su hijo hará las locuras propias de la juventud, pero que es estudioso y maravilloso. Y que ella se enteró hace muy poco de las habladurías.

Entonces, cuando me marchaba, le dije que si había servido de algo bueno para su hijo no debía importarle lo más míni-

mo todo lo ocurrido. Y seguimos hablando durante unos minutos más, y llegué a mi casa y, ya más tarde, a solas, en el sofá, mientras todos dormían, continué con el libro de tapas verdes.

Bajaste un día de luna, bajaste un día de sol, porque ibas lleno de ambas cosas.

Llegaste a un hogar frío, llegaste a un hogar con calor, porque allí se juntaban ambas cosas.

Llegaste a un mundo armonioso, llegaste a un mundo sin armonía, porque en el mundo viven ambas cosas.

Un día, después de haber crecido, has mirado dentro de ti mismo y has visto la Luz del Sol, nublado a veces por la opaca Luna.

Y yo te digo: vibra, como brillan sus destellos.

Un día apareció la difícil encrucijada en la vida aletargada y el desconcierto reinó en ti.

Un día encontraste sentido a tu pasado, pero poco a poco quieres cerrarle la puerta al futuro que llega, quedando arrinconado tras la madera, que no deja paso cuando se cubre la salida.

Un día que no vives en el calor es un día que debes volver a vivir, para salir hacia donde eres esperado. No dejes de regar las flores y abre la puerta.

Cuentan las leyendas que un joven padecía porque veía cerca su final. Y cada día que amanecía comenzaba a sufrir y a decir: «Qué infortunio el mío».

Y así pasaban días y días, y siempre la misma plegaria de muerte próxima salía de sus labios.

Pasaron los años y llegó el día de su muerte en la Tierra, y miró hacia atrás y se dio cuenta de cuánto tiempo, lamentando situaciones, no había vivido.

Y alguien dijo:

—Mira el momento y aprovecha el presente, porque mucho se padece sin tener que padecer por hacer caso a una irrealidad imaginaria.

El vanidoso espera apoyo y aplauso y se siente merecedor de ello. El sencillo se siente poco, y tal vez eso sea necesario para ser aplaudido.

El cosmos, lleno de constelaciones y planetas, no termina. No existe franja divisoria que diga: «fin». Las estrellas se sostienen en armonía sin hilos que las sujeten.

El ser humano busca y busca y se cree muchas veces solo en el universo y rey de él.

Existen muchas formas de vida; en unas, unos ojos ven y, en otras, ven sin los ojos tal como son conocidos.

El ser humano no es el único habitante de la vida, porque existe mucho más que aún nadie de aquí ha sido capaz de alcanzar.

Un hombre en una isla, un día, se sentía feliz porque era rey, y aquello era su mundo y el de todos los habitantes. Un día llegó un barco de otro lugar, cargado de extraños. Asombrados, todos se preguntaban qué había pasado, creyéndose únicos vivientes. Y entonces alguien pensó: «Sintiéndonos todo no hemos salido de nuestro lugar a buscar más, y hoy nos han invadido».

El hombre de la isla es el ser humano, que se siente todo y no busca más allá, donde realmente existe la verdadera Vida.

El mundo no parará en muertes y destrucción.

Hubo y habrá catástrofe en lugar cercano y lejano también. Habrá fuego y nubes negras y el cielo se teñirá de gris, como ya ha ocurrido muchas veces.

Hombres y mujeres vagaron y vagarán, sin rumbo, heridos. Y

entonces todo volverá a ser como era, pero no igual, porque no habrá paz. Porque todos mirarán al otro y pensarán: «Fue él».

Y todos clamaron y clamarán diciendo:

— Dios, ¿dónde estás?

Y Dios dirá:

— En cada uno estoy y en cada uno padezco.

Y el ser humano preguntará:

— ¿Tú también estás en los que cometen crimen?

Y Dios responderá:

— Sí. Sí estaba. Siempre estuve ahí, pero no me han reconocido y acallaron el sentimiento de Amor que de mí manaba.

Desde el comienzo de la vida, siempre el ser humano vivió terribles consecuencias. Terribles desdichas, y ese es el modo de vida que corresponde al nivel y la elección para la evolución y sentimiento.

Pero hoy, la Sombra está asentada en su reino, y reina, y habla, y se manifiesta a través de muchos.

«¿Es que Dios no está?», te preguntas.

Está, no muere, porque no quiere morir. Pero no crece porque no es alimentado.

Había una vez un hombre que no oía y, sordo, siempre daba vueltas, no fuera que alguien se acercara a él con ruines propósitos. Y giraba y giraba sobre sí mismo, hasta que un día, cansado de no ver nunca a nadie, pensó dejar de girar. Y siguió rumbo hacia su destino sin preocuparse. Cuando llegaba a su hogar, alguien le dio el alto. Venía justo enfrente de él y, pidiendo su dinero, en voz baja, el sordo no le oyó. Entonces, el malhechor, creyéndole muy valiente, echó a correr y se perdió entre la multitud, ya que no podía recoger su botín. Más tarde, el sordo se dio cuenta de la acción y vio qué afortunado había sido por su desgracia y cuántas vueltas inútiles giró sin darse cuenta de que solo él era conocedor de su sordera.

Atesorando deseos vivos, entre ilusiones vanas que no perduran, y tú esperas.

Deseas comenzar, abrazando vidas que imprimen sufrimiento, y no comienzas.

Otras veces, ilusionado, comienzas nuevos días, nuevos despertares, y comenzando a vivir, tú, con tu silencio, no comienzas.

Y te digo que había en un tiempo pasado un hombre que contemplaba flores en su jardín desde su ventana, en primavera. Y dejó pasar un día y otro, tal vez encadenadas semanas, siempre con el propósito de salir a recoger aromas y dárselos a su esposa amada, que esperaba. Un día, inició camino, y la puerta se abrió, y ya... no estaban. De vuelta a casa con las manos vacías, esgrimió la mueca de la nada, mirando aquellas manos. Sin nada que ofrecer. Y un «lo siento» silbó como plegaria en labios comprimidos por la pena. Y un silencio se oyó.

Créeme, que tus manos llevan flores que no miras.

Que tus labios llevan sabias palabras que no dices. Que tu tiempo pasa y tú, sin respuestas, buscas vivir sin vida de la Vida.

No pienses que te dirán que no razones, pues cuando cumples lo pactado el cielo ancla sus alas en tu espalda y sus murmullos impregnan tus palabras dando consuelo al que yace sin esperanza y fe, a aquel que nada encuentra en el mañana, y calor, arrojando noches que no acaban.

Cómo es posible que vivas ignorando tu ayer. Ese ayer de dichas susurradas, cuando veías el espacio terreno tan lejano.

No encuentres escaleras a cada paso y mira los jazmines desde tu ventana.

Sal a mirarlos y contempla la vida que apaga los sabores, los olores, los días, y haz que esa contemplación se torne dicha ajena.

Alimentas olvido a cada paso, sin pensar que has bajado para que subieran esperanzas. Para que tus alimentos perduraran las vidas. Para Amar.

Y no amas tanto como debieras, y ya no lloras cuando piensas en mí como lo hacías cuando percibías sin verme mi presencia y tú, sin casi saberlo, llorabas por la lejanía de antaño, hoy cercana.

Y ya no lloras, y yo te digo que tal vez sea porque ya el ayer se hizo hoy, y tú, acostumbrado a mí, no me añoras.

O porque ya no buscas y tu corazón ya no encuentra la dicha y ya no me recuerda.

Cómo encuentras pasiones pasajeras sin darte cuenta de que todo carece de valor cuando nada perdura.

Y has llorado ayer, y ya no lloras, tal vez porque la fuente del llanto ya no fluye. O tal vez porque, manando tanto, se ha agotado.

Y ya todo para ti, tras las nubes, carece de valor, y ya las estrellas se apagan a tu mirada cuando, escondidas, no las buscas.

Y ya ves a Dios lejano, y no lo buscas, y no te miras, y no ves que vive en cada uno que vive. Y no ves la grandeza que vive en ti, abanderando el Alma sin bandera y recomponiendo historias que no ves.

Intento acariciarte cuando me miras sin verme, y tú, carente de contacto, no estás viendo lo que tan claro se muestra a tus sentidos.

Aquel hombre tenía todo, fortuna, amigos, cobijo, y pidió a Dios que le llevara a otro lugar, para comenzar de nuevo. Fue llevado a un campo apartado y se vio solo. Hambriento y desolado, se sintió triste por su renuncia. Tenía dos caminos para salir: un sendero tortuoso y una recta vía. Cogió la cómoda vía y viajó por ella largo trecho sin encontrar a nadie. Más tarde, ante sus ojos volvió a tener la misma imagen de los dos caminos y eligió el sendero tortuoso. Durante un tiempo, esperanzado, creía ver algo tras el recodo, y la esperanza lo mantenía vivo. Y así llegó al final, con la esperanza de encontrar en cada curva que no abarcaba a ver. Y llegó, y encontró.

*Porque mientras caminaba esperanzado, el pensamiento volaba a él.
Y en el camino encontró al compañero de viaje que nunca abandona
y vive para siempre.*

Reconozco que el libro de tapas verdes es pequeño. Pero necesito tiempo para poder asimilar lo que dice. Por eso y por otras cosas hago altos en mi lectura.

Pienso muy a menudo en el motivo por el que la directora de la revista no lee el libro y por qué no entrevista al autor, ya que tiene tanto interés. Pero por algo ella es la directora y dirige, y por algo yo soy redactora y escribo entrevistas.

Hoy me han dicho que la persona con la que voy a entablar conversación para mi sección es una mujer maltratadora. A mí ese concepto me suena muy extraño, porque estamos mucho más acostumbrados a que sea la acepción «maltratador». ¿O no?

Y, como siempre, llega el momento y siento que alguien se acerca. Lllaman con los nudillos en la puerta de mi despacho y yo digo:

—Pase, buenos días.

Y ella me contesta:

—Gracias.

Tengo ante mí a una mujer como de unos cincuenta años. Es de estatura mediana, rubia, con porte de gran señora.

Tengo la costumbre de analizar las miradas de las personas. Muchas veces en ese análisis me olvido de los propios ojos y traspaso el iris y la retina para husmear en ese no sé qué que existe detrás. Y en esta ocasión me parece ver a una buena mujer, de aspecto agradable y amplia sonrisa.

Yo comienzo, como siempre, con banalidades. Comentamos el tema de los atascos y me dice que ha tenido que esperar largo tiempo en la entrada de Madrid. Yo rompo el hielo y hablamos, y me dice que vive en las afueras, en un chalé de Majadahonda, que está casada y que tiene tres hijos. La veo con apariencia feliz. Nadie diría que es una persona que maltrata.

Y entramos en detalles. Comienza diciendo que se acusa. Que se acusa porque ha visto que ahora quien da una bofetada a un niño se convierte en un mal padre o en una mala madre, y que ella les ha dado algunos bofetones a sus hijos. Sigue relatando que, como ya me ha dicho, tiene tres varones y que son muy seguidos y que en ocasiones la sacaban de sus casillas. Que desde luego nunca les dio con ninguna zapatilla. Que les dio de vez en cuando con la mano algún bofetón. Y que pensaba que hoy intentaría no hacerlo, porque ya ve la vida con años transcurridos y también lo ve todo desde el prisma de la tranquilidad. Le pregunto si con la experiencia cree realmente que no volvería a repetir lo mismo, y mirando hacia la pared, huyendo de mi mirada, me dice un «tal vez».

Y sigue contando que ella se levantaba con el alba para que a sus hijos no les faltara un desayuno adecuado. Troceaba fruta y les preparaba un colacao, con sus tostadas. Que los arreglaba como pinceles y los llenaba de besos de buenos días. Me cuenta que a continuación los llevaba a la parada del autobús. Y sigue su relato diciendo que siempre estuvo muy pendiente de ellos. Que trabajaba fuera de casa y se sentía culpable; tenía prisa por llegar de regreso. Y los ayudaba a hacer los deberes. Sacaba tiempo de donde podía para que en la casa todo funcionara. Pero cuando se ponían a jugar los tres, entre gritos, alborotos, y «¡fue él!», «que no...», «¡que yo no fui!», se ponía histérica y arremetía con algún bofetón.

También continúa contando que se pasaba el día mirando a

sus hijos y averiguando qué había ocurrido en el colegio, cómo eran sus amigos, si les había preguntado el profesor, si habían comido bien...

Prosigue con su testimonio, como si estuviera reviviendo aquellos tiempos pasados, con una dulzura y nostalgia que nunca había visto.

Y entonces yo le pregunto que por qué se siente culpable y ella me contesta que le gustaría no haberles levantado nunca la mano. Que con el paso de los años lo ha pensado muchas veces, pero que ahora, con los testimonios que salieron en la prensa considerando maltrato la bofetada, de vez en cuando se siente fatal. Y me dice que siempre ha adorado a sus hijos y que daría mil vidas por ellos. Me cuenta que hoy ya son mayores y que son tres hombres de bien. Que son educados, que saben dar y recibir cariño, que han sacado sus carreras, curso por año, y que tanto su marido como ella se sienten muy orgullosos. Entonces yo quiero saber si su esposo les dio alguna bofetada también y ella me responde que no. Él de vez en cuando les soltaba alguna bronca, pero jamás les levantó la mano. Que su marido los llevaba los sábados a jugar al tenis o al fútbol, o al tiro con arco. Y siempre les ha dado lo que ha podido.

Y sigue recordando el pasado, diciendo que les han dado amor a raudales, cariño por toneladas, comprensión y dedicación como para parar un tren, pero ella se siente muy mal.

Yo no tengo explicación para el tema, porque también de vez en cuando les he dado una bofetada a mis hijos. Tal vez no en el momento oportuno, porque si de algo soy consciente es de que multitud de veces pasas cosas por alto y en otras muchas, ante la misma circunstancia, les das el cachete.

También le comento que, bajo mi punto de vista, ella ha sido una madre con mayúsculas. Y, bajo mi responsabilidad,

le digo que nadie es perfecto y que muchísimo peor sería pasar olímpicamente de los hijos, haciendo ellos lo que les diera la gana. Que es mucho más sacrificada la atención diaria y estar siempre ahí, dispuesta a escuchar, a ayudarles y a dedicarse a ellos. Y le sigo diciendo lo que pienso, que no es otra cosa que la permisividad exagerada no lleva a buen puerto, porque la experiencia, mirando alrededor, así lo dice.

Mientras se está desarrollando la entrevista, siento que llaman a mi puerta, cosa poco habitual en estas circunstancias, y yo digo «pase», y es una compañera que a buen seguro sabe de mi tema de hoy y viene a conocer a la maltratadora. Y yo le digo que estoy ocupada, porque me duelen las entrañas de que alguien la haya tildado de eso.

Y terminamos la entrevista con un abrazo y con la mayor de mis admiraciones. Al final, las dos comentamos que la vida habría que vivirla dos veces para poder remediar, pero yo también le dije que lo ideal sería la dedicación al cien por cien y no levantar la mano, pero está claro que en esta vida si algo no existe es la perfección.

Y ahora sí que pienso en el maltrato al que están sometidos muchos niños y muchos jóvenes que nunca han recibido una bofetada, pero que tienen otro agravio mucho peor, que no es otro que el ser ignorados, solitarios y sin preguntas. Sin madre que se levante para ponerles su desayuno y darles todo lo que ella posee.

Cuando salgo de la redacción me doy cuenta de que aún es temprano. Hoy puedo ir sin tanta prisa, y eso me parece extraño. Respiro profundamente como si en ello me fuera la vida, y creo que hasta sonreí en plena calle. Yo sola... Tal vez ese gesto fue visto por alguien y sirvió de mofa, pero... ¿qué es la vida más que una mofa continua?, ¿qué es la vida más que una especie de cotilleo del uno hacia el otro? Muchas ve-

ces he visto que unos labios se movían en un caminante solitario y pensé: «Pobrecillo, habla solo». Pero mi pensamiento es únicamente eso. Un pensamiento. Y hoy, con eso de los móviles y de los artilugios colocados en las orejas, ya no nos extrañamos del movimiento de labios, aunque las manos vayan estiradas, sin objeto alguno, porque puede ser una conversación, y tal vez, si es de amor, haga surgir una incipiente risa, y si es de desamor, un rictus triste y melancólico.

Me pregunto muchas veces qué habría ocurrido si hoy alguno de los antepasados volviera a nuestra sociedad actual. Tal vez quisiera partir de nuevo hacia ese lugar desconocido donde se alojan todos los que mueren a la vida. ¿O no se alojan en ningún lugar y solo dejan la estela del recuerdo durante un tiempo más o menos largo? O quizá se asentarán en el hoy, mirando por la ventana de la indiferencia, y siguiendo alojados en su mundo de ayer, junto a las interminables charlas con los amigos, a la luz de la lumbre, después de finalizar las faenas diarias.

Y pienso que todos somos muy iguales y muy diferentes a la vez, porque así lo dice la experiencia ¿evolutiva? de la vida. Aunque los conflictos generacionales existieron siempre, y los cuernos también. Y de las guerras, ni voy a hablar. Porque la nuestra es una sociedad a todas luces diferente de las anteriores, pero ni mejor ni peor, sino eso, diferente. Y es así porque ha existido un acelerador pisado a fondo por el progreso y la informática, esa que revolucionó el mundo. Y los problemas del ayer fueron muy similares a los que existen hoy.

Y en este momento me suena el móvil y es mi prima Patricia, y yo le digo que qué alegría que me haya llamado y que tenía in mente ponerme en contacto con ella para saber qué tal estaba su nieto, y ella me comenta que ya tiene seis meses y que está para comérselo.

Me cuenta que está muy estresada porque tiene que cuidarlo, ya que su hijo y su nuera trabajan fuera del hogar y ella tiene que atender al bebé, y yo le digo que vaya por Dios, que a estas alturas y tener que comenzar de nuevo no debe de ser fácil, y ella me responde que si no lo hace tendrá un problema, porque su hijo no se lo perdonaría, y yo le digo que si no es capaz de comprender que tú tienes que vivir tu vida y que has cuidado de tu prole como una magnífica madre y que ya es hora de que descanses, que menos va a comprender el día en que no puedas cuidarlo. Ella me contesta que ya tiene asumido que nunca tendrá vida propia y que su marido está de viaje con la tercera edad, pero que ella no puede.

Cuando concluimos la conversación, analizo la situación y veo que otra vez más la mujer es la gran discriminada en esta controvertida sociedad. Y se apodera de mí una rabia que no puedo superar, porque muchas veces las primeras culpables de lo que nos ocurre somos nosotras mismas. Y somos culpables porque no hemos aprendido a decir «no».

Pero yo, si no cambio, diré «no». Y lo diré muy alto, porque un no a tiempo dulcifica las situaciones, ya que muchas veces un no después de muchos síes es muchísimo peor. Te pasas la vida con sacrificio y tolerando esto y aquello, y todos tan contentos. Pero un día dices «no», «hoy no puedo», y todo lo bueno que has hecho durante toda tu vida lo acabas de tirar por la borda.

Y en estas estoy cuando tranquilamente bajo las interminables escaleras del metro. Hoy tengo ganas de llegar a mi casa y encontrarme con Pedro y hacer el amor. Me siento muy feliz.

Llego a mi hogar y digo: «¡Ya he llegado!», y me recibe mi querido perro dando pequeños aullidos de alegría infinita por no sentirse solo. Y no hay nadie más. Todo está tranquilo.

No me apetece hacer absolutamente nada y me siento, y abro el libro de tapas verdes mientras espero a Pedro.

Los hijos de la vida necesitan bastón donde apoyarse. Y tú serás bastón que guíe a los que, sedientos de agua, buscan fuente.

Sintiéndote nada has silenciado palabras. Bien sabes quién eres. No temas arropar con manto tu verdad.

Dicen los escritos que un hombre tenía todo. Tenía familia, bienes y amor. Pero al margen de su vida edificó patrañas y mentiras. Media vida transcurrió de ese modo para él. Pero un día, al ser descubierto, se sintió triste y avergonzado. Pidió perdón y comenzó de nuevo, y luchó por encontrar camino recto en medio de los que le rodeaban.

Pero el camino poco conocido mal se anda. Y volvió a caer, ante la desesperación de muchos. Alguien le dijo:

—Hombre frágil, hombre débil, hombre ciego, no avances en cuesta abajo, que es más fácil.

Cuando tu mente piense en olvidar tus buenos propósitos, borra la idea con la palabra Amor. Cuando tu mano alcance el vidrio, aparta tus dedos y borra tu idea con la palabra Familia. Cuando tus pies vayan hacia la música que invita, piensa en la engañosa melodía y retorna a tu buen hacer.

Pero aquel hombre, olvidándose de todo, se asentó en su historia. Un día llegó un anciano y le preguntó:

—¿Qué has hecho con tu vida?

Y el hombre contestó:

—No lo sé. ¿Acaso puedo saber lo que habría sido de mí si hubiera tomado otro rumbo?

Y el anciano replicó:

—No sabes lo que hubiera sido de ti, pero sí sabes lo que fue de tu vida y cómo has nublado las experiencias evolutivas. Pero, hijo de la Luz, no es tarde para buscar las riendas y comenzar de nuevo.

Y el hombre se fue meditabundo y, trazando un incierto camino, se alejó.

Cuando los sonidos se escuchan es porque alguien hizo posible su sonido.

Son realidades los hechos que se pueden demostrar, pero los no demostrables no tienen por qué ser irreales.

El conductor conduce su coche para todos los que lleva, pero unos miran cómo conduce y otros se pierden observando el paisaje.

Son motivo de duda muchas veces las acciones del ser humano, porque unos que deberían decir no dicen y otros que deberían callar no callan.

Existía en un lugar un hombre que vivía solo porque su forma de ser así lo requería. El lugar era apartado, de difícil acceso, y nadie se llegaba por allí, más que un hombre hace tiempo, al que negó cobijo. Una mañana, el hombre solitario decidió salir para ver qué había detrás de la colina que vislumbraba, y vio un valle verde, lleno de frutas y de vida, y deseó cambiar su refugio por aquella nueva imagen que tenía ante sus ojos.

Trasladó sus enseres y se asentó en el lugar.

De pronto, alguien se acercó, alguien que le dio el alto y le dijo:

—Querido amigo, ¿no me reconoces?

Y él, pensando en tiempo atrás, le respondió:

—Sí.

—Yo fui quien llegado a estos lugares, desde otro sitio, quise fijar mi hogar a tu lado, y tú me echaste y me dejaste bajo el blanco manto, en pleno invierno.

—Lo sé y lo recuerdo, y lo siento en todo mi corazón.

Y el habitante del valle le contestó:

—Sí, veo que ahora estás pesaroso por tu acción, pero no debes ocultar que tu pesar está motivado por tu interés. Puedes quedarte, yo no soy como tú, pero ten en cuenta, querido amigo, que según hagas en la vida puedes recibir.

Y el hombre que llegó replica:

—Yo no recibo lo que di.

El otro le contestó:

—Ciertamente, amigo, recibes lo que no diste, y eso es suficiente para que pienses y veas que no todos tenemos los mismos sentimientos hacia los otros.

Silenciosa tertulia hay cuando el que dice no sabe decir y con su dicho nadie entiende y los partícipes enmudecen.

Había una vez un teniente que, dando órdenes, se granjeaba todos los odios entre sus soldados. No existía compasión en su decir, en su hacer, y un buen día, abordando a un superior, le preguntó:

—Señor, ¿está contento con mi mandato?

Y el superior le contestó:

—Bien está su trabajo, amigo mío, si siempre fuera teniente. Pero mal futuro tiene si un día un soldado le manda.

«¡Socorro! ¡Socorro!», grita alguien sin ser oído. Pero pasaba por el lugar un hombrecillo que escuchó sus gritos. Sobrecogido, vio cómo un joven luchaba entre las olas y se estaba ahogando.

«¿Qué puedo hacer yo? Tan insignificante como soy y sin saber nadar.»

En ese momento se percató de que cerca había un trozo de madera y, como pudo, con gran esfuerzo, lo lanzó hasta el joven que se ahogaba, que así logró salvarse.

Entonces, el hombrecillo se veía importante y con cierta impertinencia se regodeaba de su acción, pero un día alguien le dijo:

—Bien está lo que has hecho, querido amigo, pero no olvides que a él le ha salvado la tabla.

Recordó otro día una mujer cómo había vivido tan triste en la Tierra, y yo le digo:

—No es que estuvieras triste, simplemente es que las circunstancias no fueron como tú hubieras querido.

Había una vez un gallo que madrugaba más que el resto del corral. Y cantaba y cantaba hasta que, extenuado, no podía seguir más. Cuando el resto de las aves comenzaba el día, él ya estaba picoteando la tierra, y así cogía primero el mejor alimento que yacía en el suelo. Y así un día y otro. De pronto vino el ave que volando por el cielo busca sustento y, apresándolo con sus garras, terminó con la vida del gallo. Entonces, en el fugaz vuelo, mientras era despedazado, el gallo se dio cuenta de lo poco que le había servido cantar cuando no era la hora.

Cuando el cielo dispuso tu nacimiento, tus conocimientos eran amplios, porque la esencia así lo dictó.

En tu corazón y en tu Alma albergas sabiduría, y esa sabiduría debes expandirla.

Si dices que no eres tú, unos se opondrán a tal mención. Si dices que eres tú, unos se opondrán por desconocimiento de la fuerza del Amor, que reside en cada uno.

Es probado ante tus ojos que sientes el mensaje conocido y arraigado al Alma, con lo cual, aunque mío, es tuyo.

El profesor conoce y enseña. El alumno aprende. Y lo que recoge el alumno con su aprendizaje forma parte de él.

Siempre, ante cualquier escrito, existen partidarios y detracto-

res. No temas, porque cada uno que vea será un triunfo para la Eternidad.

El día en que despiertes, la Luz inundará tu Alma adormecida. No esperes paraísos en la Tierra.

En cada ser humano habita el espíritu de Dios. Unos no encienden su llama. Otros la alimentan.

No atences con tus manos el «quiero tener».

No envíes mensajes erróneos de conducta.

No ignores el dolor de quien sufre.

No planifiques tu vida en la ignorancia del saber.

Recuerda que no debes amar lo que impida al otro evolucionar.

Casi siempre adviertes defectos en los demás que te molestan, y yo te digo: ¿por qué no haces que exista una corriente de amor capaz de cubrir aquello que crees es molesto para ti?

Esta frase sí está hecha a mi medida, porque soy tan poco transigente... Bueno, también pienso que depende del día... Intento poner freno al malestar que me crea en determinado momento alguna acción ajena. Y me cuesta y no puedo. Y lo que es mucho peor: se me nota.

Muchas veces me pregunté por qué reacciono de distinta manera ante una misma circunstancia, dependiendo de un momento u otro. Y un día creí tener la respuesta, y la respuesta no era otra que el haber dormido bien. Porque yo soy una de esas personas que creen que dormir es perder el tiempo. Que ya tendré ocasión de hacerlo cuando mi vida se apague para siempre.

Pero, claro, el motor de mi organismo está el pobre muy desgastado, y mis nervios, a flor de piel. Y me reboto con bastante facilidad. Mi cabeza da vueltas y vueltas a las cosas,

porque reconozco que parezco una controladora. Creo que todo a mi alrededor, si no lo vigilo yo, no lo hace nadie. Pero no es verdad, es solo una idea mía. Una idea que puede asfixiar a todo aquel que se me acerque.

Entonces, como pienso y pienso, me desvelo siempre, y cuando me duermo pueden ser las tantas de la mañana, y eso sí, cuando suena el despertador me cuesta moverme.

Casi es el fin y el principio de todo, cada día que pasa.

Conocerás el día de la Luz que triste se vive cuando se vive en la carne.

Armoniosa música existe en el cielo, pero solo oye quien quiere escuchar.

Advierte la insolencia aquel ser humano que dejó de serlo.

Te digo que la felicidad empieza cuando muchos creen que todo acaba.

Te digo que existen muchas galaxias.

Te digo que el ser humano forma parte de la evolución menos evolucionada.

Te digo que habrá un momento y un lugar.

Te digo que tu razón entorpece tu creencia.

Te digo que nunca perderás lo que temes tanto perder, que es tu entendimiento.

Te digo que alguien espera tu regreso.

El que ama no necesita que le enseñen a amar. El que desconoce necesita la fuerza del Amor.

Había una vez un pozo que dentro de un prado existía desde siempre. Por conocido, nadie reparaba en él, hasta que un día llegó por el lugar un extraño y, viendo el peligro, dio la alerta. Todos se quedaron mudos con la apreciación del hombre que decía que alguien podía caer en él. Y los conocedores del lugar le dijeron:

— Señor, nosotros no nos acercamos a ese sitio porque conocemos el peligro. Usted ha visto que existe porque vino aquí no teniendo que venir.

Y, entonces, el recién llegado contesta:

— Un pozo, aunque conocido, siempre es un pozo, y quien cae en él difícilmente saldrá.

Había una vez un perro que cuidaba el rebaño mientras el pastor dormitaba sobre la hierba. Llegó un anciano por el lugar, y el perro, creyendo que venía a por sus ovejas, se tiró a él y en feroz mordida lo derribó al suelo. Pasan los momentos y el pastor despierta y le dice al hombre:

— Señor, ¿cómo se le ocurre entrar en mi campo?, ¿no ha visto al perro?

Y el anciano le responde:

— Sí, hijo mío. He visto al perro y he visto las ovejas, y te he visto a ti dormido. Entré a despertarte para decirte que debes estar alerta porque, si sigues así, pueden marchar tus ovejas.

El pastor replicó:

— Tengo el perro que cuida mi rebaño.

Y el anciano le dijo:

— No. El rebaño no estaba cuidado; mientras el perro me derribaba a mí, ellas podían haber marchado.

Había una vez un hombre que pegaba y pegaba a su esposa, a poco que ella hiciera lo que él no deseaba. Un día, mientras la apaleaba, pasó una persona que le reprochó su acción. Y el maltratador afirmó:

—Esta mujer es mía y puedo hacer con ella lo que yo quiera, incluso maltratarla.

Y el recién llegado le contestó:

—Maltrata primero tu cuerpo, que ese sí que es tuyo.

Sobresale el rey en su trono, pero, cuando se mezcla con el pueblo, sobresale si tiene dones sobre los demás.

Acaricia al mundo y el mundo por lo menos te mirará.

¿Y cómo voy a acariciar al mundo? Porque a mí me encantaría que alguien me mirara. Llevo soñando con ello mucho tiempo, pero hoy ya casi me he dado por vencida.

¡Claro que me gustaría acariciar y que me miraran! Y dar saltos mimando a todo el que pasara a mi lado..., pero seguro que lo único que lograría sería que me metieran en un psiquiátrico.

Me pregunto muchas veces qué se sentirá al creerte observada y bella. Me pregunto muchas veces por qué existe un reparto tan poco justo en la belleza y en las cualidades. O, tal vez, si te quita la madre naturaleza cualidades, te da belleza. Y si te quita belleza, te da cualidades... Pero no. La balanza no es así, ya que existen muchas personas que lo tienen todo y otras nada.

Y hablando de tener... Yo lo que sí tengo es un afán bastante grande por las compras, y por cambiar la apariencia de mi salón, aunque solo sea moviendo alguna maceta, que tímidamente deposito en la estantería, un poco camuflada, para que no sea descubierta por mi Pedro y me diga que siempre estoy comprando cosas y que soy una gastiza.

Y yo pienso que si la coloco en el estante disimulada para que casi no se vea, ¿para qué la pongo? Y algo me responde que lo hago porque me apetecía comprar.

Pero no. Qué va. No es solo una maceta. Yo alguna vez he cambiado muebles sin el consentimiento de nadie, solo porque me pareció oportuno. Y también me encontré con el refunfuño de toda la familia. De mis hijos, porque no les gustan los cambios. Y de mi marido, porque no quiere que gaste dinero, que buena falta nos hace para sobrevivir, me dice.

Y un día, después de mi ataque de consumismo, me dijo Pedro que si otra vez llegaba a casa y se encontraba con alguna nueva adquisición que nos tiraría por la ventana a la adquisición y a mí. Y yo, aunque sé que es muy pacífico, también le di vueltas y más vueltas. Y llegué a la conclusión de que no podía tensar más la cuerda. Y durante un tiempo no utilicé la tarjeta.

Interpreta himnos y canciones y poco a poco comenzarás a cantar.

Suculentas comidas paladean unos, y otros se conforman con poder decir: «Aliméntame solo por hoy».

Con su condición noble, el ser humano debería ennoblecer la vida. Con su condición adversa, el ser humano debería renunciar a serlo.

Sentados en un parque, un niño le comenta a otro:

—Mi madre dice que la vida tengo que aprovecharla y que tengo que saber ser feliz.

Y el otro le contesta:

—Mi madre dice que tengo que ser feliz, y así vivir los acontecimientos de la vida.

Había una vez un hombre que, tras una enfermedad, se quedó ciego. Todo el mundo lamentó el hecho, y él, profundamente hundi-

do, sintió la desdicha en su interior. Llegó el día en que comenzó a nublarse el sol y el cielo estaba permanentemente gris. Y la gente del pueblo comentaba que se sentía angustiada por la falta de sol. Entonces, el ciego dijo:

— Yo siempre tengo sol y para mí los días nublados no existen.

Todo el mundo le miraba sin comprender, y él volvió a repetir:

— Queridos amigos, yo puedo elegir qué quiero ver, dónde y cómo, porque como mi visión ocular me ha sido negada, vivo con la visión interior, la que es proyectada por mi mente y por mi alma, y yo soy dichoso, porque veo luz y sol cuando otros muchos ven oscuridad.

Y los habitantes del pueblo pensaron y en voz baja hablaron:

— Qué afortunado es él y qué ciegos somos todos.

Tengo el cielo en el universo. Tengo tierra bajo mis pies. Tengo estrellas sobre mi cabeza. Tengo el mar.

Tengo noches. Tengo días. Tengo dicha. Tengo pena... Tengo amor y soledad.

¿Tengo motivos para dudar de que existe más?

No, amigo de la Luz. No los tienes.

Tienes motivos para vivir confiado, porque el manto de la vida alberga todo lo que te he mostrado y mucho más.

El que recibe dones no debe decir que posee un don, sino darlo a conocer. El otro juzgará.

Los apasionados de la vida viven su pasión sin importarles más.

Los apasionados por la vida expanden sus pasiones.

No enjuicies nunca acción ajena que, por desconocida, no puedes juzgar.

Había una vez un niño que se despertaba todas las mañanas y buscaba a su madre esperanzado de encontrarla. Su madre partía temprano hacia su trabajo y a esa hora ya no estaba. Y así un día y otro, y aquel niño creció triste y resentido por su ausencia. Pasaron los años y, ya mayor, le dice su madre:

—Hijo, creo que tu infancia no fue feliz por mi culpa.

Y el joven afirma:

—Es cierto, mamá.

Y la madre le responde:

—Lo que es cierto, hijo mío, es que ayer no sabías, pero hoy sabes el motivo de mi ausencia. Creo que no debes culparme.

Y el joven dice:

—Lo sé, madre. No te culpo, pero la ausencia fue la misma dentro de mi corazón.

El que silencia experiencias está haciendo bien o mal su destino.

El que silencia experiencias evolutivas hace que sus experiencias, al silenciarse, no ayuden a la Luz del que vive. A la esperanza del que no la tiene. Al Amor del que no cree en él.

Inspira hacia el bien a los que están perdidos. Haz de tu vida el eterno jardín donde las flores brotan sin marchitarse nunca. Vive la vida intensa del Amor y del perdón, y así hallarás la paz.

Cuando el pájaro canta es para quien quiera oírle. No lo hace solo para unos elegidos.

Dar Amor es lo único que acerca al ser humano a la Divinidad.

Si cada noche encontraras el momento de escuchar a tu corazón, tu Alma no lloraría.

Cuando la paja se une, forma el pajar. Una sola de poco sirve, pero juntas valen para el sustento de quien lo necesita.

Qué difícil resulta la vida muchas veces y qué fácil sería si comprendierais que las dificultades son como un soplo en la Eternidad.

Intenta resolver los problemas uno a uno, porque lo mucho atonetece el entendimiento.

Carece de corazón quien no repara en el niño que llora y, esperando una mano amiga, encuentra frío y soledad.

Carece de corazón quien no repara en el anciano que sufre su derrota.

Carece de corazón quien no ve las cosas por el lado del Amor, quien no intenta hacer la vida más feliz a los demás.

Tan encandilada estaba mirando su figura que no observaba el paso del tiempo y su transformación.

El ruido que hace el agua en la cascada no lo produce una gota, sino varias.

Una mujer comentaba historias de una, y otra, husmeando en su interior y ridiculizándolas, sacaba trapos sucios de este o aquel en el programa de actualidad, creando audiencia con su descaro. Un día fue cesada de su cargo y su sustituta hizo lo mismo con su persona, y ella lloró diciendo:

— ¿Por qué a mí?

Pero algo muy dentro de ella le responde:

— Porque en la vida las situaciones no siempre son iguales y lo que has hecho en algún momento lo puedes recibir.

Las manos colmadas de bondad dan Luz, aunque la noche sea oscura.

Antes de reír piensa que mañana puedes llorar, y antes de llorar piensa que volverás a reír.

El silencio del adiós conlleva el alborozo del reencuentro.

No fijas tu mirada en la linterna pudiendo fijarla en el Sol.

Los principios de la Vida están escritos en ti, y las misiones las contemplas en el diario vivir. Ama sin condiciones y no te aflijas.

Y tengo que dejar la lectura porque llaman a mi puerta y yo me pregunto que quién será a estas horas, pero salgo rápidamente de dudas cuando veo por la mirilla que es mi vecina Inés.

Viene medio llorando y le pregunto qué es lo que le ocurre, y me dice que está muy preocupada porque ayer le dijo su hijo que en el colegio le llamaban «perro», porque tiene los colmillos un poco prominentes, y que está precisamente en manos del ortodoncista para corregir ese defecto, pero que mientras es objeto de burlas por parte de un compañero y que otros más ríen sus gracias.

—Mi hijo me lo ha contado —me sigue relatando— porque yo lo veía triste y al fin se ha sincerado conmigo. Y estoy que me llevan los demonios, porque no es por nada, pero mira que es guapo mi Arturo, además de bueno, y un estudiante excelente. Yo le sugerí que se lo dijera a su tutor, pero él me dijo que no, porque después sus compañeros le dirían que es un co-barde y un chivato.

Entonces yo le pregunté qué pensaba hacer, y ella me dice que nada. Que ya lo había hecho y que en el momento en que se enteró cogió el coche y a todo correr, sin pedir siquiera tutoría, se presentó en el colegio. Que como no tenía cita había tenido que esperar y que estaba haciendo tiempo dando una vuelta por el jardín del colegio cuando vio que venía su hijo y detrás tres o cuatro niños más, uno de ellos diciendo:

—¡Perro! ¡Espérame y no corras tanto!

Y que entonces ella, con un ataque de furia, se dirigió a aquel energúmeno y le dijo todo lo que pensaba, que no era poco, y concluyó la alborotada charla diciendo que fuera la última vez que se dirigía a su hijo para bien o para mal.

Y me comenta que su Arturo tenía los ojos tan abiertos cuando ella volvió la cabeza hacia él, que creyó que era otra persona. Y que se había dejado llevar por el dolor de una madre que veía cómo la alegría de su hijo se iba apagando día a día. Y que en ese momento su niño estaba avergonzado, pero que no había podido evitar su reacción.

Entonces me dice que salió del lugar y que al fin logró hablar con el tutor del niño. Comenzó diciendo que lo sentía, que se acababa de portar como una verdadera verdulera, pero que tenía mucho dolor por lo que le ocurría a su hijo, parece ser, desde hace tiempo.

Y cuando se enteró el profesor de lo que sucedía, le comentó que el compañero de su hijo era un chico con problemas de estudio y personales. Que había que comprenderlo porque estaba en tratamiento psicológico. Y me dice que entonces ella le contestó que lo sentía mucho por el niño, pero que por supuesto ella no pensaba pagarle un psicólogo a Arturo por culpa de los problemas del otro.

Y entonces mi vecina me cuenta que se siente mal por ser tan espontánea y poner verde al chico, porque tendría que ha-

ber pensado un poco más las cosas antes de ir de justiciera, y yo le digo que me parecía muy bien que hubiera actuado así. Y que continuara haciendo seguimiento y que volviera a tomar cartas en el asunto si fuera preciso. Y le dije que solo había sido una madre. Que lo importante de una madre y de un padre es no tolerar que su hijo abuse de otro, ni otro de él.

Entonces ella se marcha y yo me pongo a pensar que, con lo fácil que sería ir por la vida sin hacer demasiado ruido, tengamos en muchas ocasiones la caja de los truenos. Y que esa caja la abrimos mucho más de lo que podemos suponer.

A mí siempre me ha parecido que el abuso del ser humano por el ser humano va contra natura. Es algo que se debe apartar de los principios que tal vez llevemos impresos. Y a menudo, cuanto más avanzo en la lectura del libro de tapas verdes, más preguntas me hago sobre la vida y, sobre todo, acerca de las vivencias.

No finjas serenidad si no la sientes, solo serénate y tu actitud hablará por ti.

Sediento caminante encuentra agua fresca y sigue adelante sin pensar que sin agua no sería siquiera caminante.

No trates de retener a este o aquel con promesas que no podrás cumplir. Haz de tu vida la rectitud del que ama y los retendrás.

No encuentras vía y sueñas con llegar...

Los que intentan sobresalir en una afirmación porque creen en ella lo suficiente saldrán victoriosos. Nunca abarquéis la derrota con el pensamiento.

Cuando la lluvia baja a cubrir la agrietada tierra, ¿por qué sufres, si con ello la tierra tiene vida? No intentes comprender las circunstancias de la vida, porque de poco sirve.

Niña triste, camino sediento y amargos pesares en tu huida hacia ningún lugar. Piensa siempre en esa estrella brillante. Y, risueña entre sus brazos, siéntete acariciada por la inmensa Luz que vive dentro de ti.

Qué cruel sería recibir nada cuando se desprende todo.

Volverás la vista atrás cuando caminen los años y brotará la risa ante la invasión de la tristeza de ayer, porque tu vida tendrá sentido y tú comprenderás aquel pasado incierto.

No mires las torcidas intenciones de alguien. Mira a ese alguien y observa cómo no tienes que actuar tú.

Comprende a los que viven y no mires la espina sin reparar en la flor.

Cuentan las historias que, un día, dirigentes de diversos dogmas se unieron en un lugar donde la circunstancia los situó. Uno miraba a un lugar alabando a su Dios. Otro se ponía con los brazos en cruz emulando al suyo. Otro adoraba la vaca que pastaba, ajena a todos ellos. Y así uno y otro, y otro, y muchos más con diversos credos y no reparando el uno en el otro. Entonces, una Luz inmensa surgió del cielo y preguntó:

—¿Qué hacéis?

Y todos respondieron al unísono:

—Estamos orando.

Y la Luz inquirió:

— ¿A quién?

Y ellos respondieron cada uno de manera diferente, pero todo con el común motivo de rezo y adoración.

Entonces, la Luz dijo:

— Bien está vuestra oración, pero mejor sería que primero reparaseis los unos en los otros, con tolerancia y Amor, para más tarde fijar la mirada en un mismo lugar, y ese lugar vive en cada uno. No os separéis nunca por adoraciones dogmáticas, que solo siembran muertes y destrucción. Y recordad siempre que todos sois hermanos.

— ¿Hermanos? —preguntaron algunos.

— Sí, hijos de la Luz. ¿Acaso la Esencia Divina no vive en todos? Esa Esencia de Luz que en todos habita os hace hermanos e hijos de la Luz. Esa Luz que no se apaga nunca. Unos hacen que esa Luz brille y expanden sus rayos. Otros mantienen la llama encendida. Y otros, casi apagada, pero nunca muerta. Haced que vuestra Luz brille, amando al otro y dejando adoraciones absurdas que muchas veces entorpecen la vida y generan guerras sin sentido.

Cuánto buscas en la lejanía y qué poco ves lo cercano que está.

«En el nombre del Padre», dicen los que oran. «En el nombre del Padre», dicen los que muchas veces ignoran.

No veas en tus escritos provocación. Solo debes ver y transmitir que la Luz, el Amor y la existencia de otra Realidad existen.

Y que Dios, o energía de Luz, o energía Creadora, es la Fuente de las energías, que hace que todo sea creado y que esté en continuo crecimiento y expansión y que no muera.

Para la mente humana, la energía Creadora es un concepto inalcanzable, porque es la inmensidad, y no se podría asumir por ella.

Pero trata de comprender que los universos son muchos y que en

ellos habitan muchas vidas, y que las vidas de todos forman el halo de vida.

No censure actitudes en los que viven, porque cada vivencia está marcada por su sino y su realidad.

Había en tiempos pasados un libro cerrado, en un armario. El libro, lleno de sabiduría, no era leído y se confundía entre otros, que no enseñaban nada. Un día llegó alguien que reparó en él y le preguntó a su propietario:

— ¿Por qué no diste a conocer este libro, que dice tantas verdades?

Y el propietario le contestó:

— Lo siento. No lo he leído.

Entonces, airado, el visitante le dice que cómo es posible.

Y el otro le replicó:

— ¿Quién me dijo a mí que era importante para dedicarle tiempo?

El visitante, mirándolo a los ojos, bajó la voz y le dijo:

— Amigo mío, todo lo debes conocer para poder elegir, valorar y así transmitir lo que posees.

El comienzo de tu experiencia ha sido para ti motivo de triunfo y desconfianza a la vez.

Has experimentado miedo, pavor y te has levantado sin sufrir daño alguno. No pienses que sufrirás de nuevo por causa del impacto de tus escritos, ten seguridad de que todo está en su camino. En el camino de la Luz.

Como el Sol se esconde cuando llega la noche, así eres tú, que, escondido tras la vida, pareces no brillar, pero brillas.

Cuentan las historias que un árbol tenía pobre aspecto, con su ramaje casi sin vida, y su pequeño tronco estaba ensombrecido por otros que a su alrededor destacaban por gran altura y ramaje. Llegó

el día en que se vio tan agobiado, tan despreciado por el resto, que el pobre árbol dejó de florecer en primavera. Por su desdicha. Aparecieron un día unos leñadores y, mirando el bosque, hicieron talar todos aquellos árboles que destacaban sobre el resto, porque al ser más grandes eran más ventajosos para ellos. Después de terminar la tala, el pequeño árbol se quedó solo y, así, al no ser asombrado por los otros, floreció y creció. Cuando el resto del bosque comenzó a crecer de nuevo, él miraba desde lo alto y pensó:

—No quiero expandir más mis ramas, pues no quiero que ellos no crezcan por mi culpa.

Cuando fallece el cuerpo, el Alma lleva impresa la vivencia que ha vivido. La Esencia nunca muere y evoluciona con cada experiencia.

En tiempos pasados, un anciano relataba historias a su joven nieto y él escuchaba. Y le contaba cosas de sus vecinos; que este y aquel y el otro le habían ofendido y que eran mala gente. Y así un día y otro, hasta que el joven dijo:

—Adiós, abuelo.

—¿Adónde vas? —le preguntó el anciano.

—A escuchar a tus vecinos para saber la opinión que tienen de ti.

—Qué van a contarte..., si yo siempre hice todo bien, como siempre te he dicho.

—Precisamente por eso, querido abuelo, deseo conocer la versión de los otros.

Había en el cielo un hombre que, llegado de la Tierra, dejó su cuerpo, pero aún era él. Y dijo:

—Aquí vuelvo otra vez, cargado con el equipaje de haber repartido Amor.

—¿A quién se lo has dado? —le pregunta la Luz.

—A mi familia: a mi esposa, a mis hijos, a mis padres.

Y la Luz le dijo:

—Tu Amor, el que tú llevabas para dar, no está dado. Tu familia también es aquel con quien te has cruzado. Al que has saludado. Al que no conociste. Tu familia es todo aquel que vive en el mundo.

Y el recién llegado, asustado, le pregunta:

—Entonces, ¿por qué no me lo habéis recordado mientras duró mi vida en la Tierra?

Y la Luz le responde:

—Querido hijo de la Luz, todo va impreso en tu Alma. Lo único que tenías que haber hecho era mirar dentro de ti.

Eres la Luz que cuida el oscuro aposento. Eres la imagen de la soledad. Eres la nostalgia que muchos recuerdan. Eres el destello de Amor.

No busques soluciones para las palabras que no fluyen. No busques decir sentimientos que no encuentras. Acuérdate de mí y sabrás que ayer permaneciste en brazos del Todo, y que el Todo te volverá a envolver, como envuelve y cobija a todo el que vive.

Te sientes culpable un día y otro, y nada solucionas.

Te abandonas a la comodidad de la vida y no comienzas.

Intentas ver tras la barrera de lo desconocido y no levantas la tapia que lo oculta.

Alta montaña, soñaste conseguir que tu guarida albergara al Amor y tú, incólume, no abrazas.

Eres como ayer lo has sido. Eres en un lugar hoy olvidado por ti, donde fluye la Luz y la Luna no oculta nada.

Un lugar donde la montaña es hermana del río y el lago no se encumbra con la hermosura de su suave espuma.

Es aliento del viento el frío de la noche, y la noche busca desaparecer para reencontrar calor.

Dibuja el cielo con tu mirada y oculta el frío con tus palabras, erigiendo guirnalda de flores con el pincel del pasado en el presente.

Has encontrado sueños olvidados y hoy sirves en tu vida de bastón, y besas, y abrazas, y amas, y olvidas que has dicho que tu dicha sería ver la dicha ajena.

No te vuelvas. No ocultes tu saber cubriendo de indiferencia tus vivencias.

Sabrás que todo lo que has deseado un día se responde en el paso de la vida.

Y volverás a un reino de belleza infinita donde todo ocurre y nada pasa. Donde la imagen se venera y se venera a aquel que la contempla.

No tengas miedo. No vuelvas a temer. Nada termina y tu corazón, cuando ya acabe, comenzará la Vida.

Serás amado como lo has sido ayer y tú dirás:

—Inmenso Dios, qué poco creí en Ti. ¿Cómo pudo haber sido? Cuánto he dudado. Qué triste es el infinito mundo que se abre cuando se vive. Qué triste es la muda realidad. Hoy, Dios, te he vuelto a ver, y he visto cómo se olvida cuando se vive en la carne. Hoy, Dios, comprendo cómo te olvidan, cómo te olvidé yo ayer.

No tengo pena. No tengo miedo. Tengo recuerdos y les digo adiós, como ayer le dije adiós al tuyo.

Tengo soledad dentro del Alma, en el rincón que no se apaga, pero con tu calor ya no estoy solo.

He intentado cubrir tu ausencia con tantas cosas que prefiero olvidar. He intentado decir que tú no eras, para justificar aquellas cosas que hoy veo carentes de valor, y mi nostalgia fluye. Y te entrego mi Amor, ese Amor que un tiempo permaneció en silencio dentro de mí.

¡Qué grande eres! ¡Qué imagen sin imagen veo sin ver y escucho sin oír! Y cuando recuerdo, ya veo que el recuerdo no vive. Porque vives Tú.

Nadie nace para hacer mal. Son las circunstancias las que silencian el Amor.

En el limbo están los que no conocen, no los que no han recibido.

Los indeseables son seres que solo intentan saciar sus necesidades.

Los seres humanos alimentan su ego mostrando sus habilidades ante los demás.

Con conocimiento se anda el camino. Con ilusión se anhela llegar. Con Amor se llega.

El que un día odió otro día volverá para aprender a amar.

Cuentan las leyendas que había un sabio que cada día daba lecciones sobre esto o aquello, y todos le veneraban. Llegó el día en que vino una inmensa riada y todos se subieron a las copas de los árboles y a los tejados. Y así pasaron el día y, llegada la noche, se preguntaban unos a otros cómo iban a poder sostenerse si se apoderaba de ellos el sueño. Y como no tenían respuesta, pensaron en preguntárselo al sabio, que a duras penas se sujetaba en una rama. Y el sabio les contestó:

— Yo soy sabio, pero de esta circunstancia no sé nada.

Y alguien dijo:

— Bueno, si nos dormimos y caemos al agua, al contacto con ella, despertaremos y podremos llegar nadando a aquella orilla que poco a poco se ve emerger.

Y el sabio dice:

— Salvaos vosotros, porque yo me pasé la vida deliberando sobre esto y aquello y no empleé tiempo en aprender a nadar.

No calumnies, porque con la calumnia tu alma empequeñece.

No robéis, porque con el hurto establecéis condena en vuestra evolución.

No despreciéis al pobre ni al rico, ni al que veis ni al que no veis.
No produzcais disturbios, que a nadie benefician.
No cerréis los ojos ante los que sufren, sea el motivo que sea.
No acabéis con la vida de aquel que tiene derecho a la vida tanto como nosotros.

Quizás se den situaciones que os parezcan injustas, pero en el cosmos siempre existe justicia.

No os acobardéis cuando deberíais defender la razón del amor y las virtudes que esto arrastra.

Mirad siempre con los ojos llenos de Luz y claridad, aun sabiendo que solo veréis sombra.

Con la actitud positiva, el sufrimiento es menos sufrimiento y la concordia reina.

Cuentan las leyendas que un hombre poderoso pedía ayuda y todos se preguntaban por qué. Y él dijo:

—Tengo todo, dinero, siervos y amigos, pero tengo vacío mi corazón.

Y una mano amiga le contestó:

—No tienes nada, amigo caballero, porque ese vacío es lo único que, lleno con Amor, te daría todo el poder y consuelo que tú anhelas.

Y así pasaron días, y el hombre buscaba y no hallaba; pasando horas sentado en su sillón, deliberaba sobre lo escuchado.

Y, entonces, la mano amiga le volvía a decir:

—Ven conmigo, porque tú mismo has de encontrar lo que anhelas.

Y salió de su casa confortable y caminó sendero abajo, entre arboleda, con paso lento, pero firme. Al final del sendero vio una Luz y, anhelante por llegar, corrió para ver qué encontraría. Y allí vio un mundo nuevo, con mudas palabras en los habitantes del lugar y miradas ausentes de cariño. Abrió sus brazos, refugio de las Almas

calladas por el desconsuelo de la nada, y en ese abrazo abrió su corazón. Volvió al hogar y la mano amiga le preguntó:

— ¿Te sientes vacío aún, hombre poderoso?

Y él le respondió:

— Todo lo que he tenido hasta hoy ha satisfecho mis momentos. Todo lo que he encontrado hoy ha hecho que mi corazón hablara, y hoy dejo que hable para ti. He soñado no estar solo, pero habitaba un cuerpo que nada me decía. He soñado despertar a este dormido, y él despertaba con mis latidos. He soñado albergar Amor, y hoy amo y cobijo al que necesitando cobijo no tenía. Y hoy consuelo. Y hoy he despertado porque quien me alberga despertó. Y vivo. Y sé que de mí dependen otras vidas, y hoy el Amor me llena, porque, aunque lleno, no hacía que los demás supieran que los amo.

Tu camino lleva espinas, pero si pisas viendo flores, la espina no hace daño.

Siempre que insistas en ver el lado amargo de una situación, no busques el fondo oscuro de la noche. Fija tu mirada en el lucero que asoma en el horizonte.

Sobre tu pecho, una espina. Sobre tu cabeza, el cielo. Y bajo tus pies, la certeza del suelo.

Sobre tu pecho, la espina que se clava y se extrae; según el día, se viste de diferente color. Y bajo tus pies, la tierra de la vida.

Como un cristal es el tiempo en que se vive en la Tierra.

Cuando sufre atentado, el cristal se rompe y se hace añicos. Un trozo se clava en el que vive junto a ti. Otro se pierde en la tierra. Otro se incrusta tal vez en el que vive en lugar ajeno. Y tú recompones sus trozos y comienzas creyendo que todo es igual, pero nada es así.

Cuando yazcas un día, verás cuántas veces has unido tu cristal. Y cuántas veces se ha roto causando daño ajeno.

El Amor es un caudaloso Mar en el que navega la Vida.

Había una vez una mujer que cada día hacía su labor y nadie le decía que todo estaba en su sitio ni que las necesidades de todos estaban cubiertas, ni que era una buena madre. Ella escuchaba a todos, una y otra vez, y no dormía con los problemas ajenos intentando soluciones para este o aquel. Y un día, harta de ser ignorada, cerró la puerta y se marchó. Cuando llegó a casa su familia, la buscaron, y así un día y otro. Y alguien les dijo:

— Estaba harta de sufrir por todos y de que nadie reparara en ella.

Y sus hijos exclamaron:

— ¡Pero si es una madre! ¡Cómo podía esperar nada!

Saliste del otoño con claridad, y habló la noche, y tú con miedo te has dormido.

Saliste del invierno, y tú, no temiendo al frío, has hecho trizas tus trajes y estos no te cubrieron.

Saliste del verano, y, presa del calor, te has refugiado bajo el sombrío arbusto.

Tú, que intentas mejorar, duermes, y cuando despiertas regresas a un alto en el camino para coger fuerzas. Pero duermes.

Sobre el suelo se afirman los pies; sobre el cielo, el pensamiento.

Has entendido cómo los frutos maduran y has visto crecer los árboles. Y a las flores morir.

Has creído en el trabajo y has cosechado frutos. Has entendido los progresos de la vida y te has adaptado a ellos.

Has intuido situaciones que han sucedido. Has encontrado cobijo en las palabras que fluyen como fuente que no acaba. Y no has creído lo que la fuente te inspira uno y otro día.

No digas que es por miedo. Solo es porque no admites lo que es, y sabes qué es y por sabido lo olvidas.

Solo dime: ¿sientes energía cuando invocas a la Luz? ¿Sientes nostalgia cuando intuyes el ayer? ¿Sientes consuelo cuando llamas a la Luz ayuda? ¿Sientes cobijo cuando tienes miedo? ¿Sientes seguridad cuando atisbas el futuro? ¿Crees en Dios, fuente de Luz, imaginación sin imagen, compendio de mundos inacabados, extensión sin límite, idea que no comienza y no termina?

Reflexiona y responde a las preguntas. Y la idea de Dios no debes razonarla, porque la razón, limitada cuando yaces en el cuerpo, hace que dudes y que no seas capaz de comprender lo inimaginable.

Hijo de la Luz, comprométete con el mundo y entona canciones de esperanza.

No tengas miedo. Solo medita tus palabras y tus actos. Y la Luz, que nunca abandona, brillando ante el mundo, lucirá.

Cierro el libro porque ya me parece excesivo el tiempo que tarda Pedro en llegar a casa. Él es bastante puntual, pero últimamente se está olvidando un poco del reloj. Demasiado, diría yo.

Por fin suena el llavín de la puerta y miro que ya son las doce de la noche y veo que entra mi Pedro. «¿Mi Pedro?», pienso de nuevo.

Y escucho cómo viene refunfuñando sobre la perra vida; que no termina de trabajar nunca y que todo son reuniones con este o aquel, y voy y le digo: «¡Hola, amor!», y él me ignora, como se ignora al ver el mueble de la entrada, que por conocido no le prestas atención.

A mí casi no me ha visto, aunque estoy delante de él, pero sí a mi perro, con el que juega tirado en el suelo y dándose tales revolcones que se dispara mi imaginación.

Por supuesto ya se me han pasado las ganas de hacer el amor, y de decir «hola», y de darle un beso de los de len-

gua. Y se me han pasado porque él me las ha quitado con su actitud.

Y me encierro en el cuarto de baño, porque, entre otras cosas, es en el único lugar donde tengo cerradura. Y me pongo a pensar que tengo que hablar con Pedro, porque sobre todas las cosas sé, o por lo menos lo interpreto así, que me ama.

Pero me pongo a pensar que últimamente está un poco raro, que se perfuma demasiado, que se peina una y otra vez, cuando antes, hasta hace poco, tenía que ser yo la que estuviera diciendo que se prestara un poco de atención.

Y sigo pensando y me imagino a mi marido haciendo el amor con otra mujer y se me eriza el vello, y mi estómago parece el comienzo de un tornado, con unos remolinos que me marean.

Pero ¿caso yo no estoy todos los días entrevistando a mujeres que han sido engañadas por sus maridos, y muchas veces, ante sus propias narices? Pues pienso que si Pedro tuviera solo un día de pasión, por un momento circunstancial, tal vez lo intentaría asimilar, aunque preferiría no saberlo nunca. Pero si se hubiera enamorado de otra mujer, jamás le perdonaría que no me lo contara.

Dicen que la esposa es la última en enterarse, y eso para mí sería el peor de los daños que me pudieran causar. Pienso que vives toda una vida al lado de alguien, muchas veces del único hombre a quien has conocido, porque comenzaste con él siendo una adolescente, y de pronto todas las luchas, todos los sueños, todas las confidencias de tantos y tantos años ya no son tuyos, porque ahora todo este cúmulo de vivencias y sensaciones están en boca de sabe Dios quién. Y tal vez te cruces con la amiga de tu marido en la calle y le des dos besos, porque en la mayor parte de los casos es una conocida, o amiga, o compañera de él.

Yo valoraría mucho que, aunque fuera con la cercanía del hoy, en este mismo instante, viniera a mí y me dijera que había conocido a otra mujer y que estaba enamorado de ella. Yo lloraría y me preguntaría por qué me ha sucedido esto. O mejor, ¿por qué *nos* ha sucedido esto?

Pero creo que sabría comprenderlo, porque habría sido él quien me lo dijera, y yo le diría que de un momento para otro no surge el amor, y le diría también que por qué no se apartó de ella cuando veía que podía ocurrir algo, pero tal vez me contestaría que no se había dado cuenta hasta esta mañana, y que lo nuestro ya no podía continuar.

Y seguí pensando que, viendo su sinceridad, yo sería su amiga incondicional, aunque me costara al principio aceptarlo como tal. Pero llegaría a conseguirlo. Y en cuanto a nuestros bienes, que no son muchos, y en cuanto a nuestros ahorros, que son menos, por mi parte se repartirían amigablemente y pensaría para mí misma que la vida continúa y que por ese motivo nadie se ha muerto.

Creo que en esas circunstancias rumiaría mi derrota y tal vez comenzaría a valorarme más a mí misma. Y me daría cuenta de que él se ha perdido más que yo.

Y sigo encerrada en el baño y ya no escucho los arrullos de Pedro con mi perro, y pienso que si la traición no me fuera dicha por él en sus comienzos, sino que fuera yo la que lo descubriera, surgiría la fiera que llevo dentro y le echaría de casa, no le haría la maleta, no. Le tiraría su ropa por la ventana y me quedaría con la cartilla del banco. A buen seguro que por la mañana estaría la primera en la cola para sacar todo el dinero.

Porque pienso que en la vida lo peor que puede existir son el engaño y la traición, y eso no lo voy a tolerar. Eso sí que no.

Pedro me llama a la puerta con los nudillos y me pregunta si me ocurre algo, y yo le contesto que no, que me estaba du-

chando y que salgo ahora. Me dispongo a abrir la puerta, pero veo que tengo el pelo totalmente seco, y él sabe que siempre me ducho de la cabeza a los pies. Entonces meto la cabeza debajo del grifo del lavabo y salgo con el cabello enrollado en una toalla.

Y él me dice «¡hola, amor!», y me sigue susurrando que tenía tantas ganas de llegar a casa y que había estado muy ocupado últimamente con todos los negocios de su hermano, que estaba colaborando con él, y que no ha querido decirme nada porque deseaba darme la sorpresa de llevar a casa un dinero extra.

Y metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre. Un sobre que abultaba y yo abrí, y vi billetes de quinientos euros.

Y me quedé helada, a la vez que hundida por haber montado una película de un retraso. Me prometí a mí misma no volver a jugar con la fantasía, sobre todo la fantasía que me hace daño.

Pero soy un ser humano, y sobre todo soy una mujer, tal vez donde yacen las reminiscencias del pasado, transmitidas de generación en generación, en la maraña de los genes. Un pasado y un presente de siglos y siglos donde la mujer a menudo ha sido un papel de usar y tirar.

Y mi Pedro me llama y yo le digo que ya voy, mientras desenrollo la toalla que llevo anudada en la cabeza.

Hoy he dormido maravillosamente bien y me levanto con el ánimo tan elevado que estoy como si flotara en las nubes. Entro en el cuarto de baño y siento cómo se desliza el agua sobre mi piel morena. Estoy relajada y feliz, porque en estos momentos solo pienso en lo cerca que estamos mi Pedro y yo.

Esta noche he sentido mucho su amor, porque muchas veces las cosas no son iguales. Estamos cerca, pero no somos uno. Y esta noche hemos sido uno. Y hoy tengo el convencimiento de que podrá juntarse el norte con el sur y podrá el mar inundar la vida, pero tengo claro que, pase lo que pase, Pedro y yo estaremos siempre el uno para el otro.

O... tal vez eso lo pienso ahora y tal vez mañana vea las cosas de otro modo. Porque para algunas circunstancias soy bastante voluble y me monto muchas películas, que no son realidades, sino atisbos de realidades ajenas.

Como siempre, y a todo correr, hago mi maratón subiendo y bajando escaleras hasta que llego a mi trabajo.

Hoy creo que vendrá por mi despacho una mujer que escribe poemas. Y tendremos que publicar uno, porque ella es hija de un acaudalado empresario y mi directora se siente en la obligación de publicarle algo de lo que escribe, pero no sé por qué. Y no lo sé porque yo me limito a trabajar y nada más, y no es que no me interese, que a menudo me interesa y mucho, pero es que no me tienen demasiado en cuenta. Soy como un meteoro que llega a cien, trabaja a cien, y después baja a todo

correr. Muchas veces me doy cuenta de que el día que puedo estar quieta no lo estoy. Y todo se debe a la prisa que tengo. Tengo prisa por dentro, y rara vez disfruto con el presente porque siempre vivo el futuro. Y cuando se vive el futuro no se vive, porque solo navegas en la incertidumbre del qué será. Y lo peor del caso es que toda la energía que consumo en la película de los posibles podría gastarla en la realidad de presente y todo sería mucho más fácil para mí.

Entre deliberación sobre esto y aquello, y subiendo y bajando escaleras interminables del metro, ya llego a la oficina. Estoy dispuesta a entrevistar a la mujer que tengo delante de mí, que no es otra que la mismísima mujer diez. Y no digo diez porque su físico sea maravilloso, que sí lo es, sino por su forma de vestir. Está impecablemente arreglada, su cutis es perfecto y su maquillaje, de película. Viste de marca, seguro; y no de marca de trapillo, que también existe y que yo conozco tan bien. Su vestido indudablemente es un modelo de Per-tegaz, lo sé porque el mismo estaba en una página a todo color en la revista *Telva* del mes pasado. Y yo me pregunto que si a estas horas de la mañana viste así, ¿qué hará cuando vaya a un cóctel? Creo que nunca lo sabré, porque yo frecuento muy poco esas reuniones, ya que en esos ambientes se mueven otras compañeras de la revista en la que trabajo. La directora considera que yo no doy la talla para tales eventos. Y a mí no es que me agrade demasiado, pero seguro que alguna que otra vez no le haría ningún asco si tengo que ir.

Nos saludamos y ella es muy correcta. Muy elegante y maravillosa. Hablamos de lo difícil que está el tráfico en Madrid, y en eso mi entrevista de hoy es casi como la de ayer, y la otra, y la otra. Porque si viviera en provincias, en vez del tráfico, seguro que comenzaría con el tiempo, pero, aunque vulgar, siempre de una u otra forma se rompe el hielo.

Y ella me da unos folios para que lea sus poemas y, si nos parece bien, le publiquemos alguno en la revista. Me dice que solo quiere dejarlos, porque le avergüenza mucho que los lea delante de ella, y que elija los que me parezcan mejores. Que estará encantada con mi decisión y que lo que quiere es ver su nombre debajo de un poema escrito por ella en la revista *Somuj*. Y yo la entiendo, porque a muchas personas nos incomoda a menudo que otros lean nuestras creaciones literarias, pero en el fondo nos gusta que se enteren de que somos capaces de crear algo.

Y aquella impecable mujer se marcha dejando atrás una estela de maravilloso perfume de Dior.

Y saco del sobre unos folios y comienzo a leer:

«Te veo tendido en el rincón del abandono
sintiendo que tu muerte
ahoga los lamentos de mi boca.

No.

No te vayas y cumple tu promesa
de amor eterno.

Sueño que alcanzo la colina esperanzada
de nuestra dicha.

Pero tú no luchas por tu vida
y te abandonas a un destino incierto
con promesas veladas por tu adiós.

Quédate y dile a la muerte que te has ido.
Que no eres nada y esconde tu alma
en mi regazo.

Ven y envuelve con tu aló mi esperanza.

Ven.

Engaña a ese destino que te aparta.»

Pienso que es un poema libre, sin métrica, tal vez de tristeza y desamor. No puedo juzgar poesía porque no acostumbro a leerla. Cuando era jovencita tenía verdadera obsesión con Bécquer y sabía todas sus rimas y leyendas, pero hoy ya casi no las recuerdo. Me gustaba Machado, sobre todo porque escuchaba sus letras con una música, entonada por la voz maravillosa de un artista.

Pero no es momento para deliberaciones y cojo otro folio y comienzo a leer:

«Dime qué te ocurre...

No intentes culparme por silencios.

No digas que soy yo con mi actitud
quien escribe tus nada.

Dime qué pasó...

Por qué aquel fuego vivo ya no existe.

Por qué aquella hoguera ya no quema.

Por qué no florece el valle con mi llanto.

Dime si soy...

aquello que esperabas que yo fuera.

O si los momentos

de las vidas

han hecho de sombras el camino.

Tuyo y mío.

Los terruños de ocre, no dan vida

y los racimos de uvas ya se apagan.

Y las simientes

sin tierra

sin agua
no germinan.
Porque la sal de mis ojos
salpican sin cesar el campo entero.»

Releo el poema y veo un corazón roto de amor. Y me gusta el fondo que tiene, aunque me pone un poco nerviosa porque me recuerda demasiadas historias que vienen a la redacción, y sobre todo a mis pesadillas, porque desde luego, tal vez por influencia de mis entrevistadas, yo me monto muchas películas en mi vida privada sobre la infidelidad. Y es que está a la orden del día. Pero siempre termino con la misma conclusión, que no es otra que, si pierdes nada, nada has perdido. Porque muchas veces creemos tener mucho y lo único que tienes a tu lado es eso, nada.

Y seguí leyendo y unos me gustaron más y otros menos, y los dejé al criterio de mi redactora jefe, y no sé qué es lo que va a salir publicado.

Cuando llego a casa me doy cuenta de que hoy es el cumpleaños de mi hijo y que seguro que está esperando un regalo.

Entonces vuelvo a bajar la escalera, mientras pienso que cómo voy a engordar. Con la falta que me hacen unos kilitos. Pero yo estoy en continuo movimiento y no dejo que la carne se quede conmigo.

Bajo a El Corte Inglés que tengo debajo de mi casa y le compro un jersey. Un jersey de marca, que, aunque no me exige nada en este sentido, el pobre también merece un poco de atención. Pero es que, aunque le prestemos atención, él en lo único que piensa es en el ordenador y en su carrera, y yo medito que qué diferentes somos, porque mi hijo está todo el día pensando en el mañana, y mi hija, pensando en ponerse guapa y en vivir del cuento. O de su futuro marido.

No entiendo a mi hija, porque en estos tiempos intentar ser solo ama de casa no le va a conducir a nada, porque los matrimonios muchos son de ida y vuelta. Hemos pasado de aguantar carros y carretas a ser destructores de uniones, que muchas veces se rompen por una tontería. En otras ocasiones son cosas muy serias, y me parece perfecto que nadie tenga que aguantar a nadie, viviendo ultrajado.

Pero el problema viene cuando tienes que vivir de una paupérrima pensión que en muchas ocasiones te llega mes sí, mes no. Si tienes tu trabajo, ya tienes mucho a tu favor, porque eres autónoma, y nosotros, mi Pedro y yo, se lo hemos dicho a nuestra hija miles de veces, pero ella hoy está como en el limbo.

Y mientras delibero esto y aquello, subo a casa con el regalo de cumpleaños y ya están todos. Preparo una cena un poco especial y a mi hijo le cantamos *Cumpleaños feliz* y él se emociona mucho, porque es un chico emocionable, pero para ello hay que sacarle esa parte oculta que lleva dentro.

Y cuando le cantamos el *Cumpleaños feliz* me acerco con el postre, que no es otra cosa que un queso en el que sujeté las velas, hincándolas con fuerza, traspasando la corteza. Y las velas vienen sobre el queso porque es lo único redondo que tenía, ya que no me había acordado de comprar la tarta.

Nos dice mi hijo que menos mal que hemos recordado que es su cumple, que por la mañana nadie le había dicho nada, y yo me apresuro a decir que es que nació a las seis de la tarde y que esta hora es la propia para felicitar... Entre dientes le oí decir que, entonces, otros años lo hicimos a destiempo, porque casi siempre la felicitación era matinal.

Pero la vida es así, y muchas veces hay olvidos, y también incomprensiones, pero lo importante es que brindamos y es-

tábamos los cuatro juntos, aunque tal vez fuéramos tres y medio, porque nuestra hija solo estaba pendiente de su móvil y de escuchar la voz de su futuro marido.

Cuando terminé de recoger ya eran las doce de la noche. Y llegamos mi marido y yo a la habitación y, tras el beso de buenas noches, sin lengua, un beso casi de hermanos, me introduzco en la lectura del libro de tapas verdes.

No tengas miedo del río, que él no inundará tu hogar. No tengas miedo del fuego, que tu casa no arderá.

Solo admite que el río si quiere te inundará y que el fuego puede quemarte.

Has descubierto un día que no estás solo. Y hoy suspiras por ese alguien al que tú añoras y que olvidas que vive junto a ti.

Tú describes con ternura nuestro encuentro, olvidando ese reencuentro que un día fue.

Estarás en la Tierra muchos años, mirando las estrellas que brillan para ti y olvidando que tú mismo eres una que brilla para otros.

Debes saber que nada acabará, que nada será fin en la existencia de la Tierra, pero habrá acontecimientos que harán tambalear y decir adiós a una estructura que no tiene fuertes sus pilares.

El reencuentro que hubo solo fue visto así por ti, porque en la Luz nunca hubo despedida.

Si en el camino encuentras al sediento, no dudes en darle agua.

Si en el camino encuentras al cansado, no dudes en darle cobijo.

Y tú, hijo de la Luz, camina y así encontrarás.

¡Qué largos son los días para aquel que espera! ¡Qué corto es el momento esperado!

Decía una vez un sabio que los elocuentes dichos que solían brotar de sus labios se debían a su capacidad de aprendizaje y a su destreza en saber decir.

Y un pobre hombre que estaba a su lado y nunca había tenido oportunidad de aprender le pregunté:

— ¿Por qué tú y yo no?

Y el sabio calló.

El movimiento de la vida ahoga a menudo las vivencias.

Mirad el infinito: comienza sin comienzo y su fin no finaliza.

La mente humana, al ser limitada, no comprende, pero debéis comprender la no comprensión.

El inocente es esponja que sigue viviendo cuando el agua deja de fluir, porque ella misma absorbe cuanto hubo.

Con los brazos abiertos corría una joven intentando abarcar con su amor a todo aquel que encontraba a su paso. Un día, su mano no cobijó y dio en el rostro de aquel que alcanzó, causándole daño, y entonces la joven fue conocida por agresora. Y ella pensó: «De qué me sirvieron tantos años dando Amor y cobijo a todos, si ahora solo ven en mí a una mujer que hiera». Y alguien le dijo:

— No sufras, amiga mía, porque en el libro de tu existencia están reflejadas las vivencias.

Y ella le pregunta:

— ¿Y de qué me sirve, si hoy vivo en la Tierra?

Y ese alguien, con voz poderosa y de suma bondad, le responde:

— Tú lo has dicho, porque vives en la Tierra ocurren esas situaciones injustas. Pero tú continúa abarcando con tu Amor y no te importe, aunque nadie repare en ello.

Escribió un hombre sencillo que el Sol desprendía energía, y dio grandes disertaciones sobre la grandiosidad del universo, pero nadie lo escuchó.

Escribió un ilustre ciudadano que el Sol daba calor, y todos lo aplaudieron por su saber.

*Variados pasos existen en la vida del que camina:
el paso firme aporta y transmite seguridad,
el paso lento aporta y transmite serenidad,
el paso tambaleante aporta y transmite incertidumbre,
el paso equivocado aporta al que pisa retroceso y transmite distorsión y sufrimiento.*

Todos, mientras dura la vida en la vida de la Tierra, pisan con estos pasos, pero es importante conocerlos, para poder elegir cómo se quiere pisar.

El antes y el después de una vida pueden perturbar las vivencias.

Las miradas serenas transmiten serenidad.

Las miradas tristes transmiten compasión e incertidumbre.

Las miradas bondadosas transmiten conocimiento y amor.

Las miradas lascivas transmiten vacío de sentimiento.

Las miradas frías transmiten desconocimiento y negatividad.

La mirada huidiza no transmite porque tiene mucho que esconder.

Pero, sobre todo, las miradas transmiten lo que en realidad eres.

La mirada nunca miente, aunque mienta la palabra.

Sabias palabras habla el sabio. Vacías palabras habla el ignorante. Hirientes palabras habla el ofensor. Y... amorosas palabras dichas con Amor son la base sobre la que debe fundamentarse la humanidad.

Cuando te mueras a la vida no tengas pesar, porque al otro lado la claridad de tu vida llenará tu partida.

Pero cuando partas, en el momento de la claridad del tránsito, deja atrás tus odios y rencores y porta solo en tu equipaje evolución y Amor.

Peregrina el peregrino hacía aquel lugar elegido sin darse cuenta de que en ese peregrinar le acompaña el futuro visitado, si es que realmente existe motivo para la visita.

Existen muchos lugares donde el lugar elegido no tiene motivo para que así sea, y otros muchos que, debiendo ser visitados, no lo son.

Ten sensación de pérdida únicamente cuando has perdido Amor, no cuando pierdas algo tangible.

Cuando el corazón lucha por sentir Amor, vibra en sintonía con la certeza de otras realidades y su sufrimiento ante la vida es menor.

No sintáis culpa por no sentir más añoranza del ayer cuando parte un ser querido, porque el Sol y la Luz y el mismo ser que fue ayer en la Tierra y que hoy despega sus alas en el firmamento de la verdadera realidad, hacen posible el milagro.

Hijos de la Luz, en la Tierra se vive con la agonía de «qué será», del «qué va a suceder», porque la visión de la verdadera vida queda eclipsada, porque así debe ser.

En la Tierra se recogen experiencias y se evoluciona y se aprende, y cuando llegas al lugar de Luz, das cuenta de tu paso por la vida, y ve eso como si de un sueño se tratara.

En el lugar de Luz, vives ya con el conocimiento de las dos realidades, y arropas a aquel que, habiendo formado parte de ti, sufre por su desdicha, y le imprimes energía y conformidad para continuar el viaje.

Cuanto más elevado vuelve a la Luz el que parte de la Tierra, más ayuda proyecta a aquel que vive en la carne, porque su fuerza energética es mayor, y más arropa con su presencia.

En el firmamento, las estrellas; en las nubes, la ilusión; en la Tierra, el infortunio, la ansiedad y las ilusiones dormidas del ayer.

En la Tierra, la realidad presente y la ilusión futura, y en la aparente muerte, cuando yace la carne, el comienzo de la vida.

No te entristezcas por las desdichas terrenas, porque solo aportan experiencias, y no fracasos para siempre, porque la Eternidad, donde la Sabiduría vive, no tiene experiencias negativas.

El ruiseñor canta, y alguien lo oye y anhela volver a oírlo, pero a quien no repara en él, por mucho que este cante, nada va a aportar-le, y tampoco le esperará otro día.

Decía un hombre rico que él conseguía todo solo con chascar un dedo. Y en una de sus aventuras millonarias, rodeado de iguales, se perdió en medio del desierto, ya que bajó de su camello para aliviarse detrás de una duna. Y nadie lo echó en falta, y siguieron en su caravana hacia su destino. Él, viéndose solo, chascaba los dedos una y otra vez, esperando ser oído, pero nadie lo escuchó. Y así pasaron unas largas horas, hasta que el guía se dio cuenta de su desaparición y retornó a buscarlo. Entonces, el hombre rico le dice con encendida cólera:

— ¿Cómo es que os habéis ido y no escuchasteis mis chasquidos? Y el guía, con cálida voz, le contesta:

— Amigo mío, yo no estoy acostumbrado a tu forma de aclamar y tu sonido no lo he percibido. Sin embargo, si te hubieras dignado a dirigirme la palabra durante todos estos días, yo te habría echado de menos.

Y el hombre rico replica:

— ¿Cómo iba a hablar contigo? Tú no eres de mi igual.

Y el guía le responde:

— Desde luego que no. Pero aquí sin mí tú no eres nada. ¿Te das cuenta de que no siempre eres poderoso?

Y el hombre rico fijó la mirada en la arena y enmudeció.

La mejor inversión que puedes hacer en la vida es vivirla y aprender de los triunfos y fracasos.

Había una vez un mono que no hablaba, pero con sus acciones decía, y le ponían esto o aquello, y él, atolondrado, viajaba de acá para allá. Entonces, un avisado hombre vividor pensó que tal vez iniciando al mono en alguna fechoría, él podría lucrarse con su acción. Y pasaron los días y al final el mono ya sabía lo que debía hacer cuando el hombre le hiciera una señal. Y entraron en un negocio y, según lo establecido, el mono se dirigió a la caja fuerte mientras se entablaba una conversación entre el dueño del local y el amo del mono. De pronto, se interrumpió momentáneamente la animada charla, ya que el propietario tuvo que acudir a una alejada mesa a atender a los únicos clientes que tenía. En ese momento, el mono, con su botón, salió del local y esperó a su dueño en la calle, como estaba aleccionado, y su amo, después de pagar la consumición, le siguió. Cuando la policía llegó al local, alertado por los gritos del propietario del negocio, este les dijo cómo era el hombre que había estado allí y fue detenido.

Y ya en el calabozo pensó: «¡Qué tonto he sido! Si por lo menos el hombre hubiera visto salir al mono con el botón, yo podría haberme librado de donde estoy ahora, porque diría que no era mío».

Y alguien le dijo:

— No te empeñes en perder el tiempo instruyendo al otro, e instrúyete a ti para vivir de tu trabajo.

Y el hombre miró las rejas del calabozo.

Agua en agua es agua, agua en sed es vida.

Tanto vale el ser humano rico como el pobre. Tanto vale el ser humano blanco como el negro. Tanto vale el ser humano sabio como el ignorante. Pero más vale quien lleva Amor, sea quien sea y venga de donde venga.

Trabajando con arado eres rey en tu lugar. Tanto como el estudiante. Tanto como el que gobierna. Tanto como el que sirve a los demás.

Cuando el orgullo te invada, átalo. Cuando la riqueza te obsesione, písalala. Cuando vayas en el carro de la Luz, alégrate, porque verás.

Viviendo en carne humana, puedes fingir sentimientos. Viviendo en el cielo como espíritu, fingir resulta impensable.

Alecciona a aquel que te mira con el Amor de tu mirada y el buen hacer de tus actos, y así el fruto de tu vida será valioso y productivo.

Si fijas la mirada en el otro, no podrás ver que se hunden tus pies.

Si lo propio es comer para saciar el hambre y beber para saciar la sed, también el Alma tiene hambre y sed.

Poco se escucha al corazón, pero él esconde más que la razón.

Camina con la mirada puesta en el cielo y con los pies en la tierra.

El vacío del corazón ayuda al Alma en su peregrinar, porque vacío busca ser llenado.

Las buenas razones convencen, las malas razones desconciertan, porque carecen de razón.

Si procuras ensalzar las virtudes ajenas e ignorar las propias, adquieres otra virtud.

Creen vivir sabiamente solo los que no son sabios. Creen abarcar con sus manos el mundo solo los que carecen de manos.

Las cadenas están en el cuerpo y atan el Alma. Cuando la cadena se rompe, el Alma se libera.

Esperas encontrar las maravillas de otra Vida y no reparas en contemplar la vida que vive dentro de ti.

Si das bien, a cambio de nada reinarás en la Luz.

Cuando miras el futuro, todo es incierto. Cuando miras el pasado, se nubla la certeza.

Vivirás eternamente en Luz y ¿me pides consuelo para un minuto de incertidumbre, que es lo que significa la vida en la carne ante la Eternidad?

Sucede en la vida, los destinos del tiempo y del olvido. Todo lo que comienza y termina tiene un trayecto. Existen metas a las que hay que llegar. No mires el oscuro del camino, sino que debes hacerlo hacia la Luz. El infinito es lugar donde nada empieza y nada termina, pero en su camino existen circunstancias que debes aprender.

Tira del hilo de tu vida. Hallarás el ovillo de tu existencia.

Cansado está el monte de ver pasar el río. El río pasa, se mueve, hace ruido, y no repara en la existencia del monte, que es de donde viene el río.

Pocos vuelven la mirada hacia los demás, porque no se miran a sí mismos.

Resuena la campana con la llamada. En los distintos grados de evolución existen diversos seres que vienen de la misma Fuente. Unos ven la Luz, otros la intuyen y otros la ignoran. Cuando el ser humano comienza a hacerse preguntas sobre algo, ese algo ya forma parte de su vida. Al final del camino existe la paz.

Cada espíritu escribe sus memorias sin lápiz ni papel.

Dios es todo, está en todo lo bueno y busca lo bueno en lo malo. Es puerto donde todos llegan. Es inmensidad donde todos habitan. Es el principio y la finalidad, ya que no fin.

La alegría inunda tu Alma cuando piensas en el ser que te dio vida, y el motivo es el recuerdo que yace en lo que tú no recuerdas. Existen muchas experiencias a menudo inexplicables para el que vive en la carne, pero no por ello carentes de verdad.

Muchos quieren buscar a Dios, ignorando que Él vive en quien vive.

Siempre que estés cansado, no te lamente, porque cuanto más tiempo emplees en el lamento, más te cansarás.

La esencia del ser humano siempre es Divina, pero los acontecimientos, pasiones e inclinaciones hacen que tome a menudo cami-

nos equivocados. Cuando se olvida esa Esencia, se esconde y no surge, sino aisladamente. Pero cuando la esencia de bondad fermenta y crece, es posible que un día la inclinación le pueda, pero siempre que el ser humano tienda hacia el bien hará que este reine.

Venían al mercado con grandes cosechas, pero el comprador no apareció. Pasaban los momentos y la alegría inicial de los cosechadores decaía. Cuando vieron que su venta resultaba infructuosa, volvieron a su hogar con el corazón oprimido de tristeza. Mientras, en otro lugar, el comprador llegó a tiempo y los cosechadores volvían a su hogar llenos de alborozo. Pasó el tiempo y la nieve cubrió los hogares y los caminos. Los que vendieron todo no tenían para comer, pero los otros sí.

Es seguro que el llanto y la risa son partes de la vida, pero la vida es parte de la Eternidad. Hoy ríes tú, llora él. Mañana lloras tú, ríe él.

Cuando en la oscuridad de la noche gimes y pides al ser que no pudo ser el perdón, piensa que de algún modo formará parte de ti, y no existe la distancia que tú crees. Anima a tu corazón siempre hacia el bien, y tu Alma, como una pluma, volará en busca de Dios. Cuántos corazones rotos hoy brillarán de esplendor mañana.

Cuando el Alma y el cuerpo comienzan juntos su andadura, el Alma conoce el camino a seguir. Pero a menudo la comodidad, el olvido, la insatisfacción, hacen que te apartes de él. Por eso existe un camino a seguir y la libertad de elegir si lo sigues o no. La libertad forma parte de la esencia del ser.

Piensa siempre en Dios, en ti, en los seres humanos que caminan contigo hacia Dios. Piensa en amarlos, en mirarlos con la mirada transparente de la bondad. Ayuda con tu corazón, con tus manos, con el consuelo de tus experiencias.

Cordero, naciste manso, y la vida no hace cambiar tu actitud. Nadie puso en ti colmillos de ataque o astas de defensa. Pero tú, por ser así, haces que quienes te miren vean la dulce imagen de la Eternidad en los humildes ojos.

Con la primavera llegan los cánticos y las flores. Con el otoño, la muerte. Pero no olvides que todo muere para volver a vivir.

¿Miraste alguna vez la profunda tristeza que alberga la mirada de un anciano? En ella expresa el sufrimiento, las decepciones, el engaño, la tristeza que desprende una traición.

Si ahora vuelves a mirar a los ojos al anciano, compréndele, ya que sabes el motivo de su mirada.

Tremendo resulta pensar que nadie te espera cuando termines tus días. Solo con ese pensamiento se pueden hacer cosas tan contrarias a la propia Naturaleza.

Tan bueno es ser señor como criado, tan bueno es ser rey como vasallo. Pero mejor sería que él y el otro fueran conscientes de su igualdad.

Buscaste felicidad en las cosas de la Tierra, buscaste felicidad en el cielo, y solo encontraste felicidad en ti, porque ahí está la felicidad.

El que no oyó el canto de la sirena puede ignorar su existencia, pero quien la oyó sabe que existe aun sin verla.

Cuando encuentres un gusano, no lo pises, no sea que otro día sea más poderoso que tú y recuerde que fue víctima de tus actos.

Si algún día comprendes lo incomprendible para ti, es que ya no formas parte del mundo.

Cuando veas duda sobre tu verdad en los ojos que te miran, comprende que tu Verdad no es comprensible.

Termino el libro y llego a la conclusión de que es una utopía, una irrealidad. Dice palabras hermosas y profundas. Tal vez demasiado para el mundo en el que vivimos. Habla de amor sin fronteras, pero también pienso que si yo ya tengo fronteras en mi casa y todos pensamos de forma diferente, ¿cómo no va a haber disparidad de opiniones en tantos habitantes que poblamos la Tierra? No comprendo cómo me siento. Las palabras de este libro martillean en mi cerebro, aunque no quiera. La profundidad de estas sentencias me hace volver a leerlas una y otra vez. Y muchas de ellas las comparto. Otras no, porque yo lo veo desde el prisma del agnóstico. No creo en Dios, aunque he luchado muchas veces por creer.

Y he luchado por ello porque considero que es una satisfacción saber, o creer saber, que nada termina cuando terminas tú. Y que vas a volver a ver a aquellos a quien tanto has amado en este mundo. Muchas veces noto que siento lo mismo que él afirma. Pero existe dentro de mi racionalidad algo que me dice que no; que todo es producto de imaginaciones desbordadas y que desde siempre se ha dado vueltas al tema de la existencia, la vida, la trascendencia, y todo lo que lleva hablar sin tener bases científicas para ajustarse a lo dicho.

Viendo a Manu, nadie diría que tiene estas inquietudes de búsqueda, y mucho menos que escriba lo que escribe. Porque se ve que es un hombre de hoy, que, según me dice, tiene un puesto relevante dentro de la sociedad. Y, sobre todo, yo veo

en él una persona inteligente, responsable y con los pies en la tierra. No es un charlatán de feria.

Muchas de sus pequeñas frases a modo de sentencias son una bomba que impacta en el corazón y, dependiendo del momento en que las leas, se les da una lectura diferente. Tal vez, pienso yo, depende del estado de ánimo en el que te encuentres.

Pero sobre todo necesito volver a entrevistar a Manu, porque el tiempo ha pasado y, como siempre, mi jefa me lleva martilleando desde hace días con que quiere la reseña sobre ese libro ya. Y tiene un interés especial, y eso que es solo un librito de pocas páginas. Eso sí, tremendamente profundo y trascendental.

Y llego a la casa, después de haber acordado cita, y me encuentro con aquel hombre cuyo rostro casi no recordaba y me dice que se alegra mucho de volver a verme. Yo le digo que estuve muy liada con el trabajo y con mi propia vida, y que no pude acudir antes. También le comento que había terminado muy recientemente su libro, y él me pregunta si me ha gustado y yo le respondo que hay muchas cosas que no entiendo. Entonces sonrío y me mira. Y fija sus ojos en los míos, y yo me estremezco, me estremezco porque siento un cosquilleo en la nuca. Y entonces nos sentamos, porque él me ofrece asiento.

Le digo que lo envidio, porque yo no creo en Dios, y él me dice que creo aunque crea no creer. Entonces analizo la frase y me callo.

Y nos miramos con la mirada, no con los ojos, que es como casi siempre se mira, y yo debí de quedar con cara de pregunta porque en muy poco tiempo este hombre peculiar comenzó a hablar. Y hace mención otra vez a su libro, pero la directora de la revista me ha dicho en su momento que es necesario que hurgue en su vida y que se remonte al ayer.

Entonces se lo hago saber y mira al techo de la estancia donde nos encontramos y piensa allá, a lo lejos..., cuando el tiempo comienza para él. Y me cuenta que nació en el seno de una familia de clase media, que eran otros tiempos y que, aunque media, no quiere decir que fuera la clase media de ahora. Que hoy todo el mundo tiene su coche y su televisor, y muchos, su piso propio.

Él me dice que en aquellos tiempos, en su pueblo, la clase media era poseedora de unas cinco vacas, unas gallinas, un par de cerdos y poco más.

Que sus recuerdos abarcan hasta cuando tenía unos cuatro años más o menos, y que vivían en un hogar confortable. Y tenía un cuarto de baño, que entonces era un artículo de lujo. Me dice que en su hogar siempre hubo abundancia y que se habían alimentado estupendamente. Me narra el día en que comenzó a la escuela, porque en aquellos tiempos y en aquel lugar se empezaba con los deberes escolares a eso de los cinco años y por eso recordaba perfectamente su primer día de clase.

Me cuenta cómo llegó a aquel lugar y, por cosas del destino, lo sentaron en el lado de las niñas. Y no había otro motivo que el lado de los chicos ya estaba ocupado. Me dice que él se incorporó unos días más tarde, porque había estado enfermo.

Y, sonriendo, le veo transportado a aquel momento. Me mira y, como si despertara de un largo sueño, me dice que tal vez la profesora había tenido una premonición y que por eso lo había situado justamente con quienes le correspondía.

Le pregunto si en aquel momento a él ya le gustaban las muñecas y me dice, mirando al suelo, que sí. Levanta la cabeza y afirma que siempre le han gustado. Y que también ahora mira con entusiasmo un traje de Moschino o una chaqueta de Carolina Herrera.

Me dice que esto que revive no debe salir en la entrevista, y yo le digo que confíe en mí. Que no estoy tomando nota alguna y que el día que vuelva, porque veo que esto se alargará, ya le diré el momento en el que iniciaré la grabación. Que lo oiremos juntos para que no salga a la luz lo que él no desee.

Y Manu se comienza a sincerar conmigo. Yo tengo la sensación de que está abriendo una olla después de haber albergado el cocido durante un tiempo. Me imagino que este tiempo para él ha sido interminable, aunque me pregunto cuántas veces hasta el día de hoy la olla ha sido abierta.

Me dice que siempre se ha sentido mujer y que su hermana hacía muñequitos de trapo, con vestidos a juego. A él le imponían siempre que la cuidara, que para eso era el mayor y el hombrecito. Y parece ser que a él lo de hombrecito no le sonaba a música celestial, sino todo lo contrario. Y que deseaba hacer muñecas de trapo, como su hermana. Me cuenta que un día su padre lo vio llorar y le dijo que llorar era de niñas, y él pensaba: «Si soy una niña, ¿por qué no voy a llorar?», y que su vida hasta que se aceptó y lo aceptaron fue una auténtica pesadilla. Rememora ante mí cómo había sido mofa de los chicos de la escuela a la que tantas veces no había acudido, escondido tras el matorral, para que no hubiera penuria para él, al menos por aquel día. Y cómo su madre le colocaba cuidadosamente los pantaloncitos y su corbata, como aquel día en que acudieron a la boda del primo Pablo. Y él, con solo unos nueve años, deseaba bailar con el amigo de su primo Tomás. Y deseaba bailar con él porque de alguna manera había algo en su interior que inclinaba la balanza hacia ese lado. Pero no sabía absolutamente nada de lo que le ocurría.

Y sigue narrando y contando que solo era relativamente feliz cuando a la vera de un río miraba las piedrecillas bañá-

das por el agua, deseando ser piedrecilla, o agua, o río. O que se lo llevara la corriente para no volver a ser mofa de nadie nunca más.

Y me dice que pasó años muy penosos, pero nada comparado con su adolescencia. Que, para colmo de males, su padre lo miraba con cierto odio, creía ver él, porque decía muy a menudo que no quería ir a la mili y que deseaba ir a la peluquería de señoras en vez de visitar mensualmente al barbero.

Lo recuerda como si fuera presente, aunque ya han pasado muchos años, y lo recuerda así porque me lo dice mi corazón, que se acelera con su testimonio.

Me dice que a su padre casi le da un pasmo el día en que su madre, entre susurros, le contó algo de lo que ocurría. A ella no había que decirle nada, porque desde siempre lo había percibido. Y tal vez su padre también, pero se resistía más a ver la realidad de la situación.

Entonces se realizó un cambio drástico en la actitud de su progenitor, que ya no le miraba de frente. No le decía que llorar no es cosa de hombres. Por no decir, no le decía nada.

Y también recuerda cuando todos se quedaban mirando, ya que entonces, en aquel tiempo, se contoneaba al caminar. Más que muchas mujeres. Aunque su cuerpo tenía apariencia de hombre, él tenía claro que no lo era. Y ese contoneo con el tiempo se desvaneció, porque su madre lo situaba delante de un espejo y le decía que así no podía ser, que así no podía ir por la vida, porque sería un motivo de mofa permanente. Él lo sabía. Y se empleó a fondo en corregir su forma de caminar. Me cuenta cómo poco a poco su contoneo se detuvo, y los vecinos miraban de soslayo, y cómo parecía que se había realizado un cambio.

Y ya los niños no iban detrás de él por todo el pueblo llamándole «mariquita..., mariquita...».

Y entonces, me dice, cuando aún no había cumplido los dieciocho años, hizo una maleta y se subió al tren que pasaba por su pueblo. Que se marchó de allí con los estudios primarios realizados y se fue a la ciudad.

Sigue narrando cómo en el servicio militar era la mofa de sus compañeros y tenía que sufrir el suplicio de sentirse vigilado en todo momento. Y muchos de ellos le miraban con mirada burlona. Recuerda que un cabo le había tenido desfilando durante largo tiempo en medio de la nieve y cómo le decía:

—¡Maricón, cabeza alta, paso ligero, corre! ¡Alto!

Y ya, cuando extenuado terminaba su suplicio, solo pensaba en el suplicio siguiente.

Manu tiene los ojos llenos de lágrimas, y yo le digo que volveremos a vernos en otro momento y que, si no lo desea, que no me cuente tantos pormenores de su vida, ya que tal vez sean demasiado dolorosos. Pero él me dice que sí. Que de alguna manera lo tenía dentro en un saco cerrado, un saco donde lleva todas las ilusiones perdidas, todos los sinsabores, todos los insultos y toda la incomprensión que un día padeció.

Y también me dice que en ese saco tiene grabadas a fuego las letras de «¿por qué?». Y que se siente cómodo sacando las sensaciones de su cobijo y tal vez rememorando aquel espinoso ayer.

Continúa con su historia y me dice que, terminada la mili, llegó a la ciudad con algo de dinero que había ahorrado y, sobre todo, una cantidad, para aquellos años importante, que le aportó la tía Emilia.

Y que llegó a la ciudad y alquiló una habitación. Me dice, con una sonrisa en sus labios, que allí comenzó a vivir de

forma diferente. Ya no se mofaban de él, ya no era objeto de burlas para nadie. Que encontró un trabajo a jornada partida y a la vez estudiaba. No tenía amigos y en el tiempo libre intentaba terminar sus estudios.

Me dice que su primera experiencia amorosa llegó de la mano de una mujer, porque él, con todas sus fuerzas, necesitaba estar acorde con su cuerpo y rechazaba aún los sentimientos que albergaba su corazón. Y entre exclamaciones me dice que fue algo espantoso. Porque intentaba besar sus labios y había una parte dentro de él que decía no. Y no pudo, y desde entonces tomó verdadera conciencia de que no debía luchar contracorriente. Que nunca ha visitado ambientes homosexuales, porque en aquellos tiempos de su juventud no era frecuente este tipo de lugares, y ya en la madurez tenía establecida su propia forma de vida. Que ahora tiene sus encuentros, y también ha tenido su compañero sentimental.

Yo le digo que en estos tiempos es algo muy habitual y que ya nadie se esconde por tener una u otra tendencia sexual, y él me contesta que está de acuerdo, pero que una gran mayoría se hacen, no nacen. Y que las experiencias para enfrentarse en la vida son muy distintas, porque una es una opción y otra es una realidad que nace contigo.

Me cuenta que, una vez terminada su carrera, comenzó a trabajar y hoy es lo que podemos considerar un alto ejecutivo de una multinacional. Que tiene poder y es bien visto en la sociedad. Ya a nadie se le ocurre llamarle mariquita, como antaño. Y la sociedad es más permisiva.

Yo le digo que no me explico cómo un alto ejecutivo escribe el libro que yo he leído, y él me contesta que él tampoco se lo explica y que no es el primero. Que ya ha editado más, pero que lo hace porque considera que es una obligación. Me asombro, y me hace saber que desde el año 1989 es diferente.

Aunque siempre ha tenido ciertas percepciones extrasensoriales, a partir de ese momento se desencadenaron una serie de sucesos que hicieron posible el fluir de los escritos. Me dice que no va a entrar en demasiados detalles, porque son muy difíciles de comprender, que lo importante es lo que está escrito.

Me asombro cuando le escucho decir que no es él quien escribe. Que no es su yo racional, sino tal vez una parte espiritual que vive en los seres humanos, que sabe más de lo que nosotros pensamos. O que tal vez sea que los seres humanos tenemos una conexión invisible que nos une a otras realidades y que desde allí se dicta esto o aquello.

Que él no sabe ni el porqué ni el cómo le ha ocurrido, pero que es así.

Que su forma de escribir no concuerda para nada con la suya propia y que los pensamientos, aun sintiéndolos suyos, no son de él.

Me narra cómo durante toda su vida ha sido una persona muy normal, dentro de la anormalidad de su condición, pero que, de alguna manera, un día, sin venir a cuento, comenzó a escribir con extraña forma de expresión, aunque conserva su forma de expresarse de siempre.

También me cuenta cómo su letra era totalmente distinta de la habitual, aunque también conserva esta. Es como si hubiera dos partes diferentes pero muy conexas entre sí.

Y yo le digo si no ha tenido miedo por todo lo que me relata, por ese renacimiento de algo nuevo dentro de su conciencia, y él me dice que estuvo muy perdido al comienzo de todo, pero que había algo que lo tranquilizaba y que hoy para él es algo más que está ahí.

Entonces se me ocurre decirle que es posible que tenga méritos para ser portador de algo, o tal vez elegido, y él abre

mucho los ojos, me mira fijamente y me dice que no más que yo. Que todos tenemos las mismas capacidades espirituales, cree él, porque nunca ha hecho nada para merecer ser portador de nada. Que lo mismo que le ocurre a él está seguro de que ocurrirá a gran parte de la humanidad, pero que tal vez se callen cuando tengan la experiencia porque no quieren que se les censure de nada. Yo le digo que por qué lo ha silenciado durante tantos años; él me responde que su entorno lo sabe desde siempre y que a buen seguro ha habido filtraciones, porque ve en personas cercanas que lo miran con cierto recelo. Pero que ahora quiere que se sepa porque es el momento de hablar, ya que tal vez lo que se deja para mañana nunca se hará.

Quiere decir que no es ningún elegido y que su inspiración no es por motivos de rectitud en la vida, pues ha cometido muchísimos errores, como le ocurre a gran parte de los seres humanos que caminan por el difícil mundo de la vida.

Sigue diciendo que él ha escrito dos libros más y que los ha editado, pero con unas ventas bastante limitadas, y que es así porque a él nadie lo conoce y porque, tal vez, lo que escribe no es algo que interese demasiado en este mundo en el que nos movemos.

Me explica que tiene muchísimos folios escritos con multitud de mensajes profundos y espirituales, pero que son muy repetitivos y que siempre hacen mención a lo mismo: al amor incondicional, a la unión, a la tolerancia, comprensión... Y también explica muchas veces que los dogmas desunen y que solo la mirada en una misma dirección cambiaría el mundo. Que sus escritos nunca amenazan, y en ellos se habla de Dios, o Energía de Luz, o Todopoderoso, o Alá..., qué más da, si siempre es el mismo.

Yo le digo que tal vez todo lo que escribe sea a causa de alguna disfunción, que me perdone, pero que es posible que no esté tan cuerdo como aparenta. Y él esboza una sonrisa y después carcajea en voz alta. Me mira a los ojos con una dulzura que no puedo describir y me dice que no. Que no está loco. Que lo avalan su actitud ante la vida, el desempeño de su función en el mundo laboral, familiar, de amistad... Que tal vez al comienzo de su experiencia sí llegó a pensarlo, pero que existe en él una absoluta tranquilidad. Que su vida ha cambiado desde el comienzo de la experiencia y que, aunque su existencia se mueva en una u otra dirección, tiene como base un remanso de paz.

Que se siente como si estuviera en el fondo del mar, tranquilo, con una superficie llena de bullicio y de olas. Que tiene muchísima paz interior, y que él está seguro de que lo que escribe es así, pero que, desde luego, no quiere que nadie piense que está dogmatizando algo o que quiere un grupo de seguidores que lo aplaudan. No. Que lo que él persigue es que todo ser humano busque en su conciencia, en sí mismo, y que allí hallará muchas respuestas a sus preguntas. Y me dice que como seres individuales tenemos todos muchísimo potencial y somos capaces de mucho más. Que nuestra facultad, a menudo, ha sido silenciada porque estamos muy acostumbrados a que otros piensen por nosotros. Y nosotros, muchas veces, siguiendo a este o aquel, no sabemos elegir nuestro camino.

Estoy totalmente atónita por esta experiencia. Por una parte, tengo sentimientos encontrados, ya que su vida ha sido muy difícil. Pero siento que no es sensacionalista, que dice la verdad, y lo pienso porque lo palpo. Pero también avala sus palabras el hecho de que han pasado muchos años desde el

comienzo de su experiencia y, según él, nunca lo ha contado públicamente, salvo a sus allegados más próximos. Que unos le han comprendido, pero la mayoría no. Continuó diciendo que nada le importa ya y que cree que ahora es el momento de hablar. Yo le pregunto qué es lo que le hace pensar que es el momento y me responde que porque está sentenciado, porque le han diagnosticado un fin próximo para él. Y yo le digo que cómo es que no le veo tan desesperado como debiera y él me contesta que porque no tiene tiempo de desesperarse, ya que tiene mucho que decir. Yo, asombrada, no tengo palabras, pero siento su fuerza en la mía. Entonces noto un cosquilleo por la espalda y ya comenzamos a hablar de cosas triviales, y me despido y le digo que en unos días estaré otra vez de vuelta y seguiremos con su entrevista, porque había pensado en terminarla hoy, pero veo que no puede ser. Veo que tiene mucho que decir. Y yo, ante mi asombro, mucho que escuchar.

Hoy llueve, y mi corazón no sé qué siente. Siento necesidad de llorar, aunque pienso que no tengo por qué, pero muchas veces no comprendemos que nuestro corazón llore cuando nosotros no tenemos ganas de hacerlo.

Pero ¿qué digo? Nosotros..., ¿no es el corazón el centro donde todos los sentimientos se alojan? Pues sí, tal vez sea que no escucho demasiado a mi corazón.

No lo sé. La verdad es que estoy tan harta de escuchar testimonios ajenos que casi no tengo tiempo de escuchar los propios. De escuchar mis propios sentimientos.

Y es que hoy estoy un poco bastante cabreada porque llegó a la redacción una mujer que se vanagloriaba de haberle puesto a su marido más cuernos que una sala llena de ciervos. Ella llegó y me dijo que no quería ni fotografía para la revista ni nombre real. Que le pusiéramos un seudónimo, y yo pensé que en este caso tendría que ponerle nombre y apellidos. Para que se vea escrita en el papel.

No me gustan las mentiras, ni los tapujos, ni todo el abanico de acciones que esto conlleva. Me gusta la transparencia, sea en el hombre o en la mujer. Tanto da. Me habría puesto de igual mal humor entrevistando en esta misma circunstancia a un hombre o a una mujer. Siempre he pensado que cuando se deja de querer, cuando se deja de amar, se dice. Y se tomen las medidas pertinentes. Mirar a la persona traicionada a los ojos

me parece una temeridad, y decir sentimientos sin realidades, otra mucho mayor.

Pero la vida es así, y cada uno siente y piensa con los mismos sentimientos, pero, aunque el abanico de afectos sea el mismo en todos los seres humanos, cada uno tiene predilección por unos u otros.

Como estoy recordando, llegó esta señora, de unos treinta y cinco años, a la redacción y me dijo que ella no amaba a su marido y que él era un buenazo, pero no tenía detalles con ella. Que se pasaba el día trabajando para ganar mucho dinero. Y que tenía una elevada posición social. Entonces yo le pregunté que por qué continuaba con su marido si, como me decía, no lo amaba, y ella me contestó que no sabía. Que tenía miedo de hacerle daño si se separaba de él. Que él seguro que en algún momento veía su falta de amor, pero que no decía nada.

Y yo me quedé helada, porque, ¿hay algo más triste que saberse no querido en una relación donde tú sí amas?

Y ella me dice que reconoce que tal vez esté con su pareja porque ella no tiene donde caerse muerta, y que nunca ha trabajado, y que teme perder su posición.

Reconozco que me siento muy incómoda con esta mujer; ya no veo sus preciosos ojos grises, ni su larga melena.

Y sigue su argumento con que se ha enamorado del marido de su mejor amiga y que se han enrollado varias veces. Y que se siente mal cuando su amiga la llama y le dice que ve a su esposo muy raro y distante. Y que ella le aconseja esto o aquello. Me cuenta que hasta le sugirió que se comprara ropa interior más sexy, para levantar su líbido.

Yo no tengo palabras, y no me siento capaz de continuar, porque, para colmo de males, se enrolla con el marido de su amiga.

Al final, ya en la despedida, yo le pregunto si va a continuar con esa patraña y ella me responde que posiblemente sí, porque es la forma de ser feliz.

Y yo no la comprendí, pero pienso que en la vida es necesario pasar por las situaciones para comprenderlas. Y mejor guardo mi mal humor, y pienso que la vida la forman las vivencias, y unas las entiendes y otras no.

Y así van pasando los días y pienso que todos, aunque parecidos, nunca son iguales, porque siempre creo que todo es pura rutina, pero no es verdad, porque la rutina nunca es igual.

Tengo que volver a encontrarme con Manu. No puedo dejar de pensar en su experiencia y en él. No entiendo cómo le ocurre esto a una persona que me ha dicho que se dedica a trabajar como ejecutivo en una multinacional. No relaciono demasiado las experiencias tal vez místicas, interpreto yo, con un mundo en el que todo vale. En el que la presión de la vida marca tus vivencias. Yo le escuché atentamente y muchas veces dudé de lo que me contaba. Pero si lo dice es porque es así, ya que no busca nada. No desea notoriedad, y mucho menos sensacionalismos. Yo tengo la impresión, cuando entre sus palabras leo en sus ojos, que lleva una carga muy pesada y que no sabe cómo debe darla a conocer.

Y no dejo de pensar en él y en su experiencia, y en todo aquello de lo que me había hecho sabedora.

Tengo el alma encogida, o ¿tal vez no? Quizá la tengo sorprendida.

Pero la vida continúa, y pensando en sorpresas, mientras camino a coger el metro e ir hacia la oficina, medito. Y me pregunto por qué no podemos dejar de pensar y de darle vueltas a las cosas.

Pero no. Yo hoy ya no pensaría en más temas trascendentales y me centraría en la vida misma, que buena falta me

hace. Y vi, esperando la llegada de mi compañero de viaje, que no es otro que el metro, a una pareja, un hombre y una mujer, de mediana edad, dándose arrumacos visiblemente ajenos al resto de la gente. Y me pareció que no podían ser pareja de hecho de muchos años, y yo, como soy muy peliculara, pues comencé a pensar que tal vez fueran amantes, y como siempre, pensé en mi Pedro, que quizás me la pegara con una, porque, claro, como yo soy tan ruina, tan poca cosa y más bien feúcha, él, un hombre tan guapo, seguro que encuentra una mujer a su medida, y yo pues sería una mujer «adornada» sin saberlo.

Comencé a pensar que si mi marido era tan guapo y tenía muchos ojos puestos en él, muy bien podía tener una amante. Y entonces empecé a obsesionarme y a pensar que tal vez me engañara. Por lo cual, como yo soy dicho y hecho y me muevo como las lagartijas, voy muy rápidamente y subo las escaleras del portal a toda prisa. Algún vecino me saluda y yo lo contesto casi sin mirarlo, porque tengo algo metido en la cabeza, y cuando esto me ocurre soy como un miura, no entiendo ni veo otra cosa que no sea el objeto de mi obsesión.

Entro en mi hogar y aún no ha llegado nadie. Espero sentada a que mi esposo entre por la puerta de la casa. Y llega, y yo me acerco a él, y él me saluda y me da un beso. Entonces, examiné detenidamente su chaqueta, para ver si de ella colgaba algún cabello que no fuera tan negro como el mío. Pero la revisión resultó totalmente negativa, y más tarde me acerqué a él y, con la nariz medio arrugada, lo husmeé, ante su asombro, por si el perfume que llevaba no fuese el suyo, sino el resultado de unos arrumacos clandestinos, pero lo único que olfateé fue un suave olorcillo a sudor.

Toda esta inseguridad viene porque sí. Porque es un tema tan frecuente que no es que me obsesione, pero sí me preocu-

pa. Y, además, si las estadísticas no mienten, un altísimo porcentaje de las separaciones es por infidelidades. Y que en un noventa por ciento de los casos el marido ya tiene otra mujer. Por eso siempre estoy a la defensiva, aunque Pedro no creo que sepa que soy así, porque, la verdad, en eso soy bastante cauta.

Y lo soy porque me da palo que él se crezca con mis inseguridades. ¡Faltaría más!

Decidí inspeccionar la agenda de su teléfono móvil. Y leí nombres, casi todos de varones y de empresas. Nada me hacía pensar que tuvieran la menor importancia y que fueran a perturbar mi matrimonio. Pero de pronto veo que figuraba escrito «India», y yo le di vueltas y más vueltas, y después de mucho pensar lo borré y escribí «Indiota», por si acaso. Porque tal vez no se tratara de la India de los hindúes, sino del nombre afectivo de una mujer. Él nunca me ha dicho nada, y yo tampoco. Pero si me pregunta si he husmeado en su agenda, a buen seguro le diría que no. Que con quién se creía que estaba tratando...

Muchas veces pienso en los problemas que nos creamos inútilmente y qué poco felices somos cuando deberíamos serlo. Creo que yo sí tengo que visitar al psicólogo o al psiquiatra, porque enturbio mi paz con observaciones que no tienen fundamento. Pero la culpa la tiene mi trabajo, que estoy todo el día escribiendo sobre temas femeninos y si no es de belleza, es de trabajo o de moda. Pero la mayoría de mis entrevistas se centran en lo mismo: en los malos tratos, en las infidelidades. Y pienso que como somos tal vez medio esponjas, nos impregnamos con sentimientos y sensaciones ajenas con mucha más facilidad de lo que suponemos. Yo no sé si lo que me ocurre a mí, tener estas absurdas obsesiones, les pasa también a muchas mujeres. Reconozco que tengo verdaderas pesadillas.

Tal vez sea muy obsesiva, porque con las enfermedades de mis hijos, sobre todo cuando eran pequeños, por qué voy a recordarlo. Los hemos sacado medio en volandas al centro de salud, a medianoche, por una tontería. Y Pedro me decía que estaba un poco tocada, porque él no era partidario de llevarlo al médico, a las dos de la mañana, solo porque nuestro hijo tuviera un ataque de tos. O treinta y ocho grados de temperatura. Que no. Que los doctores a medianoche no están para diagnosticar tonterías. Y, al final, Pedro y yo cogíamos al niño y nos íbamos camino del médico. Y este lo auscultaba, nos miraba con cara de pocos amigos y nos recetaba un jarabe para calmar la tos. Y aquella consulta finalizó con un: «Señora, cuídese los nervios».

Y también recuerdo que un día escuché en televisión que había bastantes niños con meningitis y que algunos de los síntomas eran fiebre alta y rigidez en la nuca. Entonces yo senté a mis dos hijos en sendos sillones. Uno para cada uno. Les puse el termómetro y les giraba la cabeza por si acaso estaba rígida. Luego, cuando me veían entrar en la habitación, otra vez, termómetro en mano, ya empezaban a gritar porque sabían que, además del incómodo termómetro, también tendrían movimientos rotativos, y eso hizo que después de unas horas mis pobres hijos tuvieran tal dolor de cabeza y tal elasticidad en el cuello que parecían los niños de *El exorcista*.

Y tengo muy presente otra vez que nos dijeron en el colegio de mis hijos que había una invasión de piojos, que deberíamos tener mucho cuidado con los chicos. Entonces algo en mi cabeza activó el mecanismo de la obsesión y les miraba una y otra vez, tanto que, cuando me veían llegar, mis hijos echaban a correr en dirección contraria a mí, como si vieran al mismísimo diablo. Y como no era posible alcanzarlos tantas veces

como yo quería, se encendió una luz en mi cabeza y solucioné el problema de unos tijeretazos. Les corté el pelo a los dos como si fueran los mismísimos lamas del Tíbet... Bueno, he de decir que a la niña un poco menos.

Yo no entiendo muy bien por qué soy así. Me imagino que porque todos tenemos nuestra cruz, y la mía es no vivir mi propia vida, viviendo siempre la ajena. Y no es porque me guste husmear aquí y allá, sino que me viene por decreto. En mi hogar está mi familia; y yo me empapo de ella y sus problemas. En mi trabajo están los problemas ajenos, que tantas y tantas veces hago míos. Y los hago míos mientras entrevisto, apoyando en lo que puedo a la desesperada mujer que tengo delante de mí. Y después los hago míos cuando camino de mi casa, o donde sea, me monto esas películas tan tremendas, que pocas veces tienen que ver con la realidad. Y es que quiero hacerlo tan bien que termino fastidiando a todo el mundo, y sobremanera a mí misma.

Pero como la vida continúa y las historias no se acaban nunca, porque cuando caminas por la calle, aun no siendo consciente, te das cuenta de que cada persona lleva una historia, y que todas son distintas, y que los finales rara vez son iguales, yo sigo con mi vida, y con las historias que llegan hasta la redacción de mi revista. Y casi todos los días hago entrevistas a personas diferentes, y estoy siempre dando vueltas, y me han dicho que alguien va a relatarme algo que le aconteció un día y que le ha llenado de pavor y que el asunto está en manos de la policía. Y llego como todas las mañanas, diciendo «buenos días», que realmente no sé aún por qué lo digo, ya que sigo sin tener respuestas. Me imagino que lo hago por costumbre, y mis principios así lo dictan.

Paso al despacho de mi redactora jefe y me comenta que la persona que va a venir se retrasará un poco y que aún tengo

tiempo para pasar a hablar con la directora, que le interesa mucho saber cómo está el tema de Manu y que cuándo saldrá por fin su reportaje, que es bueno para nuestra publicación. Entonces yo le digo que estoy entusiasmada con su testimonio, que es algo que nunca había escuchado y que no es un sensacionalista. Que es un hombre femenino y me gusta mucho estar con él, aunque yo no lo comprendo. Le digo que tengo mucho material sobre su historia y sobre sus escritos, pero que la entrevista aún no está concluida, que esta semana quedará lista para la publicación. Entonces ella hace una mueca y me suelta que porque es un hombre femenino y a mí me supone feliz con mi marido, pero que de lo contrario pensaría que si estoy alargando tanto el tema es porque me siento demasiado feliz a su lado. Y yo cierro la puerta y no le doy ninguna explicación, ya que no merece la pena.

Por fin, sobre las diez de la mañana llamarán a mi puerta y, después de decir «pase», me encuentro con una mujer joven, de aspecto sereno y mirada limpia; limpia con esa limpieza que aporta la verdad, con esa limpieza que dice que no es culpable. Y después de banalidades donde se comentan cosas absurdas, que no es otra cosa que el preámbulo de lo que va a acontecer en breves momentos, comenzamos la entrevista. Me dice que se siente muy confusa y muy mal porque no la creen. Que en el pueblo donde vive ve miradas extrañas hacia ella. Comienza su relato diciendo que un día se quedó sola en su casa. Vive en el campo. Era de noche y sintió un ruido en su jardín. Ella tenía un perro, un perro criado con mimo que recibía al visitante en forma de lamidos y movimientos de cola, pero siempre ladraba cuando llegaba alguien. Me relata que en el momento en que se percató de que algo extraño estaba sucediendo se asomó tímidamente a la ventana de su casa. Y yo le pregunto que cómo ha sido tan

valiente de asomarse y que por qué no llamó a la policía, y ella sigue contando que no puede llamar porque no tiene cobertura en ese lugar, que es una casa aislada en medio de una montaña. Y el pueblo queda en la falda de esta. Que se quedó sola de forma circunstancial, ya que su marido tenía trabajo en otro lugar durante unos días. Me desmenuza la situación que vivió y continúa diciendo que, después de asomarse tímidamente a la ventana y no ver nada, encendió una luz del porche y le pareció ver cómo algo se movía en el fondo del jardín, y yo le pregunto si allí no acertaba a ver y ella me responde que no, porque es una gran extensión. Y me cuenta que de pronto se fue la electricidad, porque las luces que solía dejar encendidas por la noche se apagaron. Y que se quedó a oscuras en medio de un largo pasillo y que sintió como si abrieran la puerta. Entonces ella, helada, no podía moverse y casi tenía que taparse la boca para que su respiración no se oyera. Todo estaba quieto. No se oía nada. Pero me dice que ella sabía que alguien había entrado y pensaba que, si la puerta estaba abierta, su perro la buscaría y la encontraría. Entonces ella, pegada a la pared, intentaba moverse de puntillas, sin hacer ruido hasta que llegara al cuarto cercano y allí echaría el cerrojo. La distancia era de unos tres metros hasta alcanzar la ansiada puerta. Le pareció escuchar unos sonidos como si caminaran de puntillas y una respiración. Y dentro de su confusión y de su terror, una mente en blanco incapaz de centrar su pensamiento. Creyó escuchar unos pasos cada vez más cercanos, y ella, poco a poco, se deslizaba a tientas hacia la estancia donde podía sentirse algo más segura. De pronto, el ruido provino del otro lado de la casa, como si alguien hubiera tropezado con algún mueble, y entonces me cuenta que ella avanzó, se metió en la habitación y echó el cerrojo. Me relata que su casa es muy grande,

de planta baja. Que tiene muchas ventanas y dos puertas, y que todas tienen acceso al jardín. Que su casa no tiene rejas, porque aquel era un lugar muy pacífico y nadie había entrado nunca a robar ni a extorsionar.

—Por eso —sigue diciendo— yo me sentía segura aunque estuviera sola. Además, como ya te he dicho, el pueblo no dista mucho de mi casa, y eso me hacía sentir arropada.

Y sigue con su historia, y yo tengo los pelos de punta, pero disimulo mirándola fijamente a los ojos.

—Pues, como te contaba —me dice—, estaba en la habitación con el cerrojo echado y sentía cómo alguien se acercaba, pero me di cuenta de que a la vez también escuchaba algo en el jardín, lo que me impedía saltar por la ventana. Tenía bajada la persiana y, al subirla, alertaría a quien estuviera allí. Entonces opté por quedarme quieta y adivinar la hora que sería. Calculé que posiblemente rondarían las tres de la mañana, con lo cual aún quedaba mucho tiempo para el amanecer. Sentía que mis ojos estaban hinchados. El sudor envolvía mi cuerpo, de arriba abajo. Las sienes palpitaban con tal fuerza que era capaz de escuchar el torrente sanguíneo que bañaba mi ser.

Me dice que estaba con los ojos muy abiertos en medio de aquella estancia, mientras escuchaba pasos cada vez más cercanos. Que por debajo de la puerta pudo ver una tenue luz que alumbraba alternativamente, como si una linterna buscara ahora aquí, ahora allá. Y continúa...

—Pensé. Tuve la capacidad de pensar que tal vez estaba escribiendo el final de mis días a manos de sabe Dios quién. Alguien había entrado en mi casa. Alguien que sabía que yo estaba allí, sola con mi perro. Pero ¿quién podía saberlo?

—De pronto pensé —me sigue relatando— que solo mi marido tenía conocimiento de mi soledad. Y en aquel mo-

mento pasaron por mi cabeza mil películas en las que el asesino es el propio esposo, y entonces estuve tentada de abrir la puerta y decir: «¿Qué quieres? ¿Matarme? Pues bien, ¡hazlo!». Pero ¿qué motivos tenía para hacerlo? Yo no poseía ningún seguro de vida millonario del que él pudiera beneficiarse. Tampoco mi esposo podía heredar nada, porque los ingresos todos venían de su trabajo. Yo solo era un ama de casa al uso. Yo trabajaba en el hogar y venía de una familia sin recursos. Me había casado con él, que él sí tenía ingresos importantes, pero nada más.

No. No podía ser. O tal vez se hubiera enamorado de otra mujer y no tuviera suficiente valentía como para decirme: «Lo siento, ya no te quiero». Pero yo seguía pensando que no podía hacerme esto, entre otras cosas porque era un buen hombre y me quería. ¿O no era así? ¿Tal vez estaría equivocada?

Una respiración cercana me apartó de mis pensamientos. Yo estaba al otro lado de la puerta, pero cuando alguien va a por todas y entra en un hogar, quebrantando la vida ajena, va preparado. No entra con las manos vacías. Por lo tanto, la distancia entre la persona que está fuera de mi cuarto no existe, porque en su mano seguro que está esa pieza que hace posible que no haya distancia entre los dos. Pero mientras escucho su respiración cercana, también oigo ruidos en el jardín, por lo tanto si quien pretende acabar conmigo es mi marido, también tiene cómplices que le ayudan. Y eso es imposible, pensaba. Y con ese pensamiento y todo lo anterior pensado, me di cuenta de que él no podía ser.

Entonces —sigue—, pensé en los jardineros que vienen con frecuencia. Exclamé: «¡Dios mío! Tienen que ser ellos». Por eso mi perro no ladró. Porque los conoce. Saben que tenemos posibles y buscarán joyas y dinero.

Me asegura que es muy confiada y que el día anterior les comentó que se quedaría sola durante unos días, y entonces yo le digo que cómo se le ocurre decir algo así y ella me responde que porque no tiene remedio. Que siempre ha sido muy espontánea y que dice las cosas un poco a la ligera. Sin pensar demasiado.

—Al ver que tenían que ser ellos —continúa relatando—, me di cuenta de que si encontraban lo que buscaban no me matarían, pero en el momento en que me encontraran a mí sí, porque yo los conocía y, lógicamente, los iba a denunciar. Todo lo que debía hacer era rogar a Dios para que el tiempo pasara deprisa y entraran en el lugar donde estaba lo que buscaban y se fueran lo más rápidamente posible. Pero ¿dónde estaba mi perro? ¿Lo habrían matado? Y desde mi rincón sentía cómo una y otra vez abrían puertas y sentía cómo, suavemente, buscaban. Ya estaban cerca. Yo intentaba no gritar. Intentaba apaciguar mi corazón que, alborotado, no dejaba de latir, con un torrente tan perceptible que no creía que los invasores de mi casa no lo oyeran.

—Pasaron unas horas —afirma.

—¿Unas horas? —le pregunto yo.

Ella se retracta y dice:

—Para mí, unas horas, pero me imagino que fueron minutos, y sentí cómo uno decía al otro: «¡Ya está!, objetivo cumplido. Menos mal que no se ha despertado». Y sentí cómo salían de mi casa, esta vez sin tanto sigilo como antes, y en su marcha subieron de nuevo el interruptor de la luz, porque las luces ya iluminaban.

Rompí a llorar y grité. Grité con todas mis fuerzas, y de mi garganta salían ronquidos a modo de sonidos respiratorios. Corrí a cerrar la puerta de la casa, pero ya estaba cerrada, porque la habían abierto sencillamente con la llave. Una llave

que me di cuenta de que ellos sabían dónde estaba. Y lo sabían porque, como ya te he dicho, siempre he confiado en todo el mundo y no tuve la precaución de esconderme cuando llegaba de algún lugar y abría con la llave que siempre tenía de repuesto en la maceta de la entrada.

Le pregunto que si reconoció quiénes eran y ella me responde que sí, que eran los jardineros. Y yo quiero saber por qué el pueblo entero no la comprende y me contesta que porque ella fue a la comisaría y vino la policía, inspeccionó la casa e intentó tomar huellas, pero que solo aparecieron las de su marido y las suyas. Que no existen pruebas para acusarlos y dicen que, como son unas bellísimas personas, no pueden ser ellos.

—Pero sé que han sido.

Le digo que tal vez se equivoque y que son cosas muy serias para culpar a alguien sin tener pruebas, y ella me dice que tiene un as en la manga. Yo me intereso por él y ella me enseña una cinta de vídeo que casualmente había puesto para filmar a su perro jugando en el jardín, para enviárselo a su hermana que vive en Canadá. Y yo la miro con los ojos muy abiertos.

—¿Filmar a tu perro cuando corre?

Ella me responde que lo hace porque no tiene hijos y que para ella y su marido su perro lo es todo. Yo me intereso por el animal. ¿Qué ha sido de él?, y ella me dice que al amanecer lo encontró atado a un árbol en un rincón apartado del jardín y con un gran hueso de jamón que roía afanosamente.

Y hablamos de muchas cosas más, y ella me dice que había escrito un correo electrónico a la revista contando por alto su experiencia y que la habían llamado desde la redacción porque resultaba interesante la publicación, y me dice que ha quedado un poco tocada y un mucho contrariada

por los pensamientos que tuvo sobre su marido. Y por sus vecinos, que creen que está un poco loca, que todo ha sido invención suya. Pero que cuando el vídeo se vea, todos van a callarse.

Y yo le pregunto que dónde tenía la cámara y me contesta que es una cámara que otros colocan para saber si la niñera cuida bien a sus hijos y que ella, como ya me ha dicho, la situó en la puerta de entrada para filmar a su perro. Y me dice que lo que tenemos que hacer es conocer para después juzgar. Que el pueblo la juzga sin saber, pero que ya sabrá.

Y después de hablar sobre uno y otro, nos despedimos con un adiós y un próximo día esta experiencia acabará publicada en la revista *Somuj*, esa revista en la que trabajo y en la que plasmo día a día experiencias ajenas.

Llego a casa y todo es como casi siempre ha sido. Yo, con mis bolsas, y ellos, con su egoísmo, que ya se convierte en el pan del día a día.

Pero me pregunto muchas veces el motivo de esta situación, que no es otra que mi dedicación y la pasividad de los que me rodean, y casi siempre termino con la misma conclusión, que es: «mea culpa». Yo los he hecho así, y ven bien que sea la que hace esto y lo otro. Y decida esto y lo otro. Tengo la sensación de que llevo viviendo en esta vida mil años. Me parece que vivo desde siempre. Y pienso muchas veces qué pensarán las personas que realmente han vivido. Las que llevan en la Tierra ochenta o noventa años. Pero, como siempre, todo depende de quién analice las situaciones.

Y hablando de analizar, tengo que terminar de una vez por todas la entrevista, conversación, confidencia o como se llame, con Manu. Manu me ha hecho pensar mucho y muy profundamente, porque desde luego no es un charlatán. Y mucho menos, un embaucador. Él siente lo que dice. Y lo siente de verdad.

«Hola, Manu», le digo, y él sonrío. Me sonrío mirándome fijamente a los ojos, y creo que adivina que su presencia me da cierto miedo. Que no le temo a él, sino a su circunstancia. A sus pensamientos. A su experiencia. Es algo que nunca pude imaginar. ¿Cómo es posible que si un ser humano como otro cualquiera tiene esas «visiones» sea capaz de continuar la vida como si tal cosa? Tal vez todos los vivientes seguimos con una especie de patrón, trazado sabe Dios por quién, que se repite año tras año. Vivencia tras vivencia. Y todo aquel que de alguna forma se aparta de él hace que el resto lo contemple como se mira al bicho raro que acabas de descubrir.

Por eso yo creo que él me mira a mí de ese modo. Por eso creo que él adivina lo que pienso de su testimonio. Creo que dice la verdad. Pero, sobre todo, pienso que dice su verdad.

Me acomodo en el sofá, ya conocido por mí. Yo llevo un cuaderno con varios apuntes y varias cuestiones que me quedan por descifrar. Y le pregunto que cómo está y él me responde que bien, que su vida transcurre con tranquilidad. También me cuenta que desde el comienzo de su experiencia siente una energía a su alrededor que nunca supo si era que surgía de su cuerpo o si era energía de vida. Que le gustaría saber de alguien que pudiera interpretar todo lo ocurrido. Porque, aunque él está totalmente equilibrado y lleva su vida, su profesión y sus vivencias en la mayor armonía, le gustaría mucho una explicación.

Pero ¿quién se la daría?, me pregunta. Y sigue comentando que todo lo que le ocurre puede ser interpretado como posibilidad de esto o aquello, pero no como realidades certificadas.

Yo pienso que tiene mucha suerte, porque la fe es algo muy tranquilizador en la vida. Yo no la tengo. Solo veo el aquí y ahora. No entiendo la palabra trascendente. No soy capaz de poder imaginar que seamos inmortales y que nuestra alma, o yo superior, o espíritu, no se apague nunca, y mucho menos que existan.

Miro la estancia ordenada y discreta de este hombre femenino que me ha robado noches sin dormir. Y me ha robado sentimientos que conocía, recuperando alguna intuición desconocida para mí.

Hoy tengo la edad suficiente para saber que he vivido, para mirar hacia atrás. Y tengo la edad suficiente para poder mirar al futuro con esperanza e ilusión. Este hombre es capaz de, con solo su presencia, hacerme temblar. Y yo no sé si es por lo que me cuenta o por lo que siento cuando estoy a su lado. Tengo el entendimiento nublado cuando lo miro, y despego mis ilusiones cuando acaricio que nada termina. Pero no lo entiendo. Aunque intentaré comprender lo que hoy no puedo.

Y Manu se sienta a mi lado y le pregunto que si nunca ha visitado a un psiquiatra o a un psicólogo, y él me contesta que sí. Que un día fue y le contó que escribía con letra diferente pensamientos que él no pensaba, pero que sentía propios. Y que cuando escribía no era ajeno a lo escrito, sino que sabía lo que iba a escribir. Y entonces yo analicé lo que me decía, a ver si lograba descifrar.

También me indica que el psiquiatra le dijo que el cerebro humano aún era un gran desconocido. Y que la materia de la que estaba formado, con muchas cavidades, muchas neuronas, dendritas, neuritas, hilos conductores, etcétera, etcétera, tenía

su misión. Me dijo que le comentó que posiblemente él tenía una parte de sí mismo más desarrollada, por sabe Dios qué mecanismo, y que por eso tenía acceso a otros conocimientos.

Y yo le digo que si nunca pensó en una esquizofrenia porque, según parece, con esta enfermedad se creen ser otras personas y oyen voces y cosas semejantes, y él mira al suelo, y mira a lo lejos, y también a mí.

Y me dice que eso mismo lo había pensado él en su momento y que cuando acudió al neurólogo, y al psiquiatra, todo este tipo de patologías quedaron descartadas.

Él sigue sonriendo con la mirada puesta en la mía y me dice que no tenga miedo, que es una persona totalmente normal, pero con una percepción un tanto peculiar.

Él me cuenta que todo lo que escribe y ha escrito habla de unión, de amor, de justicia, de comprensión y de hermanamiento sin tener en cuenta color, lugar ni condición. Me explica que en sus escritos se dice o le dicen que en todos nosotros habita una chispa de Dios y que es preciso hacerla crecer y empaparnos de Él.

Habla sin parar de la necesidad de unir la mirada de unos y otros en una misma dirección, y que de nada sirven los dogmas, que desde siempre han desunido al ser humano.

Los dogmas luchan con sus ideales defendiendo ideas, y todos, unos y otros, sintiendo la fuerza de su dios. Y Dios, o Alá, Ser Supremo, es el mismo el de este o aquel.

Y yo le digo que es un hombre muy idealista y él me contesta que es verdad, pero que lo siente no como un ideal, sino como una realidad. Y esa realidad es preciso que cada uno la sienta, para no pisar al otro.

Se levanta y me sirve un café. Un café con una tostada cubierta de mermelada y mantequilla. Yo revuelvo el contenido de mi taza con mucha calma y miro las pequeñas burbujas

que se forman en la superficie. Quiero decirle que me siento a gusto con su presencia, pero no me atrevo, porque pienso que tal vez se sienta aturdido y yo más tarde me arrepienta.

Palpo una mezcla de gratitud, pena por él y remordimientos por mis dudas acerca de su persona.

No sé si está cuerdo o no. No sé si es verdad o fantasía. Pero sobre todas las cosas, siento cada día que pasa más curiosidad por llegar hasta el final.

Hablamos de muchos temas, temas que no estarán escritos en la entrevista de *Somuj*. Me dice que al comienzo de darse cuenta de su homosexualidad pensaba día y noche, sin encontrar salida. Y se creía único con este sentimiento. Pero más tarde, después de mucho tiempo, se aceptó y todo fue más fácil.

Yo, entonces, intento penetrar en su pasado y no puedo reprimir el volver a escuchar la respuesta a mi pregunta de si alguna vez ha estado enamorado, y me dice que sí, y que aún hoy lo está. Que está enamorado de la vida, y de la tierra y del mar, y de todo lo que de alguna manera siente en su corazón.

Entonces pongo mi grabadora a funcionar y entramos en toda la profundidad de la entrevista. Hoy no tengo prisa por marcharme porque algo en el ambiente me dice que es el momento de llegar hasta el final, y sobre todo de concluir esta conversación que más tarde quedará impresa en la revista *Somuj*.

—Manu —le digo—, ¿cómo es posible que sabiendo tan próxima tu muerte lo único que te interese es dar a conocer tu historia?

—Mi muerte no sé si está próxima o no, lo que sí me han diagnosticado, varias veces en los últimos meses, es el fin de mi capacidad cognitiva. Es el fin de mi coherencia, porque algo ya no va bien en mi cerebro.

—¡Ves! Tu cerebro no está bien, por eso...

—Te equivocas, Elena. No tiene nada que ver una cosa con la otra. Mi cerebro tiene sentencia de futura y próxima falta de memoria.

—¿Y qué sientes? ¿Cómo eres capaz de asumir lo que te ocurre?

—Porque algo en mí, al igual que en muchas personas, me hace aceptar mi destino. Una aceptación sin reproches a la vida y sin desesperación. Yo siempre pensé que todo es por algo. Y si así está escrito, yo lo acepto.

—Pero ¿por un momento no has visto una gran injusticia en tu destino?

—Injusticia no, porque la vida es así. Yo hubiera preferido que mi fin fuera un fin físico. Que pasara al otro lado de la vida porque mi cuerpo estuviera muerto. Pero me aterra que quede con vida sin poder vivir, y tal vez haciendo que no vivan los que tengo a mi lado.

¿No es más injusta en apariencia la muerte de un niño? ¿No es más injusta en apariencia la vida de carencias que posee la mayor parte del planeta? Pero he aprendido a lo largo de todos estos años a aceptar el destino, sin más preguntas que una respuesta: todo es por algo.

—¿Y en qué te fundamentas para pensar de ese modo?

—En mis sentimientos y en mis experiencias. En mis sentimientos porque hay algo dentro de mí, desde siempre, que me da fuerza ante las adversidades, y en mis experiencias porque con lo vivido existe la certificación de que no estamos solos. De que existe otra realidad donde el sol nunca se esconde.

—¿Te refieres a tus experiencias llamemos «paranormales»?

—¡Por Dios! No son paranormales. Yo pienso que todo está en nosotros mismos, que nuestras capacidades muchas veces son ilimitadas y que solo por algún mecanismo se activa algo

que tenemos escrito a fuego en cada uno de nosotros, que no es otra cosa que la verdadera Verdad.

Pienso que somos capaces con nuestra concentración, nuestra fuerza y, sobre todo, nuestra aceptación de las capacidades, de hacer y deshacer, de conocer y de descubrir lo que no podemos siquiera imaginar.

De todas formas, yo sé que he tenido esta experiencia, pero no sé el motivo, ni por qué, ni realmente de dónde. Solo sé que mis escritos están ahí. Que yo, el Manu de siempre, jamás los habría escrito. Que la letra no se parecía en nada a la mía. Y que, además de los escritos, están multitud de manifestaciones.

Ante mi próxima incoherencia quiero decir lo que me ha ocurrido. Cada cual es muy libre de interpretar lo que desee. Pero me veo en la obligación de decirlo. Reconozco que puede haber muchos criterios encontrados sobre mi persona, pero no me importan.

—Pero tú me has hablado de que cuando tenías las experiencias pedías ayuda a alguien, ese alguien que te enseñara algo que podrías ver con los ojos, y de pronto cayó en tus manos una fotografía extraña, que no tiene explicación, y que eso te ha servido para sentirte más tranquilo. Y yo me pregunto quién ha hecho que la imagen se plasmara para que tú afianzaras tu experiencia.

—Eso mismo lo he pensado muchas veces. Por medio de esas imágenes he visto la certificación de que existe mucho más, que los seres humanos a menudo ni siquiera intuimos. Es algo que está ahí. Que tal vez carecería de importancia si no hubiera venido en el momento que yo decía y pedía con todas mis fuerzas.

—Entonces no estarías muy convencido de tu experiencia... porque pedías certificación visual...

—Siempre existe el miedo a lo desconocido, por conocido que lo sientas.

—¿Qué es lo que realmente interpretas de esa experiencia, inexplicable para mí?

—Me dice lo que yo siempre de una forma u otra intuí. Me habla de tolerancia, de amor. Un amor donde el ser humano sea arropado por el otro. De comprensión, donde tú, analizando los errores de otros, veas los tuyos propios y entonces toleres lo que te parecía intolerable. Me habla de adoración, pero adoración a través del que camina junto a ti, viéndole tu propio hermano, ya que es poseedor de la misma Esencia Divina que todos llevamos en nosotros.

—Entonces, Dios, tal como siempre nos han dicho, ¿no existe?

—Yo no soy nadie para decir lo que desconozco. Yo pienso que Dios, o Energía de Luz, o Todopoderoso, existe desde el antes y hasta el después. Los seres humanos todo lo vemos como un principio y un final, ya que medimos el tiempo. Pero en la eternidad es posible que el comienzo no tenga fin. Y que el fin no tenga comienzo. Yo siento que los dogmas han desunido al mundo y las luchas se suceden una y otra vez. Son lides sin sentido en las que se ignora al que lucha. Todos deberíamos estar unidos, teniendo en cuenta que ni en los sufrimientos ni en las alegrías debemos ignorar a Aquel que vive desde siempre y para siempre, y que unos llamamos de una manera y otros de otra pero que siempre es Él mismo.

—Manu, ¿te crees un elegido?

—¿Elegido yo? ¿Por quién? Yo solo soy un ser humano que por una extraña razón ha activado algo que reside en mí. Algo que busca y que creo ha encontrado, dándome la sensación de paz, de saber que nada acaba, de saber que solo el amor a uno mismo y a los demás es el eje de la exis-

tencia. Yo ni soy ni me siento más elegido que tú, o que el otro que no se ha hecho preguntas en su vida sobre el tema de la trascendencia y la existencia de un Ser Superior, que ha creado en todos nosotros ese maravilloso abanico de sentimientos. Podemos tener distintos colores en la piel, podemos hablar distintos idiomas, podemos ser creyentes o no, pero los sentimientos son comunes al mundo entero, igual que lo son la risa y el llanto.

—¿Alguna vez has pensado en ti como un redentor?

—Querida Elena, yo no he sido redentor ni lo seré nunca. Solo soy un hombre, tal vez un hombre femenino cargado de sensibilidad y sentimiento. Lo único que llevo es una pesada carga que no sé cómo descargarla. No sé si mi experiencia va a servirle a alguien o no. Pero lo que tengo muy claro es que debo hablar para que tal vez alguien vea la posibilidad de saber que no está solo. Que no está solo como muchas veces se siente el ser humano aunque esté rodeado de mucha gente.

—Manu, ¿siempre has pensado así? Quiero decir, aun antes de ese año 1989, cuando todo comenzó, ¿tenías tanta fe?, ¿sentías tanto la presencia del Ser Superior?

—Yo siempre he sido un buscador de Verdad. Yo siempre he escuchado a mi corazón, pero muchas veces, durante tantos años, no he sabido descifrar lo que me decía. Ha tenido que suceder lo que sucedió para que viera que existe más. Mucho más.

—Manu, ¿por qué en los textos de tu libro a menudo ese alguien que se dirige a ti te llama «hijo de la Luz»? ¿qué es eso de «hijo de la Luz»? ¿qué es eso de «rey»? ¿tú eres rey?

—Debes interpretar que hijos de la Luz somos todos, y todos algún día somos o seremos reyes en la Luz. Y creo que debemos interpretarlo así, aunque no tengo nada que

lo certifique. Lo que sí puedo afirmar es que yo no soy más rey que otros. Y si de alguna manera en los escritos soy rey, es que todos lo somos.

—¿Eres católico?

—Si por católico se entiende estar bautizado, entrar en un templo y sentir una enorme paz, creer con todas mis fuerzas en la figura de Jesucristo, sí. Lo soy. Ya te he dicho que para mí los dogmas no deberían existir, pero sí el sentimiento positivo del ser humano por el ser humano. Sea de donde sea y venga de donde venga. Aunque siento respeto por todos, creo que deberían ser derribadas todas las trabas que solo hacen desunir.

Realicé hace unos años lo que yo consideraba el viaje de mi vida. Fui a Israel buscando sentimientos. Quería ver si yo era capaz de palpar, de sentir esa energía especial que aún hoy debería seguir impregnando aquellos lugares. Ya cuando sobrevolaba Tel Aviv sentí una punzada en el corazón, mezclada con la alegría del momento. Había soñado con ese viaje toda mi vida, porque una cosa es que a mí, racionalmente, me costaba mucho creer en Dios, y otra muy distinta, que no sintiera desde siempre la necesidad de buscarlo. El caso es que yo fui para encontrar, pero no encontré lo que siempre deseé. Solo he visto un gran negocio en todos los rincones del país, intentando sacar provecho de esto y aquello. He visto una iglesia muy grande situada al lado de otra mayor, cada una con sus creyentes distintos. Unos eran cop-tos, otros cristianos, otros ortodoxos. Llamaban la atención sobre todo los judíos, que, leyendo la Torá, parecían tener síntomas de estar padeciendo un ataque epiléptico. Había sinagogas donde se aloja un pergamino del Pentateuco, a modo de rollo. He intentado ver dónde decían que había nacido Jesús, pero solo se permitía la entrada en unas horas

determinadas y pidiendo permiso a los ortodoxos, a los que pertenece el templo en el que, como te digo, supuestamente ha nacido.

Mi obsesión durante tiempo ha sido visitar el monte de los Olivos, pero allí solo existe una urbanización. El citado monte ya no está como tal. Pensé que en el huerto de Getsemaní, tantas veces leído en aquella historia de la religión, iba a encontrar algo que saciara mi alma, hecha trizas con la visión que no esperaba. Pero nada fue así. Había unos olivos cercados por unas rejas y una iglesia levantada en el lugar donde supuestamente Cristo pasó su última noche de oración, antes de ser apresado por los enviados del sanedrín. También visité el lugar donde dicen había estado el aserradero de José y la casa de María en Nazaret, lugar en el que fue levantada una grandísima iglesia. Y más tarde visité el sitio donde supuestamente está ¿enterrado? el cuerpo de Jesucristo, pero yo no sentí más que la voz de un sacerdote muy grueso, dando gritos y diciendo que la gente de la interminable cola pasara a toda prisa por una especie de cueva en la que había algo parecido a una lápida. Yo entré y, una vez más, no sentí ni una leve vibración de lo que se supone fue. Y tuve la sensación de que realmente existe una grandísima falta de fe en todas y cada una de las religiones, porque, si la tuvieran, no tendrían tantos intereses ni tantas trabas a la hora de facilitar informaciones, accesos, entradas y demás.

Y yo miraba aquellas montañas que sí, tal vez hayan sido contempladas por tan inmenso Ser, y me congratulaba hasta límites insospechados la contemplación de lo que supuestamente Él contempló. Y crucé el lago Tiberíades con inmensa emoción, sintiendo la energía en todos los poros de mi piel.

—¿Hace mucho tiempo que fuiste al lugar?

—Yo ahora tengo cincuenta años, y esto ocurrió hace unos siete. Pero es un viaje que siempre tendré presente.

—¿Tal vez por la desilusión?

—No es eso. Creo que con el tiempo el recuerdo se dulcifica. No sé si es por eso. Lo que siento hoy es la pena de que no haya un solo Director de orquesta que orqueste a aquella pobre gente, tal vez fanática y mirando cada uno en una dirección diferente, pero buscando lo mismo.

Y aunque exista un solo Director, tal vez nadie escuche la partitura que imparte adecuadamente.

—Manu, ¿las frases que escribes surgen espontáneamente?

—Sí. Me brotan del alma. Yo comienzo a escribir sin saber exactamente qué es lo que voy a plasmar.

—Pero eso es de un ser iluminado...

—¡No vuelvas a repetir una tontería semejante! ¿No te has dado cuenta aún de que todos somos iguales? ¿Que en el plano espiritual lo que hace uno también lo puede realizar otro? Solo es preciso saber escuchar, buscar, y también debes intentar seguir los dictados del corazón. Lo demás surge de forma espontánea.

—Realmente, ¿qué intentas?

—Quitarme un peso de encima diciendo lo que me ha ocurrido. Seguramente mi experiencia es mucho más frecuente de lo que puedes creer. Pero a mí, como me han dicho que ya no tengo muchos años de coherencia, porque mi memoria tal vez se apague, quiero dejarlo escrito.

—¿Crees realmente en el diagnóstico? ¿No se habrán equivocado? ¿No existirá un milagro?

—No lo sé, pero yo lo quiero dar a conocer. Desde luego, lo que le pido a Dios es que me lleve cuando quiera, pero de ahí a perder la memoria... Me parece la más cruel de todas las muertes.

—Yo pienso que si le ocurre algo a alguno de mis hijos o a mi marido, me volvería loca.

—No. No puedes imaginarte todo lo que eres capaz de soportar. No te volverías loca, pero, sí, tu alma y tu corazón se retorcerían de dolor. Tienes hijos... ¿Cuántos?

—Tengo dos, un chico y una chica.

—¿Tiene alguno de ellos tu mirada?

—¿Qué le ocurre a mi mirada?

—Habla. Dice sin que tú abras la boca. Es hermoso verte, porque transmites vida interior.

—Si algo no tengo es vida interior. No creo que seas un buen psicólogo. Yo lo que tengo es muchísima vida exterior. Es más, siempre me lamento porque no tengo tiempo para nada: trabajo en la revista y en la casa y, por el camino, haciendo la compra; después llego a mi hogar y está todo revuelto, porque mi esposo y yo gozamos de relativa buena posición, pero mis hijos aún no están trabajando. Y ya sabes..., todo es sobre nosotros, y no podemos permitirnos muchos lujos. Tengo el problema de ser demasiado activa. Durante toda mi vida fui, y soy, como los rabos de las lagartijas. No puedo estar quieta, y el problema es que ya no soy una niña y tengo una carga física y emocional importante. He llegado a pintar la casa, pintar cuadros para las paredes, acuchillar el suelo, arreglar enchufes y un largo etcétera, amén de todas las labores propias del hogar y de fuera de él. He bordado blusas y camisas para mis niños. Les hice chaquetitas para ellos, trajes para mí... Solo deseo contarte que he hecho muchísimas cosas variadas, en distintos ámbitos de la vida. Y no se dan cuenta de nada.

—Elena, seguro que todos te valoran. Seguro que están muy orgullosos de ti.

—No, señor. Nadie me dice nada. No me promocionan..., ya ves.

—Algún día se darán cuenta, y tú comenzarás a ser otra, porque tengo que reconocer que es muy humano saberse valorado y querido.

—Sí, Manu. Sí. Yo no me siento ni lo uno ni lo otro. Me siento explotada. Creo que el cariño de mi hija es muy egoísta y el de mi hijo, ausente, porque está ausente todo el día, delante del ordenador. Y el de mi marido, mi Pedro, no sabría decirte, porque es muy alto, muy guapo, muy rubio y yo..., ya ves, más bien feúcha y muy poca cosa, con lo cual estoy siempre a la defensiva, porque me parece imposible que me ame de verdad. ¡Qué le voy a hacer!

—Piensa que ha sido él quien ha querido compartir la vida contigo. Piensa que ya eras así cuando te conoció. Estoy seguro de que hoy habría hecho lo mismo. Volvería a comenzar otra vez la vida junto a ti.

—¿Por qué nos complicamos tanto la vida? ¿Por qué somos tan poco comprensivos con los demás? ¿Por qué nos comprendemos tan poco a nosotros mismos?

—Creo, querida Elena, que ahí está la cuestión. No nos comprendemos a nosotros. Llevamos adherida una pesada carga del porqué hemos actuado de esta o esa manera en un determinado momento. Y muchas veces no entendemos nuestras propias reacciones. ¿Cómo vamos a entender a otros?

—Tampoco comprendo la actitud de la gente. Las personas actuamos de una determinada manera dependiendo del momento, de la situación e incluso del estado de ánimo. Yo no comprendo a mi jefa, ni a alguna otra compañera que pasa a mi lado como si no me viera, que espera el momento para rectificar temas que yo ya he tratado y que me consta son muy aceptables. Mis entrevistas muchas veces son corregidas, a menudo para alterar contenidos que yo me precio de ajustar en todo momento a lo que me dicen.

No entiendo por qué muchas veces, cuando alcanzas el poder, el prestigio o la fama, haces del otro un ser títere, alguien a quien manejas a tu antojo. Reconozco que tal vez sea una fracasada y a lo único que me limito es a entrevistar a mujeres por una u otra causa, pero es mi trabajo, y creo que lo hago con dignidad. ¿Por qué consideran que si no haces ruido es porque no tienes castañuelas?

—Mira, Elena, todo esto se comprendería con esta frase, muchas veces repetida y muy pocas llevada a efecto: no hagas al otro lo que no deseas que te hagan a ti. Solo con ese pensamiento el mundo cambiaría. Solo con esa reflexión todos viviríamos con el amor suficiente como para hacer un mundo mejor. Vivimos en un mundo del todo vale. Vivimos en un mundo donde las palabras honestidad, honradez, justicia... están abolidas. Y el Amor con mayúsculas no existe. Vivimos en un mundo donde solo tiene cabida el dinero, necesario por otra parte para vivir con dignidad, pero sin rendirle culto. El sexo, que es el principio de la misma vida, pero sin vivir por y para él. El poder, necesario para el orden, pero sin abusar de él. Los valores humanos son considerados como algo pasado y carente de valor en muchas ocasiones. Hoy se presume de tener, de doblegar al otro, de importar muy poco la procedencia de la riqueza, de atisbar en los países para derrocarlos a cualquier precio, sin importar más que el fin. Sin tener en cuenta cómo se consigue esa meta.

—Manu, yo siento pesar. Me siento muy mal porque creo que parte de mi sensibilidad se ha marchado. Cuando en la televisión veo en imágenes el horror de la muerte, o las masacres que últimamente estamos viendo, ya no se me encoge el corazón como antes lo hacía. Estoy con el bocado en la boca, y hasta disfruto del sabor, y paladeo, como si estuviera viendo una película. Como si lo que está ante mis ojos no tu-

viera que ver con la realidad y, en consecuencia, conmigo. Conmigo, porque formo parte de los seres humanos.

—Mira, Elena, yo también he sentido lo mismo que tú, y lo he analizado. Mi conclusión es que estamos tan acostumbrados a ver horrores, a ver miserias, a ver situaciones límite que de alguna manera se ha activado nuestra forma de defensa. Si nuestra sensibilidad fuera como lo es en determinados momentos de la existencia, no seríamos capaces de poder soportar tanta pena. Nos vamos endureciendo con el paso de los años, porque esto es lo establecido. Nosotros mismos tenemos que sobrevivir ante tanta injusticia.

—Manu, pienso en la terrible injusticia que padecen tantísimas mujeres de este mundo. En gran parte del planeta son objetos de usar y tirar. Como un pañuelo de papel. A menudo llegan a la redacción mujeres maltratadas, mujeres de todos los niveles sociales y culturales. Todas tienen la misma mirada. Escrutando detrás de sus ojos se les puede ver ese vacío y esa tristeza tan tremendos que tantas veces me han hecho estremecer. Relatan cómo su pareja les promete una y otra vez que todo se va a acabar. Y que mañana será diferente. Y también me cuentan que ellas creen en sus palabras muchas veces, y sueñan por la noche con que todo sea así. Y esperan ilusionadas el término del día, porque ya todo ha pasado. Pero, desgraciadamente, nada cambia, y la bofetada llega. O llega la palabra que hiere una y otra vez. O les llega la muerte. Yo veo tanta pasividad ante el sufrimiento ajeno... Veo tanta injusticia muchas veces en la toma de decisiones sobre estos temas que creo que la erradicación de la violencia nunca llegará. Porque en el fondo todos lo estamos tolerando. Creo que todos somos culpables.

El abuso del hombre muchas veces llega también en su pasividad ante la vida. Me explico: ellos mandan los quehace-

res, y las pobres mujeres, en la mayor parte de los países subdesarrollados, son las que trabajan, las que crían a su numerosa prole en soledad y las que llevan la paliza de turno, al comienzo o al final de la jornada.

Yo, querido Manu, no soy feminista, ni lo he sido nunca. Y creo que jamás lo seré, pero valoro por encima de todo al ser humano. Creo en la igualdad de oportunidades y pienso que cada persona es única y puede demostrar su valía, sea hombre o mujer. Me gustaría que le preguntases a esa parte de ti, que tú dices, y en la que me cuesta creer, el porqué de estas situaciones. Me gustaría que le preguntases a ese Dios en el que tú crees que por qué ha dado tantas pistas a los supuestos enviados para que todo sea así. Siempre se ha hecho ver que la mujer estaba supeditada a las decisiones de los hombres, incluso tenemos que agradecerles que nos cedieran una costilla para que tuviéramos vida.

Querido Manu, dile a tu Ser de Luz que ilumine un poco el camino oscuro de tantas y tantas mujeres que, por no tener, no tienen ni derecho a caminar.

—Elena, los mensajes divinos o supuestamente divinos se pueden tergiversar y, como se dice vulgarmente, cada uno arrima el ascua a su sardina. Los hombres poseen la fuerza física, y ellos y solo ellos han hecho posible que las situaciones llegaran hasta donde han llegado, interpretando mensajes y supeditando a la mujer. Muchas veces se ha dicho que los seres humanos deciden su camino, que son libres, que la Energía da la vida, pero que cada uno es libre de hacer bien o mal. En el camino de la vida tú decides. Pienso que es verdad eso de que solo el comienzo y el final están escritos.

—¿Y quién decide que quiere sufrir abusos? ¿Y esos niños que nunca sabrán lo que es el abrazo amoroso de unos padres? ¿Y esos niños que son cargados como burros para traba-

jar? ¿Y esos niños que mueren de sida? ¿Y esos niños que sufren agresiones sexuales?

¿Qué somos, Manu? ¿Qué explicación puede tener tu querida inspiración para que la sociedad permita todo este maremágnum de situaciones? Estaremos hechos de bondad, pero yo no lo veo. Ni yo misma me puedo reconocer ante las situaciones que observo día a día y me preocupe porque las lentes me han resultado poco cocidas.

Somos insensatos y somos insensibles. Y creemos que el mundo lo tiene que cambiar otro. Que nosotros lo único que tenemos que hacer es lamentarnos ante tanto desorden.

Tenemos la mirada puesta en la Pasarela Cibeles, y en las mansiones de La Moraleja, y en el último modelo de Mercedes. Y mientras, como yo ahora, leemos *El País* o *El Mundo*, donde se habla de guerra en esta u otra nación. Y se habla del abuso del hombre por el hombre. Y pasamos rápido las páginas en busca de la cartelera de espectáculos. Somos seres insensibles, creados por sabe Dios quién, o surgidos espontáneamente de la nada. ¡Qué sé yo! No somos buenos. Los niños, al poco tiempo de nacer, muchas veces abusan del otro en el colegio. He escuchado con estupor en las noticias del telediario que la edad en la que mayores casos se dan de abusos escolares, de unos alumnos por otros, es a los ocho años.

Si venimos de Dios, ¿cómo es Dios? Si traemos la esencia de Dios, ¿cómo es posible que la borremos del mapa en ocho años y tiranicemos regodeándonos con el sufrimiento del otro?

No, querido Manu. Yo he leído tu libro. Y le he dedicado tiempo alternativo, sin leerlo con prisas, porque quería analizar cada frase, cada pequeña historia. Y he leído tu libro y lo he analizado. Y veo, indudablemente, bondad. Veo coherencia y buenos propósitos. Pero es puro idealismo. Es fantasía. No te equivoques, las cosas no son así.

—¿Ya has terminado? A lo largo de tu discurso he visto cómo tus ojos tenían destellos, tus manos se movían y emanabas energía.

Elena, yo solo estoy contando lo que me ha ocurrido. Y juro por Dios que todo ha sido así. Yo no sé de dónde me ha venido. Tampoco sé por qué me ha sucedido a mí. Yo no entiendo muchas cosas, pero creo que es mi obligación que se conozcan. ¿Que por qué lo hago? Para quitarme un tremendo peso de encima, porque, como ya te he dicho, me diagnosticaron un próximo final para mi memoria. Y me han dicho que mis venas se rompían con mucha facilidad, creando isquemias cerebrales.

Yo siento lo que escribo como verdadero. Yo creo en Dios, y también creo en la potencialidad del ser humano. Somos capaces de mucho más de lo que nosotros mismos podemos pensar. Me imagino que mi experiencia se aloja en algún lugar de mí mismo, que Dios, o la Energía de Luz, o Alá, o Todopoderoso, tiene muchas más cosas que hacer que dictarme textos.

Y creo que estos conocimientos sobre la existencia son comunes a todos los seres humanos. Yo no soy especial. Solo soy un hombre femenino, y nada más.

Pero poco me importa que venga de afuera o que el portador sea yo. Todo me lleva al mismo lugar de trascendencia. Muchas veces he pensado cómo todos los seres vivos vamos evolucionando. Muchos animales cambian de color para pasar desapercibidos, otros van formando grasa debajo de su piel para no pasar frío, y así podría estar hablando tiempo y tiempo que no viene al caso. Pues bien, en esas reflexiones me encuentro pensando que el ser humano, aunque no existiera un Todopoderoso, en el que creo sobre todas las cosas, nosotros mismos seríamos capaces de hacernos inmortales, ya que

si hemos llegado hasta aquí y hemos sido capaces de crear algo tan maravilloso como es la máquina de nuestra vida, nos hubiera costado muy poco crear también la permanencia de la inmortalidad.

Tú me dices que no entiendes cómo Dios puede existir y dejar que haya tanto sufrimiento. Y yo te entiendo, porque también lo he pensado muchas veces. Pero cuando se deja hacer libremente cada uno actúa como quiere, y muchas veces se quiere lo que no estaba establecido. Piensa que cuando tus hijos salen a la calle cada uno hace lo que le parece, y tú los dejas hacer. Pero tal vez ellos actúan de forma diferente.

Yo pienso que cuando dejamos de existir como somos hoy nos damos cuenta realmente de lo que hemos hecho.

—¿Y de qué sirve? Ya hemos terminado la vida. El daño está hecho. El bien ya está hecho...

—Volveremos a hablar tal vez tú y yo en una circunstancia diferente. Volveremos a hablar cuando ya no seamos ni Elena ni Manu. Y entonces yo no tendré que explicarte, serás tú la que con tu silencio me digas a mí. Y digo con tu silencio porque cuando pasas la cortina de esta a otra realidad se habla sin tener que decir. Y entonces todo será mucho más comprensible para todos.

—¿Y por qué nadie vuelve de esa realidad a esta? ¿Por qué tanto silencio tras la muerte?

—Yo solo puedo decirte que en dos ocasiones de mi vida he sentido la energía de quien partía justo en el momento en el que se produjo el óbito. Y estaba a muchos kilómetros de ellos en ese momento. No sé el motivo por el que sucedió, pero en una ocasión se trataba de una prima mía que falleció de cáncer, estaba en el hospital, y en el momento de su muerte eran las doce y diez de la noche. Yo dormía en mi cama y a

esa hora justamente algo me despertó, y sentí como una energía en mi brazo. Al día siguiente supe qué había ocurrido. En otra ocasión fue algo similar, con otro familiar y en la misma hora de su muerte. Son sensaciones muy difíciles de describir, pero reales. No son ilusiones. Es de forma imprevista, y tú no lo esperas. Yo creo que ellas lo único que intentaban era decirme que no tenga miedo, que la vida continúa. Y yo... ya no tengo miedo.

—Manu, ahora que estás contando esas experiencias, yo recuerdo cuando mi amiga Ángeles estaba a punto de morir y yo la acompañaba en la habitación del hospital. Ella abrió mucho los ojos y me miraba y me decía: «¿Qué me ha ocurrido?». Yo le contestaba que nada, que todo estaba bien y que estuviera tranquila. Pero me repetía una y otra vez: «Elena: yo he viajado sin billete», y casi moribunda me guiñó un ojo y me sonreía. Y más tarde me dijo que había visto a mucha gente y que en aquel lugar que ella visitó estaban todos muy felices y le dijeron que la esperaban, y que unos eran conocidos y otros no. Y yo interpreté la experiencia como la fantasía de las fantasías. Y al poco tiempo, mi querida amiga falleció.

—Seguro que no han sido fantasías. Son realidades que nosotros desconocemos. Pero existen.

—Manu, ¿hay algo especial que quieres que resaltemos en la entrevista?

—No.

—¿No tienes interés en decir algo especial?

—Bueno..., sí. Pon que no me he drogado en mi vida, que lo único que hago es tomar un buen vino de vez en cuando.

—¿Y qué interés puede tener eso para nuestros lectores?

—Mucho, querida Elena. Que nadie piense que mi experiencia es el resultado de motivaciones ajenas a mí mismo y a

mi circunstancia. Yo no he escrito bajo los efectos de ninguna droga ni nada parecido.

—Manu, reconozco que yo lo he llegado a pensar. Pensé que algún mecanismo ajeno a ti había hecho que tú tuvieras las experiencias.

—Pues... te has equivocado.

—Manu, ¿qué consejo les darías a los homosexuales que nacen, como tú?, ¿a los que la vida les ha dado un cuerpo equivocado?

—Yo no soy nadie para aconsejar. Bastante he tenido con sufrir lo mío. Lo único que he experimentado, y que haría si volviera a comenzar de nuevo con la experiencia que tengo hoy, sería aceptarme. Aceptarme como soy, desde el principio. He llegado a la conclusión de que en la vida todo es por algo y de que lo más importante es ser buena gente y ayudar, y mirar al que camina junto a ti en el camino de la vida.

Yo he llegado a la conclusión de que el amor es lo que realmente debe regir todo y saber ponernos en el lugar del otro. En pensar qué es lo que más le beneficiaría. Y así tú te sientes bien y relativamente feliz. Y digo relativamente porque la felicidad se toca aisladamente, pero es una circunstancia que no perdura. La mayor parte del tiempo no somos ni felices ni infelices, sino relativamente felices o infelices.

Yo me acepto porque soy como soy, y porque Dios ha querido, o consentido, que yo sea así porque tal vez eso sea necesario para vivir mi experiencia evolutiva. Tal vez sea necesario que los seres humanos vivan distintas experiencias para alcanzar el nivel suficiente de evolución.

No somos ni mejores ni peores. No somos diferentes, es diferente nuestra circunstancia. Nuestro patrón afectivo es el mismo, aunque nuestra tendencia sexual es diferente, y es diferente porque yo, en mi caso, soy portador de cuerpo mascu-

lino y sentimientos sexuales femeninos. Pero el amor no tiene diferencias entre hombre y mujer, ya que tanto el uno como el otro tienen las mismas capacidades para amar. Yo puedo amar a otro hombre y desear estar con él, y si él desea estar conmigo, todo está bien. Pero en esta circunstancia mía, lo que nunca he hecho ni debería hacer es intentar llevar a mi condición a alguien que no lo desee.

A mí, en mi pueblo, cuando era aún un niño, me llamaban «mariquita» y yo no sabía por qué, y la gente se reía de mí, mientras yo lloraba amargamente en mi soledad. Y hoy se ha visto con demasiada frecuencia cómo existen los hombres que trafican con la inocencia, que se nutren de la inocencia, intentando en su obsesión vivir experiencias a todas luces llenas de irracionalidad.

Es un juego peligroso el que muchas veces nos presenta la vida, y mucha juventud con falta de atención y de dinero que es convertida en lo que no debería ser.

Y yo me acepto, pero porque he nacido así. Distinto sería que en mi niñez un hombre me hubiera pedido, con su manoseo y su labia, que me volviera un títere de sus caprichos. Y después depositara una golosina en mi mano. O me diera unas monedas. Entonces yo ya sería lo que el otro quiso que fuese. No lo que soy porque he nacido así.

Y hoy, querida Elena, me siento feliz, y me acepto. Y no soy ni mejor ni peor. Simplemente soy un hombre femenino que ha despertado y que ha tenido experiencias asombrosas. He sufrido como se sufre cuando el muro de la vida está delante de los ojos, y he sido afortunado cuando encontré una pequeña ventana en el infranqueable muro.

Y atisbo desde mi ventana las flores que nacen y las espinas que brotan en el suelo en el que el caminante se hace daño si no mira por dónde va a pisar.

Y atisbo desde mi ventana cómo el mundo se mueve sin parar, de acá para allá, dando vueltas y llegando al punto de partida una y otra vez.

Y atisbo desde mi ventana el sol y la sombra, y las pinceladas de soles y lunas que forman los colores de la vida.

Y miro las montañas y los verdes valles, donde el universo se funde con las vivencias. Y miro al cielo que es azul, pero está lejos. Inalcanzable. Y me miro a mí y te miro a ti, y miro a todos y veo lo que siempre hemos creído que albergaba el cielo. Y me pregunto el porqué de la vida y el porqué de la muerte.

Y me pregunto muchas veces por qué la cortina de la vida y de la muerte no se funde con las existencias para hacer que todo sea más fácil y más comprensible.

Pero sé que eso no será nunca posible, y yo desde mi ventana miro el panorama de la vida y allá al fondo veo una guerra en la que luchan hermano contra hermano, buscando muchas veces ¿qué? Tal vez nada. Porque la destrucción no lleva más que a eso.

Se ha dicho hasta la saciedad que en la guerra pierden todos. Y es verdad. Porque el que muere ha perdido y el que mata también ha perdido. Ha perdido su condición de crear y no de destruir. La condición del ser humano es crear un mundo mejor, un mundo sin separaciones de dogma o color. Un mundo de comprensión y tolerancia donde el diálogo sea posible y el abanderado luzca las palabras amor, tolerancia y comprensión.

Y yo..., desde mi ventana, una ventana que surge en el infranqueable muro, me contemplo.

Y contemplo a un hombre femenino. Un hombre con alma de mujer y ojos tristes, porque un día han padecido. Han padecido la intolerancia y el abuso. Sin haber sido culpable.

Y me contemplo y veo mi apariencia de hombre sencillo

con camisa de flores y bufanda anudada con pensado cuidado. Y mis zapatos se confunden con el suelo, porque ambos son de color marrón. Pero muevo mi pie y veo que no es suelo, porque son cosas diferentes.

Y miro mi interior y tengo un abanico de sentimientos, y unas veces habla uno y otras el otro, porque cuando algo vive, es difícil que se calle siempre, si sabe hablar. Y los sentimientos se manifiestan, en una u otra ocasión. Unos y otros.

Y yo, querida Elena, te invito a mi ventana.

—Manu, ¿tienes hueco para mí?

—Ya ves que te he invitado. Te haré un sitio. Aquí, junto a mí. Dime, Elena, ¿qué ves tú?

—Yo veo mucha gente que corre en busca de su sustento diario. Veo muchas personas que van de acá para allá hacia la diversión o quehaceres. Y allá, al fondo, encuentro a una mujer que es apaleada por su marido. Y que él más tarde, con gran porte, se dirige a su coche y sonrío al portero del edificio. Y veo cómo la citada mujer llora, mientras prepara a los niños para el colegio, e intenta tragar sus lágrimas para que estos no la vean. Y veo cómo más tarde esa madre, llena de magulladuras, se pone unas mangas tapando sus brazos, aunque caigan los pájaros del calor que hace en esta tarde de verano en Madrid. Y la veo llorar en silencio esperando la próxima paliza.

Y también encuentro con mis ojos a aquel pobre hombre con un brik de vino, tirado por el suelo, sin que nadie le preste atención.

Y veo gente feliz que se mueve de acá para allá. Y muchas personas con buenos sentimientos abarcando penas de este o aquel.

Pero... ¿qué es eso? ¡Si son billetes! Muchos billetes que una pareja está metiendo en su maletín. Sí..., veo que tienen

un negocio próspero y allí trabajan muchas mujeres que hablan un idioma extranjero. Están haciñadas y tienen moratones por todo su cuerpo. Han venido de otros países engañadas por los traficantes. Esos traficantes de la vida, que, engañando, dicen lo que nunca van a cumplir. Y hacen con las vidas ajenas una alfombra donde pisar. Donde escupir.

Y tienen muchos clientes. Son hombres que buscan sexo. Tal vez porque el sexo de la mujer que buscan les llene más que el que tienen con sus parejas habituales. Si es posible, que sea algo diferente.

Y también veo la carencia de dinero en muchas amas de casa porque el marido no les da para comer, aunque él tenga suficiente para ir al lugar que he visto hace un momento, desde mi ventana.

Y veo a muchos jóvenes en busca de empleo. Y no lo encuentran, y si lo hallan, ganarán mucho menos de lo necesario para poder vivir.

Y también veo el cielo y los árboles. Y veo unos ancianos paseando por un jardín; es una residencia. Y a uno de ellos lo veo en la terraza de la casa que los alberga. Está gritando y dice: «¡Sonia, ven!». Pienso que debe de ser el nombre de su hija. Tal vez quiere que le narre el cuento que él en otro tiempo le contó. Cuando era niña.

Y veo allá a lo lejos unos niños que trabajan de sol a sol y que no pueden reír, ni soñar. No tienen tiempo para ello. Tal vez porque las personas que cuidan de que trabajen no se lo permitirían.

Veo en otro lejano lugar que unas niñas están siendo mutiladas, siguiendo tradiciones ancestrales.

Y, sobre todo, veo a muchas gentes poderosas abusando del débil, en todos los rincones de la Tierra.

Y veo a muchos presidentes de los gobiernos del mundo

entero con muchos planes y muchos trajes. Y con muchísimos proyectos.

—Elena, ¿te gusta mi ventana?

—Sí, Manu, vamos a hacer una mucho mayor, con nuestro esfuerzo. Con el tuyo y el mío, y con el de muchos más.

—¿Lo dices en serio? Yo también lo he pensado muchas veces.

—Pues yo lo acabo de pensar ahora, mientras contemplaba un retazo de mundo desde este lugar. Tenemos que hacer mayor esta ventana, entre tú y yo, e invitaremos a contemplar todo esto a los poderosos que rigen los destinos de la Tierra.

—Sí, Elena. Tal vez en ellos esté la varita mágica.

—Pero ¿y tu Dios?, ¿no tiene varita mágica?

—Tal vez seas tú. O tal vez sea yo. O tal vez sean tantos y tantos seres humanos que desean que exista justicia y que el mundo cambie.

—Pero vuelvo a preguntarte, ¿y tú Dios?, ¿no tiene varita mágica?

—Creo, Elena, que los destinos de la Tierra están en manos de los habitantes de la misma. Nada más. Nosotros somos libres. Tú sabes que hoy debes volver a tu casa, pero puedes volver o no. Tú sabes que debes acudir al trabajo, pero puedes ir o no. Y tú vuelves a tu casa y vas a tu trabajo, porque sabes que es lo que debes hacer. Pero existe en otro lugar una mujer que debe volver a su hogar y no vuelve, o que debe ir al trabajo y no va. ¿Ves la diferencia? Somos libres. Y nosotros en este mundo hacemos las cosas cada uno a su modo. Y muchas veces su modo no es el mejor modo de hacer las cosas.

—Ven, Manu, acércate a mí y mira mis ojos, ¿han cambiado?

—No. Tu mirada es la misma que un día conocí. ¿Por qué me preguntas?

—Porque con tu razonamiento creo que he sentido algo que tal vez se pueda llamar creencia. Tal vez comience a...

—Estás equivocada, querida amiga. Tu mirada es la que tenías porque, aunque tú no hayas creído en Dios durante toda tu vida, sí has creído en el ser humano y has contribuido con tu vida a hacer muchas cosas positivas por los demás. Y eso ha hecho que la chispa del amor brille en tus ojos. Y esa para mí es la verdadera forma de creer en Dios. Aman-do y ayudando al que camina como tú en el camino de la vida. Si desde la ventana hubieras mirado al cielo y hubie-ras dicho: «¡Dios, cuánto te quiero!» y no hubieras mirado todo lo que tú has visto sobre la Tierra, yo te diría: «Elena, no crees en Dios». Pero tú has mirado las penurias y las in-justicias de la Tierra, y casi no has mirado el cielo, y yo en este momento puedo decirte que lo que has visto ha hecho que tu alma se retorciera de dolor. Y has llorado porque tus lágrimas se deslizaron hasta el marco de la ventana. Y yo puedo decirte, sin la menor duda, que crees en Dios más de lo que puedes imaginarte.

—Manu, yo sigo sin creer en Dios, porque hay algo en mi interior que aún no comprende cómo teniendo la varita má-gica no la emplea por el bien del mundo. No entiendo cómo tantas y tantas personas le han pedido ayuda y nada les ha venido a cambio. No entiendo cómo tú puedes ser portador de mensajes celestiales y estar aquí cruzado de brazos.

—Yo no te he dicho que sea portador de mensajes celestia-les. Yo solo intento dar a conocer mi experiencia, y ya ves, no estoy cruzado de brazos, porque está escrito, para que quien quiera saque provecho y quien no olvide que un día lo ha leído.

Elena, tú eres una gran persona. Eres grande.

—¿Grande yo? Jamás me han mentido de una forma tan

clara. No tengo sentido del humor. Sabes que soy bajita e insignificante.

—Yo te veo, querida Elena, inmensamente alta, hermosa y maravillosa. Porque para que te vean así no necesitas serlo. Solo necesitas demostrarlo, y tú lo has demostrado.

Y entonces yo me despedí de Manu. Y hemos quedado en vernos a menudo, ya que tenemos que construir esa gran ventana con vistas. Que abarque el mundo entero.

Y me dirijo a la revista *Somuj*. Abro la puerta y voy al despacho de la directora, la miro a los ojos sin poder hablar, le doy un abrazo y creo que hasta un beso. Entonces ella, con cara de asombro, me pregunta que si me he vuelto loca. Y qué confianzas son esas. La veo cómo se atusa el vestido y retoca su maquillaje, como diciendo: «Está como una cabra».

Y yo, bajando los ojos, dándome cuenta de lo efusiva y lo espontánea que he sido, le digo:

—Perdona... Gracias.

Comento que ya está hecha la entrevista a su amigo Manu, y que es lo mejor que me ha pasado nunca. Ella me dice que por qué estoy tan efusiva y yo le respondo que he descubierto algo que me hace feliz. Y ante su cara de pregunta le digo que Manu me ha tocado con su varita mágica. Que veo el mundo de otra forma.

Porque él tiene una ventana, una ventana con vistas a la vida, y en esa ventana yo he encontrado muchas cosas que no había visto jamás, y le pregunto si ella lo conoce y me responde que no. Que no lo conoce de nada, pero que tenía un especial interés en que saliera su testimonio, y yo le digo por qué y ella me responde que no recuerda quién fue, pero que alguien le ha dicho que era importante. Y que se le haga llegar toda la grabación a la redactora jefe.

Me voy a su despacho con mi texto y le digo que no me haga la más mínima corrección, que la entrevista tiene que salir tal cual yo se la he dado, porque es algo muy importante para mí. Me pregunta el motivo y yo le respondo que le he dado a Manu mi palabra de que no cambiaríamos nada de lo dicho por él. Y entonces me dice que por qué tengo tanto interés en que esto sea así. Y yo le contesto que por primera vez en la vida he visto a un ser humano, y he visto una ventana. Y ella, mirándome con compasión, me dio una palmada en la espalda y me dijo que estuviera tranquila, y que tal vez necesitase un descanso. Y dicho esto me volvió la espalda.

Yo, como siempre, llego a mi casa con la lengua fuera, porque este es mi sino.

Tengo todo un poco revuelto y ya estamos todos reunidos.

Nos damos un beso y me voy a la cocina. Tengo hambre y estoy un poco harta a la vez. Porque siempre esperan a que yo les sirva, pero tengo que reconocer que la culpa es mía por responsabilizarme demasiado y tal vez malacostumbrarlos a ellos.

Y sin decir palabra hago un bocadillo, que me puedo permitir porque no engordo nunca, cojo un vaso de agua, lo coloco en una bandeja y me siento cómodamente en el sofá. Me pongo a comer y todos se quedan mirándome como si fuera una aparición. Me dicen:

—Mamá, ¿es que no cenamos?

Y yo les digo que cenaremos un bocadillo y que cada cual se haga el suyo. Ellos me miran como si hubieran visto una aparición y no dicen nada, solo van hacia la cocina, y yo sé que no dicen nada porque es algo que estaban esperando desde hacía mucho tiempo. Porque sabían que estaban abusando un poco de mí, pero como no me ponía en mi lugar, pues todos tan tranquilos.

Pero hoy ya no. Hoy he abierto la ventana y he visto el mundo, y aunque siempre me lo había imaginado así, nunca lo había contemplado de ese modo.

Y me pregunto qué tiene que ver mi cambio de actitud con

la ventana. Tal vez tenga que ver con una pizca de rebeldía ante las injusticias de la vida.

Y ya no cenamos todos juntos porque les sugerí no poner el televisor y que es muy importante dialogar en familia, ya que es el momento en el que se pueden cambiar impresiones y comentar todos un poco lo que nos ocupa. Ante esta opción hubo estampida casi general.

Y comenzó mi hijo diciendo que a él lo que le ocupa son los deportes y que le estoy estropeando lo que le está gustando el bocadillo de jamón. Y mi hija me dice que ya que la cena va de bocadillo, que aprovechará para ir a hablar por teléfono, porque puede comer y hablar, pero no en la mesa, que no quiere que nos enteremos de lo que comenta con su novio. Y entonces él se va a su cuarto a ver los deportes, y ella, a comentar con su futuro cuestiones personales.

Y nos quedamos Pedro y yo, y yo le digo que qué bien, que estamos solos comiendo un bocadillo de jamón, y él me dice que estaba deseando que sucediera algo así para decirme que me amaba. Y yo le digo que qué le pasa y me responde que nada, que le ha salido del fondo de su alma. Y a mí me agrada tanto oírlo que no puedo por menos que preguntar:

—¿En serio?

Y él me responde que por supuesto.

—Pedro, ¿tú me ves grande?, ¿me ves alta y hermosa?

—No. Yo te veo bajita, pero eres para mí la maravilla de las maravillas, y el que yo sea alto no quiere decir que me guste una mujer de mi estatura. Yo te quiero a ti, y me gustas tú.

—Pues hoy me han dicho que soy grande. Inmensamente grande.

—Amor, te han mentado.

Y yo le miré de reojo, crucé las piernas y dije:

—¡Gracias, cariño!

Edición a cargo de:
Nigra Imaxe
Martín Echegaray, 11 - 1.º B. 36309 Vigo
Tel.: 986 29 60 49

© Celia Álvarez Fresno
© *Ilustración de portada:* Celia Álvarez Fresno

ISBN: 978-84-87709-76-0
Depósito legal: As.-5560-2007